
Laimie
Scott
La
pelirroja
de los McLean
Selecta

La pelirroja de los McLean

SERIE
Rebeliones en Escocia 1

Laimie Scott

Selecta

Con *La pelirroja de los McLean* se inicia una serie ambientada en Escocia, que abarcará desde la Revolución Gloriosa de 1689 hasta la batalla de Culloden en 1745. Se titula *Rebeliones en Escocia*.

En las dos primeras novelas, tienes como protagonistas a los hermanos Eve y James McLean. Este servirá conocer a la primogénita del clan Menzies y servirá de enlace con las historias de los otros dos hermanos de Fiona, Keira y Callum.

Puedes leerlas de manera independiente o bien en el orden en el que se publicarán. Espero que pases un rato agradable con estas.

Laimie Scott

Capítulo 1

Escocia 1689

Archibald Campbell llegó a Edimburgo para tratar los asuntos encomendados por el parlamento británico. Estos hacían referencia a los últimos acontecimientos ocurridos en su tierra natal a raíz de la llegada del nuevo monarca. Guillermo de Orange pretendía apaciguarlos lo antes posible; antes, incluso, de que estos dieran lugar a una situación que no se pudiese controlar. El parlamento en Londres había decidido que fuese Archibald Campbell, duque de Argyll, quien se hiciese cargo de dicha gestión. Él conocía la situación de su propio país y era respetado por sus compatriotas. Sin embargo, la misión no iba a ser nada sencilla, como ya había supuesto el propio Campbell mucho antes de poner un pie en su tierra natal. Y así se lo manifestaba el alcalde de la capital escocesa.

—Siento que haya venido para nada, duque.

—¿Por qué está tan seguro, señor Elgin? —Argyll frunció el ceño y entrelazó sus manos apoyándolas en la mesa.

—No le deseo ningún mal, entiéndame. Sin embargo, el repentino abandono de la convención celebrada aquí por parte de

John Graham de Claverhouse no vaticina nada bueno. Créame.

—Entiendo que no todos los clanes en Escocia están de acuerdo con las decisiones del parlamento británico. Que este órgano haya llamado al príncipe Guillermo de Orange para ocupar el trono en detrimento del actual monarca, Jacobo Estuardo, no tiene que conducir al país a un clima bélico.

—Deje que le informe que los comentarios que circulan por la capital no son nada halagüeños. El comportamiento de Claverhouse ha sido considerado como un acto de traición por parte de las autoridades británicas. Deberían haber previsto la reacción del pueblo escocés al destituir a un Estuardo para sentar en el trono a un Orange. —El tono de advertencia del señor Elgin obligó a Campbell a removerse con cierta incomodidad en la silla. Esa afirmación, o suposición, ya la había considerado él desde el mismo instante que aconteció. A una gran parte de la población escocesa no le había gustado nada que un Estuardo fuese depuesto por Londres.

—Parece estar convencido de que eso sucederá.

—Declarar traidor a Jacobo y obligarlo a huir a Francia como si fuese un vulgar rebelde no es una buena carta de presentación para el nuevo monarca. Esto, y que prometiese restaurar la iglesia de Escocia: el presbiterianismo en contra del catolicismo de los Estuardo. Son muchos los que están en contra de esta medida. En especial en el norte, como supongo que sospechará…

—Las Tierras Altas siempre han sido un feudo leal a la casa de los Estuardo. Comprendo que se sientan decepcionados con la nueva situación.

—Decepcionados no es la palabra que se ajusta a lo que sienten, Archibald —le aseguró llamándolo por su nombre por vez primera desde que había llegado a su residencia.

—Mi propósito es hacerles ver que nada bueno puede conseguirse con una revuelta. Un cambio de monarca no es tan malo.

—No se lo discuto, pero las formas no han gustado nada a sus seguidores, entre los que está John Graham de Claverhouse, vizconde de Dundee.

Archibald Campbell escuchaba las explicaciones de Elgin, y mucho se temía que tuviese razón. Buscaría y hablaría con su viejo amigo, Claverhouse, para hacerle ver que era inútil oponerse a Londres. Confiaba en que su amistad sirviese para hacerle ver la realidad. Las perspectivas de futuro que se abrirían ante una negativa por parte de Escocia a reconocer a Guillermo como el nuevo monarca podrían ser nefastas.

—Conozco a Claverhouse desde hace mucho tiempo.

—¿Y confía en que su amistad sirva de algo?

La mirada entornada y el tono empleado por Elgin alertaron a Archibald. Pero no se rindió.

—En eso confío. Conozco a algunos de los jefes de los clanes del norte, con los que también hablaré. ¿Sabe si por casualidad Claverhouse está en la capital?

—Eso tengo entendido. Se encuentra recabando apoyos entre los clanes de las Tierras Bajas y de la capital. Le advierto que no corren buenos tiempos por esta nación. Ya se dará cuenta de ello. Confío en que la situación no llegue a traducirse en un enfrentamiento armado. —Elgin elevó las cejas y abrió los ojos como platos para dejar clara su postura.

—Yo tampoco lo deseo ni lo espero. Confío en la diplomacia. Con ese fin estoy de regreso en mi tierra.

—En ese caso le deseo toda la suerte del mundo. La va a necesitar. Quería aprovechar la ocasión de que está usted aquí e

invitarlo esta noche a una velada que daré para presentarlo en sociedad. Y que confío que su amigo Claverhouse acuda.

—Con mucho gusto asistiré.

—De esa manera podrá hablar con los principales clanes de las Tierras Bajas.

—Sin duda que será interesante conocer sus opiniones. Si me lo permite, he de retirarme.

—Sí, sí. No lo entretengo más. Lo veré esta noche y podrá tener una visión más nítida de la situación real del país.

Archibald asintió en silencio. Se despidió de Elgin y se marchó a su casa en la capital. La primera toma de contacto con la situación actual por la que atravesaba el país era la que se había temido desde que salió de la capital inglesa. No le parecía ser nada esperanzadora, pero él estaba allí como enviado de Londres para hacerla lo más llevadera posible. Esperaba ver a su amigo Claverhouse y que este le explicase lo ocurrido en esas últimas semanas. Tenía la esperanza de que no todo estuviera perdido.

***

Llegó con tiempo a la residencia de los Elgin y, tras saludarlo a él y a su esposa, se adentró en la casa esperando ver a viejos conocidos.

—Archibald, ¿cómo estás? No esperaba encontrarte en la capital.

—Celebro verte, John. He venido a Edimburgo a tratar ciertos asuntos.

—¿Los que tienen que ver con el nuevo monarca? Nadie aquí es ajeno a las noticias que han llegado desde Londres. Ni tampoco que tú eres el intermediario designado por Londres para suavizar el clima que ha generado el exilio de Jacobo a Francia.

—Lo doy por hecho.

—No vas a tenerlo nada fácil, te lo advierto. Tu amigo Claverhouse se está encargando de ello. —Le lanzó una mirada de advertencia e hizo un gesto con la cabeza hacia este.

Claverhouse charlaba de manera distendida con varios jefes. Archibald apostaba a que estaba explicándoles lo que había sucedido en Londres semanas atrás y lo que les depararía el futuro. Nada bueno para Escocia, les resumiría.

—Soy consciente de que él es un férreo defensor de los Estuardo y, en concreto, de Jacobo. Su decisión de abandonar el consejo así lo demostró.

—Pero admite que una cosa es derrocar al actual monarca para poner a otro, y otra muy distinta, declarar a Jacobo como un traidor. ¡Hablamos de Guillermo de Orange! ¡Su propio yerno! —Levantó la voz para poner énfasis en su relación de parentesco—. Podría haber hecho algo al respecto, ya que son familia.

Archibald inspiró ante semejante comentario y, apretando los labios, se limitó a asentir.

—No te lo discuto, pero…

—El parlamento de Londres no se lo permitió. O tal vez se lo sugirió… Ya me entiendes —concluyó John a lo que Archibald iba a decir, con un tono de cierto desprecio hacia ese acto en sí—. Si hubiera tenido ese detalle con Jacobo, las cosas podrían haber tomado un cariz diferente. Aquí hubiera tenido otra interpretación. ¿No crees?

—Por desgracia, ya no se puede hacer nada. Guillermo se sienta en el trono y Jacobo está exiliado en Francia.

Archibald vio que Claverhouse se acercaba. Altivo y orgulloso de lucir los colores de su clan en su kilt y su *plaid* echado sobre el hombro. Una mirada entre la intriga y la sorpresa, tal vez, por encontrarlo allí.

—No esperaba verte por aquí. Te hacía en tu palacio de Inveraray —le dijo a modo de saludo.

—Tengo pensado pasarme por allí cuando concluya lo que he venido a hacer a la capital. Yo te hacía, más bien, en el norte del país, en tus tierras en Dundee. Jacobo te nombró vizconde…

—Sí, tengo pensado salir mañana hacia allí. Lo del título es lo de menos —dijo agitando la mano en el aire.

—Lo suponía. Me han dicho que te marchaste de la convención de clanes sin despedirte.

Claverhouse sonrió por lo bajo.

—No tenía mucho que hacer allí una vez que se tomó la decisión de seguir las directrices de Londres. Como si fuésemos sus lacayos. Pero dime, ¿a qué se debe tu presencia esta noche aquí?

—Entre otras muchas cosas, a pedirte que recapacites.

—¿Sobre qué?

—Los dos sabemos que eres leal a la casa Estuardo.

—Lo soy —le dejó claro contemplándolo de manera fija—. ¿Algún inconveniente?

—Sí, si vas recorriendo el país buscando apoyos para traerlo de vuelta a Escocia primero y a Londres después… —Archibald miró a su amigo dejándole entrever lo que sucedería.

—¿Qué puede importarte? —Lo recorrió con la mirada desde los pies a la cabeza como si estuviera evaluándolo. Una mueca sarcástica afloró en su rostro.

—El hecho de que puedas fomentar una revuelta.

—La gente estaría en su derecho después de la decisión de Londres. Los anglicanos y los disidentes unidos junto a los dos partidos, Tories y Whigs, para «invitar» a Guillermo a venir a Inglaterra y ocupar el trono que ocupa su suegro. ¿No crees que es algo descabellado y rocambolesco?

—Solo te pido que recapacites y no cometas ningún error.

—¿Lo es pedirle al legítimo monarca que regrese a su tierra? ¿Es que el tiempo que pasas en Londres te ha vuelto un inglés, Archibald? Que yo recuerde, los Campbell son un clan escocés cuyo jefe es el mismísimo duque de Argyll. El más influeynte y poderoso de toda la nación —le dijo mirándolo de nuevo de pies a cabeza y viendo que llevaba el traje nacional con el tartán de dicho clan.

—Sí, lo es. Pero eso no quiere decir que apruebe ciertos comportamientos que podrían llevar al país a otra guerra como la vivida en tiempos de Carlos I.

—¿Por qué estás tan seguro de ello? —quiso saber un receloso Claverhouse.

—Porque si hablas en favor de la vuelta de Jacobo, son muchos los que te seguirán, y no precisamente de una manera pacífica. Te lo pido por la amistad que tenemos desde niños.

Claverhouse inspiró en varias ocasiones y asintió.

—No te prometo nada. Tal vez deberías ir a las Tierras Altas y hablar con los jefes de los principales clanes. Exponerles tu punto de vista, que no es sino el de Londres —le dejó claro con una sonrisa irónica que parecía buscar una reacción en el Campbell.

—Lo haré. Descuida.

—En ese caso, suerte. Yo no intercederé en tus planes, siempre que tú no lo hagas en los míos, Archibald. Que cada uno defienda lo que considera mejor para la nación, y que el pueblo decida. —Le tendió la mano para sellar aquella especie de pacto o reto entre ambos jefes de sus respectivos clanes.

Aquellas palabras y aquel gesto habían captado la atención de curiosos y escépticos. Un tenso silencio se adueñó del salón en el que todos se encontraban. Algunos parecían contener las respiraciones a la espera del resultado del lance. Miraban de manera

fija al Campbell, esperando su respuesta, y no dudaban de que sería aceptar la propuesta de Claverhouse.

Archibald le sostuvo la mirada antes de aceptar el envite. Estrechó con firmeza la mano del jefe del clan Graham.

—Está bien. Lo haremos a tu modo.

Claverhouse sonrió satisfecho por el acuerdo logrado con su amigo. Luego relajó la expresión del rostro. Y palmeó a Archibald en el hombro.

—Dejemos la política y hablemos de otros asuntos, ¿quieres?

—Será lo mejor.

—Dime, ¿has visto a Connie?

Escuchar aquel nombre dejó a Argyll algo perplejo. Pero, por otro lado, lo agradeció porque relajaba el ambiente al que se habían conducido ambos en aquella especie de reto ante todos.

—No. No he tenido tiempo. Ni he querido hacerlo.

—Vaya… —Claverhouse chasqueó la lengua expresando su decepción—. En su día pensé que al final acabarías por cortejarla. E incluso casarte con ella cuando te marchaste a las Tierras Altas.

Archibald sacudió la cabeza y se pasó la mano por el mentón.

—Muchos lo llegaron a creer.

—Menos tú. Diste la impresión de que tu repentina marcha hacia el norte era una especie de huida del compromiso.

—Nunca la consideré como una futura esposa. Ni a ella ni a cualquier otra mujer entre Glasgow y Edimburgo —le dejó claro intentando no pensar en lo sucedido en aquellos días en el norte.

—¿Y qué me dices de Eve? La hija de los McLean. Las malas lenguas te acusaron de haberla plantado para irte a Londres. De donde no has regresado hasta hace un par de días.

Archibald apretó los labios y asintió. Estaba tenso por esas palabras que le hacía recordar un momento de su vida que no se

había perdonado.

—De eso hace mucho tiempo. Y si no regresé fue debido a mis compromisos como representante de Escocia en el parlamento británico.

—¿Acaso piensas convertirte en el primer Campbell soltero?

—¿Qué tal está Jane? —Le lanzó la pregunta después de coger aire. Necesitaba dejar de escuchar los nombres de las dos mujeres con las que se le había relacionado en el pasado. No tenía tiempo para sentimentalismos.

—Bien, en Dundee. Si pasas por allí cerca, visítala. Le hará ilusión verte.

—Lo haré. Descuida.

—No cambies de tema con relación a tu soltería y búscate una mujer que te aleje de la política de una condenada vez —le dijo haciendo un gesto con la mirada hacia varias de las jóvenes que había allí.

—Me temo que no tengo tiempo para galanteos.

—Tú te lo pierdes. Te dejo, voy a saludar a algunos conocidos. Y si marchas al norte, buen viaje. Y procura andar con cuidado, los ánimos están algo exaltados estos días.

—Lo tendré en cuenta.

Archibald observó alejarse Claverhouse para seguir sus conversaciones con otros distinguidos jefes de clanes de las Tierras Bajas. Pensó que no había ido tan mal ese primer acercamiento a su amigo. Si este se dedicaba a animar a los jefes del norte, leales a los Estuardo desde generaciones, la situación podría volverse insostenible. No tanto como la que se iba a producir cuando reconoció a Connie del brazo de un desconocido. Procuró no quedarse contemplándola de manera descarada, pero su belleza irradiaba un aura difícil de evitar. Verla hizo que se planteara la

cuestión de su soltería, como le había dicho Claverhouse. ¿Por qué no se había planteado cortejarla en su día como acababa de decirle su amigo? Se lo cuestionó en ese preciso instante en el que la veía saludar a los anfitriones de la velada. Y cuando su mirada azul se quedó fija en él, Archibald se sintió algo incómodo, porque no sabía muy bien cómo reaccionar después de tanto tiempo sin verse. Se limitó a asentir a modo de saludo y permaneció en el sitio sin saber si sería acertado ir a saludarla. Pero entonces vio que ella caminaba hacia él con ese propósito.

—Archibald. Es toda una sorpresa verte por la capital.

—Connie, ¿qué tal todo?

—Te presento a mi esposo. Creo que no lo conoces. Thomas McDonald.

¡Su esposo! De manera que había optado por dar ese paso. Tal vez, harta de esperar a ver si él se decidía. ¿Por qué no le había informado de ello Claverhouse cuando le preguntó si la había visto? Al menos no quedaría como un estúpido ante su marido y ante ella.

—Tanto gusto, señor. Es un honor conocer al duque de Argyll.

—No creo que sea para tanto.

—Usted es el representante de Escocia en Londres. Si eso no es importante…

—Política. Nada más. En muchas ocasiones me dan ganas de abandonarlo todo y retirarme a mi casa en Inveraray —aseguró con una tímida sonrisa, sin poder evitar contemplarla a ella. Tal vez Claverhouse estuviese en lo cierto una vez más, y debiese seguir su consejo de buscarse una esposa y alejarse de la política. El tiempo pasaba más deprisa de lo que él pensaba. Y una de las mujeres más elegantes y atractivas de todo Edimburgo ya no estaba destinada para él. Sin embargo, él la había rechazado en su día cuando abandonó la capital para marcharse a las Tierras Altas. ¿Se había

tratado de una huida como le había referido su amigo Claverhouse? ¿Huyendo del compromiso? No era algo que se esperase del duque de Argyll. Debía casarse y formar una familia e irse a vivir a su castillo de Inveraray.

—¿Estarás mucho tiempo en Edimburgo? Tal vez podrías pasarte por casa…

Aquella invitación le pareció algo cruel a la vista de cómo consideraba a Connie esa noche. No estaba dispuesto a mortificarse estando en su presencia.

—Parto mañana mismo hacia el norte. Asuntos urgentes.

—¿De Londres? —le preguntó el esposo de ella.

—Sí.

—Sin duda que los últimos acontecimientos han caído como un jarro de agua fría en la nación.

—Lo supongo. En fin, si me disculpáis… Ha sido un placer verlos —dirigió una última mirada a Connie antes de alejarse de su presencia. No esperaba que esta pudiera afectarle de aquel modo. Al día siguiente partiría para el norte y se olvidaría de ella.

Cuando la noche estaba avanzada, Archibald salió al balcón para tomar el aire. Necesitaba despejar la mente de los acontecimientos que estaban pasando, así como de las conversaciones con los distintos jefes de los clanes. No se desprendía nada bueno después de sostener varias charlas con estos y con su amigo Claverhouse. ¿Es que pretendían rebelarse contra la decisión del parlamento de Londres? Habían sustituido un monarca por otro debido a la política con la que Jacobo se había conducido hasta ese momento. Los Estuardo llevaban en el trono de las islas más de ochenta años. Durante los cuales el país había conocido una guerra civil entre los partidarios del rey Carlos I y los del parlamento dirigidos por Oliver Cromwell. ¿Acaso pretendían embarcarse en una nueva rechazando

a Guillermo de Orange? Todos esos pensamientos traían de cabeza a Archibald, quien se limitó a sacudirla y a golpear con el puño la balaustrada del balcón.

No era consciente de que una persona lo observaba desde el umbral. Connie McDonald sonreía de manera tímida al ver su comportamiento. Sin duda que se debía al clima de crispación que comenzaba a notarse en la sociedad. Él, como alto representante de Escocia en Londres y jefe del clan Campbell, se jugaba mucho. Se le acercó con paso lento hasta que lo vio girar el rostro en su dirección cuando escuchó el sonido de pasos. Se limitó a entreabrir los labios para decir algo, pero al final quedó en un simple intento cuando la reconoció.

—¿Cansado del mismo tema de conversación, Archibald?

Este se limitó a sonreír al tiempo que trataba de ordenar sus pensamientos y saber qué decirle.

—Sí.

—No se habla de otra cosa en la capital en estos días. El cambio de monarca por parte de Londres.

—Soy consciente de ello. Pero, por otra parte, era necesario dadas las últimas actuaciones de Jacobo.

—No esperaba verte aquí. Ya te lo dije.

—Tenía que venir a tomar el pulso a los clanes de la capital y de las Tierras Bajas. En el norte me hago una idea de lo que dirán… — Movió las cejas y apretó los labios, consciente de ello.

—Sabes que en aquellas regiones son férreos defensores de la casa real Estuardo. Supongo que no les habrá sentado nada bien que Jacobo no solo no haya tenido que dejar el trono, sino que se haya visto obligado a huir de su país.

—Confío en poder aplacar los ánimos. ¿Sigues viviendo en la capital?

Ella asintió bajando la mirada a sus manos entrelazadas. Estaba nerviosa ante la presencia de él. Conseguía dominar la respiración a duras penas. No podía creer que, pese al tiempo transcurrido, ella pudiese seguir experimentando aquel vacío en el estómago.

—A las afueras. ¿Y tú? ¿Piensas quedarte?

—Partiré mañana temprano. Pasaré por mi casa en las tierras de los Campbell de camino al norte. La situación requiere que se actúe con rapidez.

—Espero que tengas éxito en tu misión.

—Yo también.

—¿No te has casado ni comprometido en este tiempo que has pasado en la capital inglesa? —No sabía muy bien a que venía aquella pregunta por su parte, ya que él no tenía cabida en su vida. Nunca, a decir verdad.

—No soy un hombre que esté hecho para el matrimonio —se excusó tratando de hacerle ver que así era. Pero la reacción de ella, sonriendo divertida, lo trastocó.

—Eso es lo que tú crees. Al final la encontrarás. Te está esperando en alguna parte. Solo es cuestión de tiempo.

—Vaya, desconocía tus dotes de adivina.

—No lo soy. Pero estoy convencida de que así será.

—En una ocasión casi estuve a punto de hacerlo.

—¿De verdad? —La expresión de sorpresa en su rostro hizo que él asintiera ahogando la risa.

—No sé por qué te lo cuento.

—¿Qué sucedió?

La mirada entornada por parte de ella lo sobrecogió, pero lo animó a seguir.

—Me nombraron alto representante de Escocia en Londres y me marché.

—¿Y ella?

—Le prometí que regresaría para cumplir mi promesa y… —Apretó las manos convirtiéndolas en puños al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

—No lo hiciste —le dijo ella con un tono lleno de pesar porque no lo hubiera hecho.

—Siempre ocurría algo que me retenía en la capital inglesa —le dijo con cierta rabia, como si buscase resarcirse de no haber cumplido su palabra. Como si aquella mujer tuviera la solución o la absolución a sus pecados.

—¿Has vuelto a saber de ella?

—No. No sé qué habrá sido de su vida. Supongo que se cansó de esperarme y se habrá casado con otro. Pero eso pertenece al pasado. No estoy hecho para el matrimonio, al contrario que tú.

—Tal vez tengas una segunda oportunidad con ella. —Vio que una amiga le hacía señas—. Y ahora, te dejo a solas con tus pensamientos mientras regreso al interior. Ha sido una grata sorpresa verte…

—Espero que seas feliz en tu nueva vida junto a tu marido.

Ella asintió sin añadir nada más. Apretó los labios disimulando una sonrisa y se volvió para regresar al interior de la casa en compañía de su amiga. Mientras, Archibald soltaba el aire acumulado en su interior y permanecía allí, quieto, pensando en las últimas palabras de Connie. Lo cierto era que no tenía tiempo para cortejar a una mujer, o tal vez fuese una excusa para no hacerlo. Acababa de confesarle lo sucedido con cierta joven de las Tierras Altas. Lo había dejado todo por la política. Buscando el bien para su propio país y dejando a un lado su bienestar personal. ¿Habría hecho lo correcto? Nunca había querido cuestionárselo. Uno tomaba una decisión y no podía arrepentirse ni cuestionársela a cada

momento.

Partiría hacia Inveraray a la mañana siguiente. Eso era una obligación inmediata que no necesitaba justificación alguna.

Capítulo 2

Archibald ni siquiera llegó a Inveraray en su salida de la capital. Un comentario, que escuchó en una posada en la que se había detenido, hizo que cambiase de planes. Un grupo de hombres permanecía sentado a una mesa con varias jarras. El que hablaba en ese momento captó su atención.

—Al parecer, Claverhouse ha despachado mensajes a todos los jefes de las Tierras Altas para reunirse en Lochaber el día dieciocho de este mes. Anda recabando apoyos en favor del rey depuesto.

—Eso no es nada nuevo —intervino otro de los hombres—. Es peor lo que ha sucedido con los recaudadores de impuestos cerca de Perth.

—¿De qué hablas? ¿Qué les ha pasado?

—Los han asaltado en nombre de la causa jacobita.

—¿Dónde ha escuchado semejante comentario, amigo? —le preguntó Archibald levantándose de la silla como si fuera un resorte, dejando que esta cayese al suelo.

—Está en boca de todos en la región, señor. Aseguran que los asaltadores conocían su recorrido porque los estaban esperando.

Robaron los impuestos que deben pagarse a la corona, y aseguraron a voces que eran para la causa del rey Jacobo.

—¿Por qué harían algo así? Supone un ataque directo al rey y al parlamento británico.

—Lo sé, señor. Al parecer el jefe de los McDonald de Keppoch ha sido el primero en considerar este acto como el primer paso para traer a Jacobo de regreso desde Francia. Dicen que iba camino a Inverness para solicitar cierta cantidad de dinero que le deben. Entonces, la gente pidió ayuda a Claverhouse para que solventara la situación. Y este les prometió que lo haría.

—¿Asaltando a los recaudadores de impuestos ingleses? —preguntó uno de los tertulianos.

—¿Se sabe quiénes eran los asaltantes? —intervino Archibald nervioso por las noticias que estaba recibiendo. Aquello no hacía sino empeorar su misión en aquellas tierras.

—No se sabe. Sorprendieron a los recaudadores en mitad del camino.

—Los que los vieron huir aseguraban que pertenecían a los McLean de Duart —comentó un hombre que se había acercado para escuchar la conversación.

—¿Está seguro? —La mirada de incredulidad y temor de Archibald Campbell lo dijo todo. No podía creer que su viejo amigo estuviera metido en ello. No obstante, la gente cambiaba con el paso del tiempo. Y él llevaba mucho alejado de aquellas regiones.

—Es lo que he oído. Por el color del tartán.

—Eso no dice mucho. Cualquiera podría vestirlo para que las sospechas cayeran sobre este clan.

—Gracias, amigo. —Archibald ni si quiera se molestó en regresar a su mesa para seguir disfrutando de su comida, sino que salió de la posada dispuesto a subirse a su caballo y proseguir camino hacia la

región de Perth. Necesitaba conocer más detalles sobre lo ocurrido. No creía que John McLean estuviese metido en ello. ¿Y Claverhouse? Le había dado su palabra de que solo se limitaría a hablar con los jefes del norte para exponerles la situación. Robar los impuestos era un delito muy grave. Pensar en el viejo amigo de su padre hizo que un nombre de mujer se deslizase en su mente. Los recuerdos de ella lo obligaron a cerrar las manos en puños y sacudir la cabeza rechazando que estuviera también metida. Claro que conociéndola…

***

Eve McLean permanecía sentada junto al fuego de la chimenea. Su larga cabellera de rizos pelirrojos, recogida de manera improvisada, le caía sobre la espalda. Su mirada de ojos claros no se apartaba de su padre. No perdía detalle alguno de lo que contaba porque sin duda que le parecía interesante.

—Lo que Claverhouse ha hecho con sus últimas actuaciones ha sido prender la mecha de la rebelión. Abandonar el consejo de gobierno en la capital… —El viejo McLean paseaba por el salón con las manos a la espalda y la cabeza gacha—. Y luego, se comenta que un grupo de leales seguidores a Jacobo y a la casa real Estuardo ha asaltado a los recaudadores de impuestos del gobierno cerca de Perth.

—¿Y eso en qué situación nos deja, padre? —preguntó la muchacha.

—No lo sé. Si Claverhouse sabe tocar las teclas oportunas ante los jefes de los clanes del norte, estoy convencido de que no hará falta decir nada más para empezar una revuelta.

—Pero debemos admitir que lo que ha sucedido con Jacobo ha sido una maniobra rastrera por parte de los ingleses. Les está bien

empleado que les hayan robado el dinero de los impuestos.

—¡Eve! ¿Qué estás diciendo? —Su madre entraba en ese momento en el salón. La retó con la mirada a que se le ocurriera seguir hablando del tema.

—Mi hermana tiene razón, madre. Londres ha maquinado para derrocar al rey y obligarlo a huir de su propio país como un vulgar delincuente —recordó James McLean, el primogénito del clan. El rechazo a esa acción por parte del parlamento de Londres no solo quedaba patente en sus palabras, sino en la expresión de su rostro.

—Tranquilízate, Flora. Nuestros hijos solo dicen lo que pensamos muchos de los jefes aquí en el norte. Derrocar a Jacobo Estuardo para situar a Guillermo de Orange no ha sido lo más sensato. Pero tampoco estoy de acuerdo con el asunto de los impuestos… —El viejo McLean apretó los labios y sacudió la cabeza sin terminar de verlo claro.

—Estas acciones, ¿podían conducir a la nación a una nueva guerra, padre? —sugirió Eve temerosa de que eso llegase a suceder.

—¿Otra guerra? ¿Recuerdas la anterior? Peleaste por el rey Carlos contra las tropas de Cromwell. Una guerra civil que asoló las islas y acabó ejecutando a un rey. ¿Y qué sentido tuvo si al final el propio Cromwell también fue ajusticiado y los partidarios de la monarquía pidieron a Carlos II que regresara desde Bruselas? Es el mismo caso que ahora —le recordó su esposa mirándolo con fijación.

—Carlos II se vio obligado a huir cuando estalló la guerra. De lo contrario habría seguido la suerte de su padre. ¿Piensas que Londres llamará a Jacobo de vuelta si su yerno no los complace? —John McLean miró a su mujer con los ojos abiertos como platos.

—Todo dependerá del talante de Guillermo, madre. Por lo pronto ha prometido libertad religiosa para Escocia —intervino Eve

paseando por el salón mientras se mordisqueaba la uña del dedo pulgar con gesto pensativo.

—Prometerá cualquier cosa con tal de tenernos contentos —comentó James con un toque irónico que captó la atención de su padre.

—De momento nos tocará esperar a ver qué sucede en los próximos días —le aseguró este a su hijo.

—Yo estoy segura de que, cuando Londres sepa lo que está sucediendo, no tardará en enviar a alguien para negociar —sugirió Eve cruzando los brazos y deteniendo sus pasos al lado de su madre.

—Ya lo ha hecho, según me he enterado por las noticias que vienen de la capital —les reveló John con cierta solemnidad mirando a su mujer primero y después a su hija por lo que supondría conocer el nombre de la persona designada. Y por lo que ese nombre representaba para Eve.

—¿Quién es? —preguntó esta de manera resuelta, sin esperar escuchar aquel nombre.

—El duque de Argyll. Archibald Campbell.

Eve acusó el escalofrío que le provocó conocer la identidad del enviado del parlamento. Se mantuvo firme en todo momento bajo la atenta mirada de las otras tres personas en el salón. No quería que ninguno de ellos se diese cuenta de lo que sentía por dentro. Agradeció que prosiguiera la conversación.

—Su padre y tú combatisteis por el rey Carlos… —dijo en un intento por no hablar de Archibald.

—Yo era más joven cuando estalló la guerra civil, al igual que Argyll. Ambos logramos salir con vida de milagro, lástima que el viejo Campbell muriese poco después de un ataque al corazón. Sobrevivió a las balas y los sables de los hombres de Cromwell para

acabar de aquella forma —dijo chasqueando la lengua con cierta lástima, recordando la imagen de su viejo amigo.

—Argyll es el máximo exponente de Escocia en el parlamento británico. Fue elegido para ese cometido. Es lógico que Londres lo haya designado para exponer la situación a la que nos enfrentamos —aseguró James convencido de que así sería.

Eve decidió permanecer en silencio, ajena a las palabras de los demás miembros de la familia. Tenía la impresión de que escuchar aquel nombre la había abstraído por completo del resto de la conversación. Había perdido cualquier interés en esta. Pensar en Archibald Campbell hizo que la temperatura de su cuerpo subiese de manera repentina. No se habían vuelto a ver desde que él se marchó a Londres cuando fue nombrado como alto representante de Escocia para el parlamento británico. Tal vez, el hecho de no acordarse de él se debía a que no guardaba muy buenos recuerdos.

—Los Campbell se han arrimado mucho a Londres… —murmuró el viejo John frotándose el mentón con gesto pensativo, lo que captó la atención de su hija.

—¿Qué temes? ¿Qué se alíen con los ingleses si estalla la guerra? —preguntó Eve interviniendo en la conversación para no pensar en Archibald. Y, de paso, dejar claro que no le importaba lo más mínimo lo que le sucediese, ni si quiera su presencia, si llegaba a visitar aquellas tierras.

—Espero que no sea el caso, hija. Nunca los he considerado como allegados a los ingleses. Por lo pronto, dejaremos el asunto hasta que llegue el día de reunirnos en Lochaber y escuchar lo que tenga a bien contarnos Claverhouse. Si te soy sincero, no me hace ninguna maldita gracia embarcarme en otra guerra a mi edad. Entonces era joven y alocado, pero ahora…

—No tienes porqué ir a la guerra. El resto de los hombres del

clan seguirán a James —dijo Eve mirándolo antes de que este se pronunciara.

—¿Mientras yo me quedo en casa? —le preguntó contemplando atónito a su hija por sus palabras—. Yo soy el cabeza de familia. El jefe de los McLean. Y mientras sea así, yo dirigiré a mis hombres en la batalla.

—Padre, haz caso a Eve —le sugirió James con la mirada entornada.

—El jefe del clan lo es hasta el último día —le rebatió con dureza, como si lo estuviese retando—. Ya te llegará el momento. Aunque confío que no tengas que vivir más guerras.

—En ese caso, creo que yo también acudiré —aseguró Eve con un paso al frente, desafiando a su padre.

—¡¿Tú?! No sabes de lo que estás hablando, muchacha —le espetó lanzándole una mirada desde los pies a la cabeza.

—¿Qué me impide seguir a mi jefe y al clan al que pertenezco?

—Olvídalo, chica. —John McLean sacudió la mano en el aire en su intento por hacer desistir a su hija de semejante locura—. Tu sitio está aquí junto a tu madre y al resto de mujeres McLean. No en medio de un campo de batalla —le dejó claro antes de levantarse del sillón y abandonar el salón ante las miradas y el silencio de los demás.

Eve estaba dispuesta a luchar por el rey Jacobo llegado el momento. Si los clanes del norte del país se unían en defensa del legítimo monarca y los McLean iban a la guerra, ella no pensaba quedarse atrás por que fuese una mujer. Si su padre llegase a saber quién había acaudillado a los hombres que habían asaltado a los recaudadores de impuestos…, pensó viendo como salía del salón sin decir nada más.

—Es mejor que dejemos el tema hasta ver qué sucede —dijo la

madre de los dos muchachos, saliendo detrás de su marido a ver si lograba calmarlo.

James McLean se quedó contemplando a su hermana pequeña con una mezcla de curiosidad y de admiración. Permanecía apoyado contra el ventanal con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y los brazos sobre el pecho.

—¿Lo decías en serio? Lo de unirte a los hombres si el clan apoya la guerra…

—Sí. Hablaba en serio —le espetó enrabietada, pero no por las palabras de su padre, sino por la reacción que había demostrado al escuchar el nombre del duque de Argyll.

James sonrió.

—No sé por qué no me sorprende algo así viniendo de ti.

—Pues, ¿por qué me lo has preguntado?

—Te ha cambiado el gesto cuando has escuchado el nombre de Archibald Campbell. Y lo entiendo, hermana… —James se había fijado en cómo había palidecido, cogía aire y entrecerraba los ojos. Por no mencionar como la había visto cerrar las manos en puños y apretarlas. Detalles que él no había pasado por alto, a pesar de que ella había tratado de mantenerse firme y serena.

—¿De qué diablos hablas? ¿Cómo que me ha cambiado el semblante al escuchar el nombre de Archibald Campbell? —se enfrentó a sus temores y a su hermano con naturalidad, sin darle la mayor importancia a ese hecho, para que James viera que no le pasaba nada.

—Entonces han sido imaginaciones mías.

—No sé lo que has visto, o dejado de ver, James, pero te aseguro que no tiene nada que ver con Campbell. Eso pertenece al pasado, que es donde debe permanecer. ¿Satisfecho? —Esbozó una sonrisa amplia para dejarle claro que no tenía nada que ocultar.

—Como tú digas —ironizó. Su hermana se había sobresaltado al escuchar el nombre de Archibald Campbell, o tal vez saber que regresaría a Escocia. Eso aumentaba las posibilidades de que pudieran verse después del tiempo que hacía que él se había marchado a Londres—. Te dejo con tus pensamientos. Voy a ver a nuestro padre.

Eve no comentó nada más. Prefirió permanecer callada hasta quedarse a solas. Entonces resopló, cerró los ojos y relajó los hombros. Si era cierto que Archibald regresaba, no tenía por qué volver a verlo, a pesar de todo. No creía que, pese al tiempo y la distancia, el hecho de escuchar su nombre, o conocer que podría aparecer por allí, pudiese afectarla de aquella manera. Pero lo estaba experimentando. Y no le hacía ni pizca de gracia.

***

Archibald no tenía claro qué le corría más prisa, si tratar de descubrir quiénes estaban detrás del robo a los recaudadores de impuestos visitando a John McLean; o bien ir hasta el castillo de Dudhope e intentar encontrar allí a Claverhouse. Tal vez él pudiera explicarle qué demonios sucedía. Al final, se decantó por ir a este último lugar. Dejaría la visita a los McLean para otra ocasión. De manera que cabalgó todo el día cambiando de caballo siempre que podía. Nadie le negaba una montura a Argyll en esas tierras. Sin embargo, a medida que se adentraba en las Tierras Altas, el ambiente cambiaba. Estaba en un territorio leal a los Estuardo. Si entablaba alguna que otra conversación con los lugareños, estos le echaban en cara que no defendiese los intereses de Escocia con mayor energía en el parlamento británico. Él era la voz de todos ellos en Londres, y no entendían por qué el rey se había visto obligado a dejar su tierra.

Ante esas muestras de disgusto con la política de las islas, Argyll tenía pocas dudas de que, llegado el caso, todas aquellas gentes no vacilarían en empuñar sus armas para luchar por la casa Estuardo. Su misión se iba complicando cada vez un poco más.

Siguió hacia las tierras de Claverhouse y a su castillo de Dudhope. Su amigo le había comprado el castillo a Charles Maitland, el hermano más joven del primer duque de Lauderdale, cuando a este no le quedó otra solución que venderlo debido a sus dificultades financieras. Desde entonces, Claverhouse lo había ocupado junto a su esposa, Jane Cochrane, a quien hacía tiempo que no veía. El castillo era un magnífico edificio de tres pisos, con dos torres en el centro y otras dos en ambos extremos. Con tejados y cúpulas de pizarra en contraste con el color claro de la piedra con la que estaba edificado. La puerta de entrada era de madera maciza con ribetes en hierro.

El camino hacia esta se dividía en dos partes iguales con setos a ambos lados, cortados de una manera impecable. Archibald apostaba que era Jane quien les prestaba atención, y la que daba las órdenes para tenerlos vistosos para las visitas. Se apeó del caballo y, guiándolo por la rienda, enfiló dicho sendero hacia la entrada. Se fijó en un roble de aspecto regio, centenario y que daría buena sombra en el verano. Justo cuando llegaba a la puerta, un hombre vestido con el tartán del clan y en mangas de camisa se detuvo al verlo.

—Buenas tardes, señor. ¿Qué quiere?

—Busco a John Graham, ¿se encuentra en la casa? —Hizo un gesto con la cabeza hacia el edificio.

—Se marchó hace unos días hacia las tierras de los Mackenzie.

—¿Y la señora? Jane…

El hombre le dirigió una mirada poco amistosa. Lo recorrió de los pies a la cabeza como si tratara de saber quién era o de si convenía

molestarla.

Al ver que el hombre parecía dudar, Archibald decidió decirle quién era.

—Soy Archibald Campbell, duque de Argyll. Tengo asuntos urgentes que tratar con tu jefe, pero dado que no está, tendré que dejarlos para otra ocasión. No obstante, si la señora está, me gustaría saludarla. Y estoy seguro de que dejaría de hablarme si se enterase de que, estando a la puerta de su casa, no lo he hecho… — Torció el gesto dejando claro que ella no se lo perdonaría.

El hombre asintió al conocer esa información.

—Venga conmigo.

—Gracias.

Lo siguió lamentando no poder encontrar a Claverhouse allí. Había partido hacia las tierras de los Mackenzie, en las cercanías del castillo de Eilean Donan. Sin duda que su objetivo era saber la opinión de uno de los clanes más importantes de la región.

—Deje el caballo a Fraser para que lo lleve a las cuadras. Lo conduciré con la señora.

—Muy amable.

Hacía tanto tiempo que Jane y él no se veían que estaba convencido de que ya no sería la joven tímida que se había casado con su amigo. La casa se veía en un buen estado, se dijo mientras el hombre lo llevaba hacia el salón.

—Espere un momento. Voy a avisarle.

Archibald no dijo nada más y asintió. Luego, giró sobre sus talones para obtener una panorámica del lugar. La luz entraba a raudales por los dos ventanales que ocupaban el salón. Había un amplio sillón cerca de la chimenea donde ardía un fuego generoso. Se volvió de inmediato en cuanto escuchó el sonido de pasos sobre el suelo de madera. Jane apareció ante él vestida de manera

sencilla, pero elegante con un vestido azul oscuro. Llevaba el cabello recogido en una trenza que reposaba sobre su hombro derecho. Lo obsequió con una sonrisa al verlo y caminó hacia él con los brazos extendidos.

—Mi querido Archibald, ¡qué sorpresa más agradable verte aquí en Dudhope! ¿Cuánto tiempo hacía que no venías a visitarnos?

Él le cogió las manos y las apretó con firmeza.

—Creo recordar que la última vez que coincidimos John y tú ya estabais casados.

—Si vienes buscándolo, no está. Se marchó hace unos días a visitar a los McKenzie. Me aseguró que vendría hoy mismo para asistir a la velada de esta noche.

—Sí, el hombre con el que me he cruzado en la puerta y me ha hecho pasar me lo comentó. Pero ya que estaba aquí, no quería irme sin verte.

—No te lo habría perdonado por mucho duque de Argyll que seas. Sentémonos. Graham me contó que estuvo contigo en la capital, pero no me comentó que fueses a venir. —El tono de Jane pareció bajar un poco, mostrando cierta curiosidad, como su mirada hacia él; pero también Archibald creyó percibir su preocupación—. ¿Quieres que te traigan algo de beber o de comer? Supongo que te quedarás por aquí. Esta noche he invitado a algunos conocidos, dado que John estaba de regreso después de venir de la capital.

Aquella sugerencia pilló desprevenido a Archibald.

—No quería ser una molestia, Jane. Me gustaría seguir el camino hacia las tierras de los McLean.

—Pero si acabas de llegar. Nunca serás considerado una molestia, Archibald. ¿McLean dices? No tendrás que ir hasta sus tierras porque estarán aquí esta misma noche, de manera que, si te quedas, podrás hablar con el viejo John. Sabes que hay habitaciones

de sobra. —Jane lo vio dudar y entonces decidió mostrarse algo más sensible—. Quédate, anda. De ese modo la tarde será más amena Y podrás ponerme al día de lo que has hecho todo este tiempo que hace que no nos vemos.

Archibald se limitó a reír.

—Si insistes…

—Cuéntame, ¿qué tal todo por Londres? Desde que te marchaste a la capital inglesa no hemos vuelto a saber casi nada de ti. Salvo por lo que John me cuenta cuando vuelve de allí y te ha visto.

Archibald torció el gesto.

—Política, política y más política. Como puedes esperar.

—Pero no vacilaste cuando te designaron como representante de Escocia para Londres…

—Cierto. Solo que no esperaba que fuese tan tedioso.

—¿Qué hay de verdad en esos rumores que dicen, que los clanes de las Tierras Altas están en contra de que un extranjero como Guillermo de Orange se siente en el trono? El propio yerno de Jacobo.

Archibald apretó los labios y asintió de manera reiterada.

—Rumores, como bien dices.

—John asegura que algunos clanes estarían dispuestos a empuñar las armas…

Archibald observó como la esposa de su amigo entornaba la mirada un tanto recelosa y preocupada.

—Espero que no lleguen a ese punto y que acepten a Guillermo como nuevo rey. Después de todo está emparentado con los Estuardo, casado con la hija de Jacobo.

—De lo contrario…, ¿podríamos estar hablando de una nueva guerra como la que asoló ambas naciones durante el reinado de

Carlos I?

—Confío en que no lleguemos a ello. Por ese motivo he vuelto a Escocia, para apaciguar los ánimos. Pero creo que deberíamos dejar la política a un lado y hablar de otros temas, ¿no lo crees?

—Deberíamos. Solo que en estos días que vivimos es algo complicado. Espero que con la velada de esta noche logremos distraernos. Por cierto, volviendo al tema de esta y de los McLean, Eve vendrá…

Escuchar aquel nombre hizo que se removiera en el sillón, pero intentó que Jane no se fijase. Sin embargo, la mirada que ella le estaba dirigiendo aseguraba que no lo había conseguido.

—No he vuelto a verla desde que me marché a Londres.

Fue lo primero que se le ocurrió decirle y, aun así, era cierto. Cuando regresaba a Escocia solía pasar algunos días en la capital, antes de emprender viaje hacia sus tierras en Inveraray.

—Pues esta noche podrás hacerlo.

—Sí, lo que pasa es que el tiempo cambia a las personas, y… la última vez que vi a Eve… —Su voz se detuvo de repente, en el mismo instante en el que su mirada se quedó fija en un punto en el vacío. Entrelazó las manos y asintió.

—¿Qué te sucede? Te has quedado callado cuando te he hablado de ella.

—No es nada. Pensaba en el tiempo que había transcurrido desde entonces.

—Espero que guardes un buen recuerdo.

Archibald se limitó a asentir ante aquel comentario porque, de hecho, así había sido. Lo que no tenía claro era cómo se comportarían cuando se viesen. Esperaba cualquier reacción por parte de ella, pensó mirando Jane con una sonrisa con el fin de tranquilizarla sobre sus temores ante una posible guerra contra

Inglaterra.

—Lo guardo, sí.

—Si vas a quedarte, será mejor que te enseñe tu habitación.

No discutiría con ella, puesto que era consciente de que no lograría hacerla cambiar de opinión antes que se lo propusiera. Jane era muy suya. Tenaz, decidida, perspicaz… Siempre le decía a su amigo que había elegido muy bien a su compañera de viaje en la vida. Le convenía quedarse para hablar con los jefes del norte, aunque ello supusiera tener que ver a Eve McLean.

La noche caía sobre el castillo de Dudhope cuando John Graham llegó. No esperaba encontrarse con Archibald Campbell, pero allí estaba charlando de manera animada con su esposa, Jane.

—Vaya, esta sí que es una grata sorpresa, amigo. —Le tendió la mano para que el Campbell se la estrechara.

—Llegué esta mañana para verte, pero Jane me dijo que habías partido hacia las tierras de los McKenzie.

—Le he pedido que se quede —intervino Jane mirando a su esposo.

—Has hecho muy bien, querida. —La obsequió con un beso en la mano y una mirada llena de expectación.

—Jane me pidió que me quedara hasta que regresaras.

—Apuesto a que te habrá insistido hasta lograr arrancarte un «sí». Ya la conoces.

—No podía negárselo después del tiempo que hacía que no nos veíamos —le aseguró mirándola.

—¿Qué tal el día en las tierras de los McKenzie? —le preguntó Jane deseosa por saber qué tal iban las cosas por las Tierras Altas en relación al cambio de monarca.

—He pasado un día hablando con el jefe del clan. Escuchando su

punto de vista con respecto a lo sucedido con Jacobo y… En fin, no parecen muy contentos, la verdad, querida.

Jane torció el gesto al escuchar aquellas palabras.

—Es mejor que os deje y que vaya a recibir a la gente que ya llega.

Los dos hombres asintieron y se inclinaron con respeto ante ella. Luego, Claverhouse le hizo un gesto a Archibald para que lo acompañara hasta la habitación que empleaba como despacho para tratar sus asuntos.

—No corren buenos tiempos —le dijo vertiendo un poco de licor en un vaso, ofreciéndoselo a Archibald.

—¿Qué opinan los jefes de las Tierras Altas? McKenzie es uno de los clanes más influyentes.

—Pero temen una guerra contra Londres. Y al mismo tiempo, la decisión de sustituir a Jacobo por su yerno no ha sentado nada bien.

—Escuché decir que has convocado a todos los jefes de las Tierras Altas en Lochaber para hablar de la situación.

—¿Dónde lo has escuchado?

—De camino hacia aquí.

—Sí. Quiero oír las opiniones de todos y cada uno de ellos.

—Por cierto, ¿has oído algo acerca del robo de la recaudación de impuestos para el gobierno?

Claverhouse levantó la mirada del vaso y miró atentamente al Campbell.

—¿De dónde te has sacado semejante noticia? ¿Cómo que han robado los impuestos de los recaudadores? —John frunció el ceño contemplando a su amigo con preocupación por esa noticia.

—Lo escuché en una posada cuando me detuve a cambiar de caballo y comer algo. Lo estaban comentado algunos hombres. Aseguraban que habían asaltado a los recaudadores en nombre de

la causa de Jacobo, cerca de Perth. Y que habían huido con el dinero. Por eso te pregunto si sabes algo.

—No, claro que no. Acabo de llegar de Eilean Donan. No tenía ni idea. Es, sin duda, una mala noticia para la corona. Si Londres se entera de…

—Aseguraban que habían sido hombres de los McLean.

—Es una acusación muy grave. —El tono de advertencia y el gesto de Claverhouse se volvieron fríos.

—Lo sé. Y no me lo terminé de creer.

—¿Por qué ellos?

—Según decían, se debía al color del tartán de su kilt.

Claverhouse se echó atrás mirando a su amigo con sorpresa e incredulidad.

—¿Y tú lo crees?

—Acabo de decirte que no. No. Pudo ser cualquiera. El color y el dibujo del tartán pueden confundirse con facilidad.

—Pues eso mismo diría yo. No obstante, podemos preguntarle esta noche cuando venga. Pero no creo que McLean ande enviando a sus hombres a asaltar a los recaudadores de impuestos. Es un acto de traición.

—¿Qué pretendes reuniendo a los clanes en Lochaber? —le preguntó con la mirada entornada observando el gesto de desconfianza de su amigo.

—Solo pretendo informar de la situación en la que deja a Escocia el cambio de monarca. Nada más. —Claverhouse sacudió la mano en el aire como si lo cortara.

—También contaban que has saldado una deuda con McDonald de Keppoch…

Claverhouse sonrió con ironía.

—¿No estarás pensando que yo he robado la recaudación de

impuestos para pagar esa antigua deuda? —Movió las cejas con expectación.

—No te creo capaz de semejante acto.

—Celebro que así sea. —El sonido de voces en la puerta del castillo lo hizo reaccionar—. Si me disculpas, he de hacer de anfitrión. Estás en tu casa.

—Claro.

Claverhouse intercambió una última mirada con su amigo antes de abandonar la estancia. No le hacía demasiada gracia que este sospechase de él en lo referente a los recaudadores de impuestos. No creía que los McLean estuviesen metidos en algo así, pero tampoco podía afirmar que los clanes leales a la familia Estuardo no decidieran emprender acciones por su cuenta, aun a riesgo de las consecuencias que causarían.

Archibald permaneció a solas durante un momento, en el que no quiso pensar en Claverhouse como instigador de ese robo ni de una rebelión en el país. Debía centrarse. Pero, si no, lo conseguiría esa misma noche. Escuchar la voz de Eve McLean en la casa le tensó el cuerpo obligándolo a resoplar y sacudir la cabeza. Cerró los ojos unos segundos en los que pareció tomar conciencia de la situación. No sabía por qué se preocupaba por la posible reacción de ella después de lo sucedido en su último encuentro. El tiempo había pasado y algunas cosas eran mejor olvidarlas. Abandonó la habitación en la que se encontraba y entonces la vio en el salón. Llevaba puesto un vestido sencillo pero elegante, en un tono verde claro que contrastaba con su cabellera pelirroja. Archibald comenzó a preocuparse por la reacción de su propio cuerpo, que lo obligó a tensar los músculos. Y más cuando aquel par de ojos verdes lo descubrieron. Primero representaron sorpresa, luego curiosidad y, por último, cierto desdén y frialdad, lo cual le indicaba que ella no

parecía guardar buen recuerdo de su último encuentro.

Capítulo 3

Eve McLean no esperaba volver a ver al hombre que le había robado el corazón con un beso y una promesa de un futuro juntos, pero que se olvidó de cumplir. Sin embargo, el paso del tiempo parecía haber convertido a la joven soñadora en una mujer astuta y fría, que ya no se dejaba embaucar por ninguno. Por ese motivo seguía soltera, rechazando las proposiciones que recibía. Cuando su padre comentó que Londres había enviado al duque de Argyll para apaciguar a los jefes del norte, no pensó en que pudiesen coincidir en tan poco tiempo. Y de repente, esa noche… Allí estaban ambos. Eve le sostuvo la mirada el tiempo que tardó en volver a prestar atención a la conversación que mantenía, y que sin duda le parecía más interesante que la presencia de Argyll. Pero a pesar de sus intentos por no pensar en él, no podía dejar de sentir una ligera taquicardia sin sentido. Había cerrado su corazón a los sentimientos para centrarse en seguir su vida. Y encontró una disculpa perfecta cuando surgieron los primeros rumores de un cambio de monarca. Se aferró a su lealtad a la casa real Estuardo y trabajó en favor de esta, defendiéndola allí donde iba. Hablando en su favor en cada

reunión social a la que la invitaban. Eso hizo que se olvidara del duque de Argyll.

Archibald se sintió algo cohibido. Se fijó con determinación en ella para reconocer que el paso del tiempo había acentuado sus rasgos. Se había convertido en una mujer sin igual, atractiva, elegante y llamativa a ojos de cualquier hombre. No quedaba nada de la joven que él había conocido.

—Estás aquí. —La voz de Jane lo sacó de sus pensamientos y, tras coger aire, volvió su atención a la esposa de Claverhouse—. ¿No querías hablar con John McLean? Pues ahí está. Acaba de llegar.

Le hizo una señal con el brazo extendido hacia este.

—Lo sé, lo sé…

Jane se dio cuenta de cómo su amigo dudaba. ¿Por qué? Desvió un poco la mirada y lo comprendió. ¿Era por la presencia de ella? Entrecerró los ojos escrutando el rostro del mejor amigo de su esposo.

—¿Cuánto hacía que no la veías?

—¿Cómo? —Archibald se sobresaltó al escuchar la pregunta y sacudió la cabeza sin entender qué pretendía Jane. La observó con el ceño fruncido y una expresión de desconcierto fingido porque sabía a quién se refería.

Jane sonrió con picardía.

—A Eve McLean. Te noto algo cohibido, y no creo que sea su padre quien te retiene aquí. Querías hablar con él y, en cambio, no tienes pensado hacerlo de momento. Y eso que él se encuentra a escasos diez pasos.

—Sí, tienes razón.

—¿En qué? ¿Qué te noto nervioso y dubitativo por acercarte? ¿O tal vez es Eve McLean quien te retiene aquí? ¿Prefieres hablar a solas con su padre? No creo que ella vaya a hacerte nada. —Jane

entornó la mirada con curiosidad y curvó los labios con cierta picardía. No era ajena a la historia que la propia Eve le había contado sobre ellos dos. Ni de los comentarios que circularon en aquel tiempo por aquella región. Su amiga tuvo que soportar constantes burlas y humillaciones en las veladas a las que había acudido. Se convirtió en el blanco de las sátiras porque Archibald no había vuelto a por ella después de haberle prometido un futuro juntos.

—Desde que marché a Londres.

—Mucho tiempo, la verdad. Y supongo que no esperabas encontrarla tan cambiada.

—Sin duda se ha convertido en toda una mujer.

—Sí. No te lo discuto.

—Si me disculpas, el jefe de los Stewart de Appin me está haciendo un gesto para que acuda a saludarlo.

Jane sonrió de manera algo pérfida. Se daba cuenta de cómo Archibald no parecía estar a gusto cuando le hablaban de Eve. Por ese motivo había dejado la conversación a medias con ella y se había marchado a saludar a un jefe de aquellas tierras.

—Como quieras. La velada no ha hecho más que empezar…

Archibald asintió sin mediar palabra. Prefería alejarse de su amiga lo antes posible, antes de que lo pusiera en un aprieto con respecto a Eve. Ya había tenido suficiente con verla como para ponerse a hablar de ella. No había ido allí para rememorar tiempos pasados, sino para llevar a cabo la misión que el parlamento de Londres le había encomendado.

El jefe los Stewart Appin estrechó la mano del Campbell cuando ambos estuvieron a la misma altura.

—Se me hace raro verte por aquí, Archibald. Te hacía más bien en Inglaterra. O en tu castillo de Inveraray.

—Me lo han comentado en varias ocasiones, Mortimer, pero tenía que venir.

Este asintió y apretó los labios que apenas si se distinguieron debido a su poblada barba de color castaño.

—No corren buenos tiempos, ¿eh?

—Sé a lo que te refieres, y es cierto. Las aguas bajas revueltas, pero debemos hacer todo lo posible por contenerlas y que no se desborden. Eso sería terrible —Archibald movió las cejas para dejar clara su advertencia.

—Sí, por supuesto. Admite que la jugada de los ingleses con respecto al rey… —Mortimer chasqueó la lengua—. No ha sido muy decorosa.

—Jacobo prometió una serie de mejoras que no ha cumplido; entre estas, la ansiada libertad religiosa aquí en Escocia…

—Estoy de acuerdo contigo, pero no creo que la religión les importe mucho en Londres. Lo que de verdad les incomoda es que los Estuardo llevan asentados en el trono muchos años. Pero esto no significa que tengan que expulsar a Jacobo y poner en su lugar a su yerno… Un monarca extranjero a todas luces —le recordó con gesto turbado y un tono de resentimiento.

—Era la mejor opción, y no deja de pertenecer a la familia real.

—Es un orangista. Un holandés que no tiene nada que ver con la casa real Estuardo. Por mucho que esté casado con la hija de Jacobo, Archibald. —El jefe de los Stewart Appin se mostró molesto con esa comparativa.

—Espero que haga las cosas bien y cuente con el apoyo de Escocia.

—Siempre que no perjudique a esta tierra. Ya lo sabes…

A Archibald no le gustó la manera en la que lo dijo, ni tampoco su gesto de desafío y de advertencia.

—Siempre podemos defender nuestra postura en Londres.

—Entonces defenderemos la vuelta de Jacobo de su exilio en Francia. Dime, ¿qué hará el clan Campbell? Confío en que, como su jefe que eres, estés presente en Lochaber junto al resto de los que acudiremos.

—Sin duda. Es uno de los motivos por los que me encuentro aquí tan al norte —desvió la atención del rostro de Mortimer cuando vio la cabellera pelirroja de Eve dirigirse hacia el balcón de la casa. Tal vez sería un buen momento para hablar con ella y cerrar el capítulo del pasado. No podía evitarla toda la noche, y creía que cuanto antes se enfrentase a esa situación, mejor se encontraría.

—Si me disculpas, prometo seguir con esta conversación más tarde. Tengo un asunto urgente que tratar.

—Cuando quieras podemos seguir con la charla, Campbell.

Archibald se dirigió al balcón para hablar con Eve. La encontró hablando de manera distendida con otra joven; una muchacha de aspecto grácil, de cabello rubio y ojos claros como una mañana de primavera en aquellas regiones. Cuando ambas se percataron de la presencia de él, dejaron de hablar y se volvieron. Las miradas de ambas reflejaban cierta sorpresa, pero la de Eve cambió de inmediato al reconocerlo, mostrando indiferencia.

—Buenas noches, señoritas —saludó dirigiendo su atención a ambas por igual. No pretendía fijarse de manera detenida en Eve en un principio.

—Señor Campbell —dijo esta, devolviéndole el saludo—. Le presento a la señorita Fraser.

Los Fraser eran otro de los muchos clanes leales a Jacobo. Claverhouse sabía qué teclas debía tocar para que su causa tuviera el éxito que esperaba, pensó Archibald centrando su atención en la joven.

—Tanto gusto, señorita.

—¿Es usted el jefe de los Campbell? El delegado para los asuntos de Escocia en Londres…

La curiosidad que ella mostraba le provocó una tímida sonrisa, pero todavía le llamó más la atención su manera de contemplarlo: una mezcla de curiosidad y de emoción.

—Lo soy.

—Vaya, qué casualidad que se encuentre aquí.

—Con todo aquel que hablo esta noche me comenta lo mismo.

—Es lógico que a la gente le extrañe verlo. No en vano digamos que… no se prodiga mucho en venir a visitar a sus paisanos, duque —le recordó Eve con un tono mordaz, haciendo relación a su título nobiliario.

Archibald mantuvo la compostura y le sostuvo la mirada. Aquel par de ojos brillaba en demasía, fruto de la rabia o la frialdad con la que acompaña su rictus. Pero lo que más capto su atención fueron sus labios entreabiertos. Su rostro de tez blanquecina, de trazos firmes, pero de apariencia suaves.

—Supongo que su presencia en Escocia es por motivos políticos. —Amy Fraser miró de reojo a su amiga y sonrió con picardía. Muchos de los allí presentes estaban al tanto de lo acaecido entre ellos dos hacía algunos años: Archibald Campbell y Eve McLean. Una historia muy sonada que no había acabado bien para su amiga. El duque de Argyll se había marchado a Londres y se olvidó de la hija del jefe de los McLean.

—Así es. Mi posición me permite pocas distracciones.

—Supongo que ha salido al balcón para hablar con Eve, de manera que, si me disculpan…, los dejo para que se pongan al día —aseguró mirando a ambos una última vez antes de dejarlos a solas. La joven Amy percibió el gesto de advertencia en la mirada de su

amiga, como si le pidiera que no se marchara aún.

Archibald inclinó la cabeza con respeto mientras Eve seguía a su amiga con la mirada. Luego centró su atención en él. Altivo, elegante, apuesto y seductor como ya no lo recordaba. Ese era Archibald Campbell. El paso de los años le había hecho ganar atractivo. Sus facciones estaban algo más marcadas y aparentaban dureza. Eve sacudió la cabeza y se volvió dándole la espalda de inmediato. ¿Por qué diablos estaba pensando en él de aquella forma? Era el hombre que no solo le había roto el corazón con sus falsas promesas, sino que le destrozó la vida. Desde aquellos días había perdido el interés en el compromiso con un hombre. Se había comportado de una manera esquiva y con falta de ganas para atender esos intereses. Muchos fueron lo que pensaron que se debía a que esperaba que el Campbell regresara de Londres y cumpliera su promesa. Los más arriesgados hablaron de su orgullo: que ella no aceptaba ninguna propuesta de matrimonio para no sentirse humillada. La pelirroja de los McLean había sido testigo de numerosos comentarios y cotilleos sobre esa situación. Y así llegó el día en el que decidió dar por zanjada la situación asegurando que no tenía interés alguno en casarse y formar una familia. Se dedicaría a su clan y a su rey. Y los últimos días, la situación creada por el parlamento británico le había venido como anillo al dedo para sus propósitos.

Escuchó los pasos de él y su voz a su espalda.

—Nos han dejado solos.

—Ya me he dado cuenta.

—No era mi intención. Te vi salir de la casa y pensé en venir a saludarte. Saber qué tal te van las cosas…

—Todo un detalle de tu parte que lo hayas pensado. Creía que no salías de Londres, pero claro, has venido en misión del

parlamento británico, según he sabido —le aseguró adoptando un tono algo frío y que consideraba que era el más acertado para la ocasión.

Archibald sonrió, contemplándola, mientras ella se alejaba de su lado.

—Cierto que paso largas temporadas en la capital inglesa, no obstante, también suelo venir a mi tierra.

Ella asintió no sin expresar su sorpresa por ese comentario.

—A las de los Campbell te refieres…, ¿verdad? —Entornó la mirada con curiosidad—. Imagino que llegas y te encierras en Inveraray hasta que regresas a Londres.

—Algo así.

—¿Te tratan bien los ingleses? —Eve sonrió con un mohín de sus labios y una ceja elevada. Quería divertirse a su costa esa noche. Demostrarse así misma que podía soportar la presencia cercana de él sin que la piel se le erizase o sintiese un incesante hormigueo en las palmas de sus manos.

Él acusó aquel tono mordaz por parte ella, que le dejaba claro que no le hacía gracia estar hablando con él. Su mirada era algo fría, por no mencionar la expresión de su rostro.

—No me quejo. Aunque hay para todos los gustos.

—¿Y las mujeres? ¿Alguna ha logrado atraparte? —Se rio con picardía al hacerle la pregunta. Lo que no esperaba era tener la sensación de que su corazón parecía detenerse esperando la respuesta. ¿Por qué diablos le había hecho esa pregunta? ¿Qué interés albergaba ella?

—No voy a Londres buscando una esposa. Mis motivos son más bien políticos.

Se sintió aliviada en cierto modo porque él no lo había admitido, y su respuesta parecía querer decir que no estaba casado ni

comprometido.

—Pero supongo que no todo lo que tienes que hacer en Londres está relacionado con la política. También habrá espacio para la diversión, y dada tu categoría, te agasajan invitándote a numerosas fiestas.

—En cierta medida.

Eve lo miró de pies a cabeza de manera rápida y asintió. Más le valía cambiar de tema o tal vez descubriese algo que no era de su gusto.

—¿Has venido con motivo de la reunión de los clanes escoceses en Lochaber? Como bien sabrás, tu amigo John Graham de Claverhouse ha sido el artífice.

—Lo sé. Me lo contó hace días en la capital.

—¿Y qué opinión te merece? —Eve elevó una ceja mostrando su interés. Los Campbell estaban cerca de Londres, aunque ello no significara que apoyasen sus decisiones para Escocia. Pero la conversación que había mantenido con su padre al respecto había picado su curiosidad.

—Mientras no signifique que las Tierras Altas se levanten en armas contra Inglaterra…

Eve ahogó las risas que aquel comentario le produjo. Lo miró adoptando una expresión entre la perplejidad y la burla.

—¿Prefieres que el parlamento de Londres dicte las normas de nuestra propia nación? ¿Estás de acuerdo con que los ingleses hayan sentado en el trono a Guillermo de Orange obligando a Jacobo a exiliarse?

Archibald era consciente de su rabia. Se había aferrado a la tela del vestido, cerrando las manos en puños, mientras su mirada centelleaba. Su imagen irradiaba una fuerza y una pasión que no había encontrado en muchos hombres que querían defender la

causa de los Estuardo.

—Jacobo se ha marchado por voluntad propia.

—Lo han declarado traidor a la corona —lo corrigió rechinando los dientes, acercándose a él de una manera una tanto peligrosa, llevada por el ímpetu de sus palabras.

Él la vio acercarse y envararse como si lo desafiara. Se encontraba ante una acérrima seguidora de la casa Estuardo, no le cabía otra duda.

—Tal vez debió aceptar la propuesta del parlamento para que su propio yerno lo sustituyera en el trono. Aceptar que el final de su mandato había llegado.

—¿Eso es lo que de verdad piensas? —Permaneció con la boca abierta sin dar crédito a sus palabras. Dio unos pasos atrás y volvió a dirigirle una mirada de los pies a la cabeza, en la que le mostraba tanto su incredulidad como su decepción—. Pasas tanto tiempo en Londres que ya ni te conozco. Hablas como un inglés más; o como los habitantes de las Tierras Bajas, y no como el jefe de los Campbell. Y pensar que tu padre y el mío lucharon juntos, como si fuesen hermanos, por el rey Carlos Estuardo contra las tropas de Cromwell.

La vio hacer ademán de marcharse, pero la retuvo contra su voluntad sujetándola del brazo e instándola a que lo mirara cara a cara. Solo entonces él comprendió lo perdido que estaba ante ella. Aflojó los dedos dejándolos resbalar por la piel del brazo. La miró con gesto de culpabilidad, con los labios apretados.

—Espera, no te marches todavía.

—¿Qué me retiene aquí? —lo desafió con la mirada y el mentón elevado.

—Es verdad que paso demasiado tiempo en Londres, pero no soy como ellos, Eve.

A ella le gustó que pronunciara su nombre. Tanto que consiguió que su piel se revelase, y ese gesto la trastocase hasta el punto de no querer soltarse de su mano.

—Pues lo pareces, Archibald —le aseguró tratando de aparentar la frialdad que le faltaba en ese instante en el que él la había tocado.

—Siento darte esa imagen.

—Poco me importa a estas alturas quién seas.

—Lo creas o no, no era mi intención pasar tanto tiempo lejos de casa. Sé que me guardas rencor por lo sucedido la última vez que estuvimos hablando.

Ella pareció sonreír, pero no era sino una mueca de desdén para tratar de disfrazar el dolor que le provocaban los recuerdos.

—Ya no. Admito que hubo un tiempo en el que te maldije y te odié con todas mis fuerzas por tu desdén hacia mí. Y por lo que ello me supuso, pero ese odio se convirtió en desidia, en falta de interés por lo que te pudiera suceder. No me importaba lo más mínimo.

—Sé lo que te prometí…

—Me prometiste demasiado y yo te creí porque era una joven soñadora y romántica que estaba enamorada de ti. No me importaba quién eras. El tiempo y tu dilatada ausencia enfriaron mis sentimientos. No hace falta que digas nada. Ni que me pidas perdón. Aquello pertenece al pasado y debe permanecer allí. Nada bueno puede traer ahora. Sigue con tu vida del modo que yo lo hago con la mía, Archibald.

A él le pareció percibir un brillo nunca antes visto en aquella mirada. Se dio cuenta de que Eve retenía las lágrimas para no delatarse. Lágrimas de frustración, sin duda. No la retuvo cuando ella volvió a emprender el camino hacia el interior de la casa dejándolo solo con sus pensamientos. Apretó los labios y cerró las manos en puños, maldiciéndose por lo que había sucedido en

aquella noche. Pero poco o nada podía hacer a esas alturas en lo que se refería a ella. De modo que lo mejor que podía hacer era centrarse en el asunto por el que había regresado a Escocia. Tratar por todos los medios de evitar una guerra entre ambas naciones, solo entonces podría centrarse en Eve. En tratar de recuperar su confianza y su cariño. Si restaba algo de él.

Eve regresó al interior de la casa recomponiendo el gesto. No permitiría que ninguno de los presentes llegase a pensar en lo que no era. Sonrió con amabilidad a los que le pedían un baile, haciendo que su rabia disminuyese poco a poco. No esperaba que volver a ver a Archibald Campbell después de tanto tiempo pudiera llegar a afectarle de aquel modo. Creía que lo había olvidado, desterrado de sus pensamientos y de su corazón. Que no significaba nada para ella. Que sentía lo mismo que por un completo desconocido. Pero estaba equivocada, y eso la confundía más.

Archibald esperó a que ella estuviera en la casa, y cuando él hizo lo propio, no reparó en buscarla. Había tenido suficiente para un primer, y tal vez único encuentro. Nunca quiso hacerle daño como se lo hizo, pero sus obligaciones políticas buscando el bien de la nación escocesa, lo obligaron a sacrificarla. A no buscarla cuando regresaba a sus tierras en Inveraray. El tiempo le restó falta de interés y cuando quiso reaccionar fue demasiado tarde ya. Pensó que ella habría contraído matrimonio con algún noble escocés, hijo de algún jefe de clan. Ni si quiera se había atrevido a preguntarle si estaba comprometida o desposada. Ahora era él, quien al verla tan atractiva e irradiando tanta pasión por la causa del rey, se sentía extraño, y lamentaba no haber venido antes.

Debía dejar de pensar en Eve McLean y centrarse en lo que de verdad importaba. La situación política en la que la decisión de Londres dejaba a Escocia. Más en concreto, a los clanes escoceses

leales a la familia real Estuardo. Pero eso pasó a un segundo plano cuando escuchó una conversación más que interesante al pasar cerca de un grupo de hombres.

—Los estaban esperando cerca de Perth —decía uno de los allí reunidos—. No saben de dónde salieron. Aparecieron de repente, cortándoles el paso. Dicen que alguno los encañonó con una pistola, y otros al parecer sacaron a relucir su *claymore* con intenciones no muy amistosas.

—Cuando Inglaterra sepa lo ocurrido, tomará represalias —apuntó otro de los contertulios.

—Si me lo permiten, están hablando ustedes del asalto a los recaudadores de impuestos, ¿me equivoco? —intervino Archibald captando la atención de los tres hombres.

—De eso hablamos en concreto, duque —le dijo el que lo había estado relatando.

—¿Nadie sabe quiénes han sido?

—Las informaciones son muy contradictorias. No queda claro ni quienes eran, ni de qué clan —apuntó otro de los hombres—. ¿Qué opinión le merece, Campbell? Usted es uno de los más altos dignatarios que están aquí. Podría tomar medidas al respecto.

—Si no tienen ninguna información fiable…

—Se llevaron el dinero aludiendo que era para la causa del rey Jacobo.

—Iban embozados y cubiertos por capas que impedían ver el color del tartán de su *kilt* o de su *plaid*. Puede que hasta fueran ingleses deseosos por iniciar una guerra —sugirió uno de los contertulios.

—Podrían ser cualquiera.

—Entiendo. Les agradezco sus explicaciones. —Archibald se apartó con gesto dubitativo. ¿Quién sería tan loco como para robar a

los recaudadores de impuestos del rey? En cuanto la noticia llegara la capital tomarían cartas en el asunto.

—¿Cómo te ha ido con Eve? Os he visto fuera charlando —la voz de Jane volvió a captar su atención, y de nuevo el tema de la hija del clan McLean ocupó sus pensamientos. Miró a la esposa de su amigo Claverhouse que se mostró expectante por sus palabras.

—Lo esperado —respondió sin demasiada emoción y con un gesto de fastidio.

—¿A qué te refieres tú con eso?

La mirada entornada de Jane hizo que él reaccionara sacudiendo un mano en el aire y apretando los dientes. Se giró con rabia lo que llamó la atención de la mujer, quien frunció el ceño y sacudió la cabeza sin entenderlo.

—Se ha mostrado fría y distante, como esperaba.

—En ese caso, ¿por qué te preocupas tanto por su reacción si era lo que te esperabas?

Él se limitó a encoger los hombros.

—No lo sé, Jane. Si te soy sincero… ¡Qué diablos! Tal vez se deba a la presión de la misión que me han encomendado. Y luego, ese asalto a los recaudadores de impuestos cerca de Perth… —le relató con gesto preocupado por las medidas que Londres pudiera tomar.

—Todo parece indicar que no has llegado en un buen momento a tu tierra.

—Da esa impresión. Pero ¿qué podía hacer? Fui nombrado para venir a tantear el terreno en cuanto a los clanes leales a los Estuardo. En lo que no había pensado era en verla a ella —dijo haciendo un gesto con el mentón en dirección a Eve McLean.

—Confío en que puedas encontrar la solución a todos los problemas, Archibald.

—No estoy seguro de ello, mi querida amiga. Lo cierto es que no necesito añadir ni uno más a los que ya tengo. Entiendo su comportamiento, pero…

—La dejaste sola, Archibald. —Aquella frase tan directa interrumpió el discurso de él y se fijó de manera detenida en la esposa de su amigo—. Tú no fuiste testigo de lo que tuvo que pasar. La gente comenzó a murmurar en un principio, pero con el paso del tiempo ya no ocultaban sus comentarios acerca de que ella aspiraba a demasiado.

—¿De qué estás hablando? —El interés que despertaron aquellas palabras en él hicieron que tensara el cuerpo y le dedicara una mirada de recelo a Jane—. No sé qué sucedió cuando marché a Londres.

—Hubo comentarios muy duros e hirientes acerca de que se había hecho ilusiones. Pensando que se casaría con el jefe de los Campbell; con el mismísimo duque de Argyll. Que viviría en tu castillo de Inveraray… Son algunos de los comentarios que tuvo que soportar. Y, cuando con el paso del tiempo tú no volviste, Eve se sintió traicionada y humillada. Dejó de acudir a las veladas porque se había convertido en el centro de estas. Era la comidilla de los corros de las mujeres. Se burlaban de ella. Hasta que de repente le importó más bien poco y siguió apareciendo en las reuniones sociales sin importarle lo más mínimo lo que pensaran o dijeran de ella.

Archibald se sintió mal por Eve al conocer esas noticias.

—Desconocía todas esas historias, Jane. De haberlo sabido…

—Por eso mismo te culpa de todo. No solo de que le prometieras que regresarías por ella, sino de las consecuencias de tus actos. Desde aquel día no ha aceptado a ningún pretendiente. No sé si es por ella o porque en verdad ninguno ha mostrado un interés serio. Creo que su corazón se perdió cuando se dio cuenta de que no

regresarías de Londres.

—Confío en que algún día pueda perdonarme.

—Entonces trata de acercarte a ella.

Archibald sonrió ante aquella sugerencia.

—En cuanto logre hacerlo, volverá a sacar a la mujer fría e irascible que lleva dentro. A la que yo he creado.

—Pero tú sabes que ella no es así.

—Jane, Eve ya no es la joven muchacha llena de ilusión de aquellos días. Es una mujer fría que ha endurecido su corazón gracias a mi comportamiento en el pasado. Me odia.

—¿Por qué no volviste, Archibald? ¿Por qué dejaste que el tiempo se apoderara de lo que teníais?

—Porque llegó un momento en el que mi país me necesitaba más que mi propio corazón a Eve. Lo entregué todo buscando el progreso y el beneficio para mi tierra.

—Y perdiste a la mujer que te amaba. Tal vez llegue el momento en el que Escocia te la devuelva como pago por lo que tú hiciste.

Archibald sonrió con melancolía y añoranza.

—No corren buenos tiempo para Escocia. Y menos para pensar en un amor que, según Eve, pertenece al pasado y es ahí donde debe permanecer —le aseguró taciturno, observando a Claverhouse acercarse a ellos, y experimentando un dolor agudo en el pecho pensando en el daño causado.

Capítulo 4

—¿Qué tal lo estás pasando? ¿Has hablado con los jefes? —preguntó Claverhouse acercándose hasta Archibald y Jane.

—Iba a hacerlo con McLean cuando escuché la conversación que mantenían algunos acerca del asalto a los recaudadores.

—Ah, sí. Ese asunto. Dime, ¿has averiguado algo nuevo?

Archibald sacudió la cabeza.

—Y me preocupa que eso pueda convertirse en algo habitual, que acabe trayendo problemas.

—Sí, es posible. Yo tampoco he logrado saber quiénes han llevado a cabo semejante disparate.

—¿Tan grave puede ser la situación? —Jane hizo la pregunta con las manos apoyadas en el antebrazo de su esposo y la mirada fija en el rostro de este. Temía que aquellos actos pudieran desencadenar en una nueva guerra si Londres los calificaba como rebelión.

—De momento, sería bueno que no se repitiera y encontrar a los autores. Si llega a convertirse en algo habitual, como señala Archibald, podríamos tener problemas con Londres —aseguró Claverhouse—. Espero y deseo que se haya tratado de un hecho

aislado, querida. —Sonrió mirándola y luego hizo lo propio con Archibald buscando su apoyo.

—No tienes nada que temer, Jane. Estoy seguro de que daremos con ellos y se devolverá el dinero —añadió este para tranquilizarla.

—Si querías hablar con McLean… —Claverhouse hizo un gesto con la cabeza hacia este, que se había quedado solo en ese instante —. Si no te importa, querida, acompañaré a Archibald.

—Claro, no te preocupes. Iré a saludar a su mujer.

—Como gustes. ¿Vamos?

Archibald cogió aire y asintió mirando a Claverhouse. Este tenía razón: había que dar con quienes habían asaltado a los recaudadores y se habían quedado con su dinero antes de que las noticias llegaran a Edimburgo o a la propia Londres. Prefería no pensar en las consecuencias de ese acto.

John McLean los vio acercarse. Mantenía un rictus serio, con las manos a la espalda y los ojos entrecerrados como si los estuviera estudiando a medida que se acercaban.

Archibald confiaba en que la conversación discurriera por buen camino y que no sacara el tema de su hija. No era el momento idóneo para hacerlo. Ni él tenía interés en hacerlo. Entendía que podía tener sus reservas con él por lo sucedido en el pasado. El tiempo había endurecido el rictus del viejo escocés, pero conservaba el pelo y la barba con un tono rojizo, que sin duda había heredado su hija.

—¿Tienes un momento, John? —le dijo Claverhouse cuando se detuvieron a la altura de este.

El escocés sonrió con cierta ironía y desvió la atención hacia Archibald.

—¿Cómo estás, Campbell? Hacía mucho tiempo que no te veía tan lejos de tus tierras.

—La necesidad me ha traído hasta aquí, John.

—¿Te envía Londres para tratar de apaciguar los ánimos entre los clanes leales a la casa real Estuardo?

—Las noticias llegan rápido a estas tierras.

—No te quepa la menor duda. Y bien, ¿qué queréis?

—¿Sabes algo del asalto a los recaudadores de impuestos? —intervino Claverhouse.

—Sé lo que todos los jefes que estamos aquí esta noche. Nadie conoce a los autores.

—Escuché decir, según venía hacia aquí, que podrían tratarse de hombres de tu clan… —Archibald se aventuró a decirlo con cautela, consciente de lo que ello supondría. Pero no podía andarse con paños calientes si pretendía encontrarlos y detenerlos antes de que Londres actuara.

La mirada del viejo jacobita fue explícita, pero más lo fueron sus palabras de advertencia.

—Voy a hacer cómo que no lo has dicho, muchacho. Por la amistad que forjé con tu padre durante años y que nos llevó a pelear juntos por el rey Carlos contra Oliver Cromwell. De lo contrario, te retaría a un duelo mañana mismo, aunque seas el mismísimo duque de Argyll. ¿Dónde diablos has oído semejante disparate? —La mirada fría y penetrante del McLean no intimidó a Archibald; era más, le recordó a su hija. Los mismos ojos, la misma dureza y frialdad que había esgrimido ella ante él.

—En una posada cerca de Perth, cuando venía de camino hacia aquí. También te digo que no lo creí.

—Pero me lo has preguntado, muchacho. De manera que no me vale esa disculpa —frivolizó el viejo escocés con una media sonrisa burlona.

—Escuché la noticia, pero no quise ni quiero siquiera pensar que

pueda ser cierta.

—¿Por qué lo decían? ¿Se lo preguntaste? —elevó el mentón en claro gesto de desafío

—Reconocieron los colores del clan McLean.

—Eso no quiere decir nada, y lo sabes. Los colores se pueden confundir con facilidad. El barro y la suciedad pueden dificultarlo. O la oscuridad.

Claverhouse permanecía en silencio, atento al viejo McLean, hasta que volvió a dirigirse a este.

—Si descubres quiénes han sido, te agradecería que nos lo dijeras.

John McLean asintió conteniendo la risa y elevó una ceja con suspicacia.

—¿Para colgarlos de parte de Londres?

—En el de la justicia, John. Sabes que es un delito robar los impuestos.

—Lo sé, y no lo defiendo —bramó como un toro, mirando a Claverhouse como si este lo acusara de traidor o algo semejante—. Ten por seguro que, si logro averiguarlo, seré yo mismo quien los cuelgue, si es cierto que la gente anda diciendo que han sido mis hombres. No lo dudes.

—Deberías dejar que fuese la justicia, John —le repitió Claverhouse convencido de que así actuaría.

—Si son hombres de mi clan, me corresponde a mí, como su jefe, aplicarla. Y ahora, dime: ¿qué hay de la reunión de Lochaber? ¿Tú también has venido para ella? —miró a Archibald una vez más.

—Sí, así es. Tengo que estar presente.

—¿Y defender los intereses de Londres?

—Los de Escocia, John. No quiero que estalle una nueva guerra. Ya tuvimos suficiente con la anterior; de la que hablabas antes. ¿De

qué serviría derramar sangre escocesa?

McLean asintió en silencio. No le hacía ninguna gracia tener que participar en otra guerra. En eso tenía que darle la razón al Campbell. Pero no era menos cierto que lo haría si Escocia se veía perjudicada por las políticas de Londres.

—Dices bien, pero ya veremos qué sucede.

—Confío en que no abogues por una guerra abierta con Inglaterra —le aconsejó Archibald temiendo que, después de todo, los McLean pudieran ponerse del lado de los más acérrimos seguidores del rey.

—No soy partidario de ello, pero sabes que los clanes de estas regiones somos leales a los Estuardo.

Archibald apretó los labios y asintió consciente de esa verdad que nadie iba negar.

—¿Y Guillermo?

—Es un holandés. Un Orange que está casado con la hija de Jacobo. Nada más —dejó claro sacudiendo la cabeza con determinación—. No pasaremos por ahí. Por decir que Guillermo es un Estuardo.

—Pero está casado con la hija de Jacobo, como acabas de decir, lo que lo convierte en su yerno. Un miembro de la familia.

John McLean no pudo evitar reírse captando la atención de los más allegados.

—Guillermo de Orange tiene tanto de Estuardo como tú o yo, muchacho. Que se haya convertido en el yerno de Jacobo no significa nada. Es más, si en verdad se considerara como tal, habría renunciado al trono y habría dejado que Jacobo siguiera siendo el principal inquilino en el palacio de Whitehall. Hubiera sido un gesto que lo habría honrado ante todos aquellos que defendemos a dicha familia.

Archibald había considerado esa situación, pero sabía que nada que hiciera o dijera Guillermo haría cambiar a Londres. Tenían en mente destituir a Jacobo y a los Estuardo después de tantos años en el trono.

—Ningún gesto que hubiera tenido habría hecho cambiar de opinión al parlamento en Londres.

—En ese caso, muchacho, ten presente que los clanes leales a Jacobo tampoco lo harán.

Claverhouse sintió una punzada de orgullo al escuchar al jefe de los McLean decir aquello. Ponía sobre aviso a Archibald de lo que podría encontrarse en la reunión de Lochaber. Él, por su parte, estaba dispuesto a pelear por la familia real, pero no mostraría sus cartas, todavía.

—Tal vez debamos esperar a la reunión de clanes antes de emitir un veredicto. No sabemos lo que sucederá —dijo Claverhouse tratando de mostrarse comedido, pese a que en su interior estaba satisfecho por esa pequeña victoria sobre su amigo y sobre Londres.

—Sí, es una buena idea. Escuchemos las opiniones de todos y decidamos qué haremos llegado el momento —resumió John McLean —. Y ahora, si me disculpáis…

Archibald y Claverhouse dejaron al viejo McLean cuando su mujer vino a saludarlos. Intercambiaron algunas palabras, pero el duque de Argyll era consciente de las miradas de resquemor de Flora, y por ese motivo decidió alejarse de ellos. Había tenido suficiente con Eve y con lo que Jane le había contado al respecto de lo que vivió.

—Ya lo has escuchado —le comentó Claverhouse—. No puedes negar que tiene razón cuando habla de lo que los clanes leales al rey pueden o no hacer. Y no consideramos a Guillermo como un miembro de la familia real, Archibald. Y tú debes saberlo tan bien

como yo o como el viejo McLean.

Archibald resopló con el ceño fruncido.

—Me ha quedado claro. Imagino que estarás satisfecho.

—¿Por qué?

—Porque tú buscas el apoyo de los clanes leales a Jacobo.

—Solo expongo cuál es la situación. No estoy tan loco como para hablar en favor de una guerra, Archibald. ¿Por quién diablos me tomas?

—Pero, si los jefes votan que sí, que pelearán por traer de regreso a Jacobo, tú no te opondrás.

—¿Y tú? ¿Qué harás? ¿Te lo has planteado? ¿Saldrás huyendo a Londres como hace años?

Archibald se sobresaltó al escuchar aquella pregunta por parte de su amigo.

—¿De qué me hablas? Yo no salí huyendo. Me nombraron como representante de los intereses de nuestro país en Londres.

—¿Qué me dices de Eve McLean? —le preguntó haciendo un gesto hacia esta, que sonreía en ese momento ante los comentarios del hombre con que charlaba.

Archibald se volvió para contemplarla una vez más esa noche y, cuando su mirada se topó con la de ella, sintió la frialdad una vez más, obligándolo a coger aire.

—No me parce acertado que hables de ese asunto. Y te diré que no hui de nadie. Me marché a Londres a defender los intereses de mi nación.

—Entonces, ¿según tú? ¿Qué harás? ¿Cómo los defenderás si los clanes escoceses deciden traer a Jacobo de Francia, con lo que ello supondrá para Londres?

—Todavía no se ha decidido nada.

Claverhouse asintió en repetidas ocasiones viendo las dudas de

su amigo. No entendía por qué se mostraba tan reacio a apoyar la vuelta del rey a tu tierra.

—Pero se hará pronto, amigo. Y tendrás que decidir de qué lado estarás. Si me disculpas…

Archibald se quedó con la amargura creada por la conversación mantenida con Claverhouse. Sus pensamientos iban desde la situación política a lo personal en lo concerniente a Eve. Volvió a buscarla con la mirada, pero en esa ocasión, ella no estaba en el lugar donde la había visto la anterior vez. Resopló y negó con la cabeza. No deseaba ser la máxima autoridad de los Campbell, sino un simple miembro de ese clan, que no tuviera ninguna responsabilidad, salvo la de obedecer a su jefe. Lanzó una última mirada hacia el salón y a los invitados antes de decidir salir en busca de aire que le ayudara a despejarse.

Jane encontró a Eve en un momento de la velada en el que ella permanecía a solas. Eran amigas desde hacía muchos años, y si Jane era franca consigo misma y con ella, había esperado a que esa edad ambas estuviesen casadas. Pero, después del discurrir del tiempo, solo ella lo había hecho.

—Debo felicitarte por la organización de la velada, querida amiga. —Eve McLean sonreía contemplando el gesto de agradecimiento de Jane.

—Te lo agradezco. Confío en que la estés disfrutando.

—Sin duda.

—Ya sé que es más una reunión de jefes para tratar el asunto del exilio de Jacobo, pero aparte de ese asunto, siempre hay tiempo para nuevos chismes.

—Lo sé. Dime, ¿cuándo habrá un pequeño correteando por aquí?

Jane sonrió ante ese comentario.

—La verdad es que no lo sé. Graham se pasa la mayor parte del tiempo lejos del hogar. Todo este asunto del rey lo está trayendo de cabeza, como puedes suponer.

—Es, sin duda, un asunto turbio. Esperemos que se resuelva lo antes posible y que Graham se quede más tiempo en casa.

—Yo también lo espero. Lo último que necesita la nación es otra guerra. ¿Has escuchado lo del incidente con los impuestos?

Eve asintió en un primer momento, sin mediar palabra.

—Si se convierte en algo habitual Londres no se quedará de brazos cruzados. Estoy convencida de ello.

—No desesperes. Habrá sido un hecho aislado.

—En nombre de la causa jacobita, Eve —le recordó con un toque de advertencia en el tono de voz.

—Verás como se queda en una anécdota. Encontrarán a los culpables, devolverán el dinero robado y no sucederá nada.

Jane se humedeció los labios y se retorció las manos en un claro gesto de indecisión por lo que iba a preguntarle. Esperaba que ella no se lo tomara a mal bajo ningún concepto.

—¿Cómo te ha ido con Archibald Campbell? Os he visto hablar fuera hace un rato.

Eve sonrió y bajó la mirada al suelo un momento como si tratase de reconstruirse. Inspiró y fijó la atención en su amiga, queriendo demostrar que no le afectaba en nada.

—De lo más normal —replicó observando como Jane entornaba la mirada con curiosidad hacia ella—. No esperaba verlo aquí esta noche. Debo admitir que, en un primer momento, me resultó algo violento… Pero después, una vez que estuvimos a solas y hablamos aclarando lo que sucedió… —volvió a coger aire al recordar aquel momento en el pasado—, fue de lo más normal.

—¿Le guardas rencor por su comportamiento?

Una media sonrisa cargada de ironía se perfiló en los labios de la muchacha pelirroja.

—No. Ya no, Jane —le aseguró con naturalidad, pero con cierto sentimiento de derrota por lo sucedido—. Durante algún tiempo esperé su regreso, sí. Y tú mejor que ninguna otra lo sabes. Pero esa espera se fue convirtiendo en desesperación por su tardanza. Hasta que me di cuenta de que había sido un completa necia al creer en su palabra, y entonces, con el tiempo, lo fui olvidando, hasta el punto de comenzar a resultarme indiferente lo que pudiera sucederle. Ya no me importaba.

—¿Te ha explicado por qué no regresó?

Eve se encogió de hombros.

—Poco o nada importa a estas alturas. Asegura que su dedicación a buscar un futuro mejor para Escocia le absorbió el tiempo y las energías hasta el punto de olvidarse de lo que había dejado aquí. —Eve mantuvo la mirada fija en un punto y su tono se volvió algo melancólico, soñador, cuando sin duda recordaba aquellos días. Hasta que algo la hizo reaccionar—. Pero ya no me afecta, querida. —Le cogió las manos entre las suyas y sonrió como si nada hubiera sucedido. Como si los recuerdos no le apretaran el corazón.

—Entonces ¿no se te ha pasado por la cabeza que pudiera surgir lo que teníais de nuevo entre vosotros?

Eve McLean parpadeó en repetidas ocasiones cuando escuchó la pregunta de su querida amiga.

—¿No lo estarás diciendo en serio?

—¿Por qué no debería ser así? Dicen que dónde hubo amor siempre queda algo.

—En mi interior no queda nada de entonces, luego será imposible que pueda volver a surgir. No quiero saber nada de

Archibald Campbell ni de ningún otro hombre. Mi tiempo de formar una familia pasó hace algún tiempo.

—Pero ¿qué harás? ¿Pretendes quedarte sola?

—¿Qué problema le ves, Jane? Formo parte de los McLean, un clan amplio y con mucha tarea para mantenerme ocupada. No he necesitado un hombre en estos pasados años. Me he acostumbrado a estar sola.

—Yo no estoy de acuerdo en que tu tiempo se haya consumido, como dices.

Eve sonrió con dulzura y cariño a su amiga.

—Siempre serás una romántica empedernida. Una soñadora, Jane.

—Todavía estás a tiempo de serlo, Eve.

Pero la pelirroja de los McLean prefirió no seguir con el tema porque no lograría hacer que Jane entendiera su postura. No quería un hombre cerca, y menos en esos días en los que la agitación social se extendía por todas las Tierras Altas como la pólvora. Había abrazado la causa en favor del rey Jacobo en un intento por llenar el vacío que le dejó Archibald Campbell.

Capítulo 5

Claverhouse y Archibald Campbell aguardaban la llegada de los diversos jefes de los clanes de las Tierras Altas y las regiones aledañas en Lochaber. La mañana no era fría, pero el sol tampoco calentaba lo suficiente. La bruma parecía querer ser testigo de la reunión que allí iba a celebrarse. Los jefes de los McLean, Cameron, McDonald, Stewart Appin, McLeod y una decena más comenzaron a llegar a la reunión. Archibald permanecía atento y sereno ante la presencia de todos ellos. Hasta que vislumbró el rostro de ella con su cabellera pelirroja recogida en una cola y una gorra azul. ¿Qué diablos hace Eve allí junto a su padre y a su hermano James?, se preguntó enderezándose sobre su montura y tensando los músculos.

Eve sabía que Archibald acudiría a la reunión de los clanes leales a Jacobo, por ese motivo ella estaba allí. Había logrado convencer a su padre de que le permitiera acompañarlo junto a su hermano. John McLean había accedido a regañadientes. De manera que allí se encontraba, sin perderle la vista al afamado duque de Argyll. ¿Qué quería demostrarse enfrentándose a su presencia? Esa pregunta, que ella se repetía, se la había formulado su propia madre después

de verlos charlar la pasada noche en casa de Graham de Claverhouse. A lo que Eve había respondido que no pretendía demostrarse nada en relación con Argyll, sino que iba a Lochaber porque era partidaria de la casa real Estuardo.

Una vez que todos los jefes llegaron, Claverhouse tomó la palabra.

—Gracias por venir. No me andaré con rodeos porque todos conocéis el motivo de esta reunión. El rey se encuentra en el exilio por una jugarreta de los ingleses. Han optado por derrocarlo y poner en su lugar a su propio yerno, Guillermo de Orange. Como también habréis escuchado, yo mostré mi rechazo marchándome de la convención de estados celebrada en la capital cuando escuché palabras a favor de esa acción. Parte de la propia aristocracia escocesa se niega a defender al legítimo monarca y prefiere someterse a los ingleses. Yo no puedo quedarme de brazos cruzados ante esta injusticia. —Los sacudió dejando clara su postura y su negación, observando cómo algunos de los principales jefes asentían dándole la razón.

—¿Qué sugerís, Claverhouse? —le preguntó el jefe de los Cameron.

—Por ese motivo os he mandado llamar. Las Tierras Altas de Escocia siempre han sido leales a la familia Estuardo, y es aquí y ahora donde debemos tomar una resolución.

Archibald decidió dar un paso al frente para hacerse escuchar, antes de que algún jefe se pronunciara. Tenía que impedir por todos los medios lo que parecía más que probable contemplando las expresiones de los rostros de los allí reunidos.

Su repentina aparición captó la atención de Eve. Esta no pudo evitar un ligero revuelo en el estómago. Permanecía montada en su caballo con las riendas aferradas con fuerza, no por si se caía, sino

en un intento por controlar los nervios.

—Antes de que digáis nada, tened en cuenta que una mala decisión será en perjuicio de todos.

—Tú vives en Londres, Archibald. ¿Qué problema le ves? ¿Estás dispuesto a defender al rey? Y me estoy refiriendo al verdadero y legítimo, y no al que Londres ha sentado en el palacio de Whitehall —le reclamó el jefe de los Stewart de Appin apuntándolo con el dedo como si lo acusara.

—Os recuerdo que si paso largas temporadas en Londres es porque fui nombrado como representante de Escocia allí. No porque yo lo pidiera.

—Si no te gusta el cargo, renuncia. Es simple, ¿no?

Todos los presentes se volvieron cuando escucharon la voz de una mujer, y no hizo falta decir quién había sido. Eve miraba a Archibald con una mezcla de curiosidad y determinación. La primera, por conocer su respuesta; y la segunda, porque quería dejarle claro que no le afectaba su presencia.

—¿Y quién ocuparía mi lugar en el parlamento? —hizo la pregunta y a continuación paseó la mirada por los rostros de los allí presentes—. ¿Graham? ¿McLean? ¿Stewart? ¿O tú misma, Eve? ¿Eres lo bastante atrevida como para ser tú quien ocupe mi lugar? ¿Defenderías los intereses de Escocia ante los ingleses en el parlamento de Londres? —Archibald admitía que le gustaba contemplarla erguida sobre el caballo, con la tela de la falda cubriéndole las piernas y el *plaid* ondeando a su espalda. Algunos mechones habían escapado de su recogido. Su mirada refulgía como no recordaba y entreabría los labios de una manera seductora.

—Sabes de sobra que las mujeres no podemos optar a ningún cargo. Ni asomar por el mismo parlamento —le recordó con altanería y seguridad en sus palabras. Sonrió de forma taimada y elevó una

ceja con suspicacia—. De manera que tus palabras hacia mí carecen de sentido alguno.

—Tienes razón, pero quería saber si estarías dispuesta. Veo que no. Porque aun conociendo las leyes que atañen a las mujeres y al parlamento, podrías haber dicho que sí —le comentó con la mirada entornada y las cejas elevadas. Vio como el gesto de ella cambiaba al momento adoptando una expresión de desagrado. Sus mejillas adquirieron color debido a la furia que experimentaba.

—¿Y de qué serviría? —lo retó elevando el mentón sin estar dispuesta a perder la partida.

—Me dejaría claro que tus pretensiones son ciertas.

Hubo un momento de completo silencio en el que todos observaban a la pelirroja de los McLean como si esperasen que se volviera a pronunciar. Pero esta prefirió guardar silencio. Archibald apretó los labios y asintió sin dejar de contemplarla. Había cambiado en esos años pasados, se dijo consciente de que le costaba apartar su atención de ella. De manera que no se había casado, como le contó Jane. Entendía que, con su carácter, sería complicado que un hombre la pretendiera.

—Al parecer nadie quiere ser mi sustituto en Londres —dejó claro Archibald mirando a todos—. Luego, no admito que me llaméis traidor ni lacayo de los ingleses, como he escuchado decir desde que regresé.

—¿Qué ibas a responder antes de que mi hija te hiciese la pregunta? —John McLean dio un paso al frente para dejarse oír.

—Que debemos ser cuidadosos con la decisión que tomemos, y más después del robo de los impuestos hace unos días. Imagino que la noticia ha llegado a la capital y en breve se tomarán represalias. Y si no se detiene a los culpables, lo pagaremos todos.

—¿Insinúas que Londres enviará tropas?

—Cuando abandoné Londres para venir aquí, el parlamento nombró a Hugh McKay comandante de los ejércitos del rey Guillermo. Prometió dar caza a todo aquel que se levantase en armas contra el nuevo monarca, llegado el caso. Y robar el dinero de los impuestos es un acto de rebeldía. No creo que reciba la orden de venir a Escocia a investigar el tema.

—A estas horas, los que robaron los impuestos se habrán marchado de la región de Perthshire —aseguró James McLean, el hermano de Eve—. Será complicado dar con ellos. Y lo sabes como todos los que estamos aquí.

—Si lo ingleses vienen, más nos valdría estar preparados —aseguró Graham con un tono severo, que parecía anunciar lo que algunos estaban dispuestos a aceptar.

—Si estáis pensando en alzaros en armas…

Las palabras de Archibald quedaron en suspenso cuando fue interrumpido por el jefe de los Stewart de Appin.

—Si vienen, los estaremos esperando. Hemos sido leales a la casa real de Estuardo desde la cuna, y ahora, ¿nos vamos a quedar cruzados de brazos permitiendo que el rey esté en el exilio?

Un coro de voces de asentimiento ante aquella propuesta hizo temer lo peor a Archibald, quien solo tenía ojos para Eve en ese preciso instante. Esta le devolvió la mirada sonriendo complacida. ¿Es que era partidaria de enfrentarse a los ingleses? ¿Qué clase de locura se había apoderado de ella? No escuchaba nada de lo que se debatía en ese instante, más preocupado por lo que ella pensara.

Graham de Claverhouse pidió calma a la enfervorecida multitud. En su interior se mostraba exultante porque los clanes del norte no darían la espalda a su rey, como él había previsto. Si estos se rebelaban contra la decisión de Londres, otros muchos se unirían a ellos.

Archibald reaccionó por fin, y dejó de mirar a la pelirroja de los McLean por un instante. Pensaba que su presencia allí lo estaba alejando de su verdadera misión. Tal vez incluso se tratase de alguna treta de ella con el fin de no dejarlo pensar con claridad.

—Si nos alzamos en armas contra Inglaterra, las consecuencias serán nefastas para la nación —les dijo tratando de hacerlos retroceder y reconsiderar su postura, que parecía más que clara.

—No podemos permitir que sean estos los que nos impongan sus leyes, y menos su rey —le explicó Cameron, haciéndole ver lo equivocado que estaba.

—Al menos, podríamos esperar un tiempo prudencial a ver cómo gobierna el nuevo monarca.

—No hace falta esperar. Ya lo ha demostrado arrojando del trono a Jacobo —insistió el jefe del clan Cameron enojado por lo sucedido —. Deberías preocuparte por saber de qué lado estarán los Campbell.

Aquella afirmación sonó como una advertencia ante lo que parecía que iba a suceder. Todos permanecieron expectantes esperando la respuesta del mismo duque de Argyll.

Eve se había apeado del caballo interesada por lo que Archibald tuviese que decir al resto. Permanecía aferrada a las riendas con fuerza, con la impresión de que su corazón se detenía, o al menos ralentizaba sus latidos esperando su respuesta. Entreabrió los labios dejando que su aliento formase nubes de vapor. Y se sobresaltó cuando se descubrió pronunciando su nombre en un susurro para que nadie pudiese escucharla.

—Archibald…

Este fruncía el ceño y apretaba los labios. Intuía que algo así sucedería llegados a ese punto. Claverhouse se lo había advertido en la capital cuando coincidieron. Desvió la mirada del Cameron para

encontrarse con los relucientes ojos de Eve. ¿Por qué diablos sentía aquella opresión en el pecho con tan solo contemplarla? No podía creer que…

—Parece que tienes mucho que pensar, Campbell —le urgió el jefe de los Stewart de Appin captando su atención de inmediato.

—No estoy a favor de una guerra contra Inglaterra e intentaré evitarla a toda costa. Pero si no puedo… —hizo una pausa en la que creyó sentir el influjo de Eve McLean en él—, entonces los Campbell estarán del lado del rey.

Eve sintió una ligera sacudida en el pecho al escucharlo. No dejaba claro a cuál de los dos.

—¿De Jacobo? Él es el único y legítimo monarca que todos los presentes aquí reconocemos —le aseguró el Cameron.

Archibald le sostuvo la mirada una vez más. Lo había pensado de manera rápida, sin dejar de contemplar a Eve y como esta mantenía su atención fija en él de una manera desmesurada. Tal vez en su decisión se había dejado llevar por algo que percibió en ella o que todavía él conservaba en su interior.

—Sí —asintió de manera rotunda y sin dudarlo, lo que produjo un ligero alboroto al que él mismo fue ajeno porque volvía a mantener su atención en la hija de John McLean. Creyó percibir un gesto de alivio en ella. E incluso un leve asentimiento por su parte, como si le agradeciera lo que había dicho. Estaba convencido de que acababa de sorprenderla con su decisión.

Eve soltó el aire que había retenido en los pulmones. Temía que el duque pudiese optar por apoyar la decisión que había tomado el parlamento de Londres. Sin embargo, allí y en aquel preciso instante, acababa de dejar clara su postura a todos los jefes de clan. No era que ella fuera a cambiar de opinión con respecto a lo sucedido entre ellos en el pasado, pero tenía claro que, si hubiera

manifestado su apoyo a Guillermo y a Londres, no habría vacilado en llamarlo traidor a la cara.

Archibald mantuvo la calma en todo momento. Se había mentido para complacerla porque no quería fallarle una segunda ocasión. Intentaría por todos los medios evitar la guerra entre ambas naciones, y si no podía hacerlo, el clan Campbell lucharía contra el gobierno inglés muy a su pesar.

—No esperaba que dijeras algo así. No después de lo que estuvimos hablando en Edimburgo. —Claverhouse se quedó contemplándolo con cierta sorpresa.

—Solo ha sido una pregunta.

—Muy directa y esclarecedora al igual que tu respuesta.

—Ya, pero eso no me exime de intentar que la rebelión no se produzca. Es para lo que he vuelto a casa.

—El clan Campbell es el más poderoso en las Tierras Altas —le recordó con la mirada entornada con toda intención.

—Soy consciente de ello.

—En ese caso, como bien sabrás, son muchos los clanes que dependen de ti. Basta una palabra del mismo jefe de los Campbell para que cientos de hombres te sigan allá donde vayas. Solo quería estar seguro de que sabías lo que hacías.

Archibald asintió consciente de lo que Claverhouse le estaba refiriendo. Su palabra de apoyo a Jacobo correría como el fuego sobre la pólvora por todas las Tierras Altas de Escocia. Y con ello, decenas de clanes leales al duque de Argyll lo seguirían sin rechistar.

—Solo he mostrado mi apoyo a los Estuardo si hay una rebelión. Pero también te aseguro que trataré de evitarla por todos los medios. Empezando por descubrir y apresar a quienes robaron a los recaudadores de impuestos del rey.

—Es algo complicado, como has podido ver por ti mismo. Nadie

ha ofrecido una información veraz y que pueda contrastarse.

—Pero debo seguir intentándolo.

—Tendrás que hacerlo tú solo —le dijo observando el gesto de incomprensión de su amigo—. Marcho a las tierras del marqués de Atholl.

—¿Para qué? ¿Tratas de convencerlo para la causa? Te recuerdo cuál es su postura en una hipotética rebelión contra Inglaterra.

—Lo sé. Aseguró que no enviaría a sus hombres contra Guillermo, pero no es el único que manda en aquella región.

—Sigues empecinado en levantar en armas a todas las Tierras Altas —le dijo cerrando las manos en puños, enrabietado por el empeño de su amigo de llevar a la nación a una guerra.

—Ya has escuchado a los jefes de los clanes de esta región. Sabes, igual que yo, que Inglaterra no se detendrá. Y que, a estas horas, las tropas acantonadas en Edimburgo, comenzarán a moverse hacia aquí. Apuesto a que ya conocen lo sucedido en Perth con los recaudadores de impuestos —le dio una palmada en el hombro y asintió—. Por cierto, quédate en Dudhope con Jane el tiempo que precises hasta mi regreso.

—¿Piensas dejarla sola?

—Sola no. Estarás tú, el servicio y ella. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Eve, quien se había apeado del caballo y charlaba con alguno jefes.

—¿Qué pretendes?

—Que estés ocupado mientras estoy ausente. No me digas que no te dejo tarea. Cabalgaré hasta la casa para despedirme de Jane, mientras tú decides que vas a hacer.

—Averiguar quiénes están detrás del robo de los impuestos, eso haré.

—En ese caso, buena suerte. He de regresar a casa lo antes

posible y prepararme para partir. Le diré a Jane que te quedarás con ella. —Claverhouse se subió a la montura y, tras intercambiar algunas palabras con otros jefes, azuzó al animal para emprender el camino de regreso.

Archibald sacudió la cabeza viéndolo marcharse en busca de más apoyos para el rey Jacobo y su causa. Él, por su parte, emplearía su tiempo en averiguar quién estaba detrás del robo de los impuestos. De igual modo, cuidaría de Jane hasta su regreso. Se había vuelto loco en su desmedido intento por reclutar hombres dispuestos a empuñar las armas contra el ejército inglés. Vio a John McLean acercarse hasta él mientras Eve y James, sus dos hijos, charlaban con el jefe de los Cameron.

—Me has quitado un peso de encima con tu decisión —comenzó el viejo escocés mirando a Archibald con cierto orgullo—. No podía esperar menos de ti.

—He dicho lo que considero más justo.

—Tu padre y yo luchamos hombro con hombro en favor de Carlos Estuardo contra Cromwell y el parlamento. Espero no ver otra guerra en esta tierra.

—Todavía no ha sucedido nada. Que estemos aquí reunidos discutiendo lo que Londres ha decidido hacer…

—Admite que no ha sido nada justo obligar a Jacobo poco menos que a huir como un vulgar delincuente.

—Tal vez, si hubiese cumplido su palabra…

—Ya, ya. Sé lo que vas a decirme. Dejemos la política a un lado por un momento. ¿Qué harás en estos días? ¿Piensas regresar a Inveraray?

—No por el momento. Graham me ha pedido que me quede en su casa durante su ausencia. Le haré compañía a Jane a ratos, y en otros investigaré quién está detrás del asalto a los recaudadores de

impuestos.

McLean sonrió.

—No lo tendrás nada fácil, Campbell. Y lo sabes. Nadie delatará a quienes lo han hecho, y además en favor de Jacobo Estuardo. Esta región siempre se ha mantenido leal a esa casa. Pero no seré yo quien te quite esa idea.

—Soy consciente de ello.

—Como piensas quedarte junto a Jane en Dundee, harías bien en prodigarte por las reuniones sociales ahora que has vuelto.

Archibald parpadeó en repetidas ocasiones, sorprendido sin duda por la invitación.

—Supongo que la propia Jane me obligará a acompañarla a todas las veladas a la que ella acuda.

—Entonces confío en que vengas dentro de un par de noches a casa. Es el cumpleaños de Eve. Allí seguiremos charlando de la situación actual —le informó con cautela por la reacción que esa noticia pudiera producirle.

—Será un honor asistir al cumpleaños de Eve —aseguró con una sonrisa y sin perderla de vista, quien junto a James y a Cameron se acercaban. Lo que temía era su reacción cuando ella se enterase de que su propio padre lo había invitado. Pero… Desterró de su mente cualquier pensamiento que la tuviera como protagonista. No le permitiría que se adueñara de su mente durante el tiempo que pasara en aquella región. Tenía que evitar una guerra y tal vez lo lograra si atrapaba a los asaltantes que Habían robado a los recaudadores.

Eve trataba de no fijarse de una manera directa en Archibald, pero su porte llamaba la atención. El ligero viento que se había levantado hacía le ondear el cabello algo largo en la nuca y sobre su frente. Él desvió la mirada centrándose en ella, y Eve no pudo evitar

el incesante cosquilleo en su cuerpo. ¿Qué demonios le sucedía? ¿Por qué se comportaba como una chiquilla cuando ambos estaban cerca?

—Celebro haberte escuchado dar tu apoyo a Jacobo —le dijo el Cameron estrechándole la mano con firmeza.

—No estoy de acuerdo con la postura de Claverhouse e iniciar un levantamiento en las Tierras Altas, pero si se produce, los Campbell lo secundarán.

—Si el duque de Argyll dice algo así en estas tierras, muchos lo celebrarán.

—Doy fe de ello —dijo muy a su pesar.

—Ha estado bien que lo diga —intervino James captando la atención de Archibald—. De ese modo solventa las dudas que había en un principio con respecto a la postura de los Campbell. Aunque si le soy sincero, Argyll, contaba con su apoyo a la causa jacobita —le dijo asintiendo de manera leve.

Archibald se fijó en el hijo de John McLean. Se había convertido en un hombre a tener en cuenta. Presentía que tendría el mismo talante que su padre. No le quedaban dudas de que sería un digno sucesor de este.

—Agradezco su confianza James. No es fácil obtenerla en estos días.

—¿Piensa quedarse por aquí o regresa a Inveraray?

Aquella pregunta captó toda la atención de Eve, quien experimentó un ligero escalofrío recorriéndole la espalda. Intentó mantenerse firme para que él no percibiera su interés.

—Me quedaré en Dundee. Claverhouse me ha solicitado que siga alojado en su casa mientras él está fuera. Trataré de hacerle los días más cortos a Jane con mi presencia.

Eve inspiró de manera profunda cuando lo supo. No era la

respuesta que ella esperaba; o más bien la que ansiaba escuchar por parte de él. Prefería que regresara a su casa señorial de Inveraray. De ese modo estaría lejos de ella. Pero quedarse con Jane…

—De hecho, le he pedido a Campbell que se pase por casa dentro de dos noches, cuando celebremos tu cumpleaños, Eve. Como estoy seguro de que acompañará a Jane… De ese modo podremos seguir tratando este asunto que nos preocupa —le informó su padre.

La pelirroja tuvo la impresión de que la sangre se le helaba en las venas al escuchar a su propio padre. Le dirigió una mirada no exenta de incredulidad y hasta de frialdad. ¿Había olvidado lo que él le había hecho? ¿Las burlas y las humillaciones a las que se había visto sometida por los demás cuando Archibald Campbell se olvidó de regresar a cumplir la promesa que le hizo? Templó los nervios lo mejor que pudo y sonrió mirando a este, quien le daba la impresión de que estaba tan sorprendido como ella.

—Espero verlo, Campbell —le dijo con todo el aplomo que logró reunir para la ocasión.

—Será un placer.

—Creo que va siendo hora de regresar a casa. La reunión ha concluido toda vez que Claverhouse se ha marchado y los demás estamos de acuerdo en lo que haremos llegado el caso de que Inglaterra intervenga en Escocia —aseguró Cameron—. Espero verle dentro de un par de noches, Campbell.

—Sin duda.

Archibald permanecía atónito por el devenir de los acontecimientos. No esperaba nada parecido, pero ¿qué podía hacer a esas alturas? Miró de refilón a Eve. Algunos mechones se habían soltado de su recogido y amenazaban su rostro. Ella se lo apartó con la mano en repetidas ocasiones bajo la expectante mirada de él. La

observó morderse el labio, presa de los nervios de no poder sostenerlos, y fue en ese momento en el que ella decidió soltarse el cabello que cayó sobre sus hombros y su espalda de manera libre. Una cortina de rizos del color del fuego contrastaba con la palidez de su piel y el verde de sus ojos. Ella se volvió para mirarlo, y Archibald entre abrió los labios para coger aire: el que su imagen acababa de quitarle. Si tuviera que describir la belleza de aquellos parajes, de aquella tierra que lo vio nacer, su pensamiento se llenaría con la imagen que tenía delante de sus ojos en ese preciso instante. ¿A qué diablos jugaba el destino con él? ¿Por qué le ponía en su camino a aquella mujer? ¿Acaso quería martirizarlo al hacerle ver lo que había dejado atrás en su día por marcharse a Inglaterra?

Eve se dio cuenta de la manera en la que él se había quedado contemplándola cuando liberó su cabello para que ondeara sobre su espalda. Sonrió con picardía o ironía, pero en su pecho experimentó una calidez que la inquietó y la reconfortó a la vez. ¿Por qué se había quedado mirándola como años atrás, cuando ella le había ofrecido todo lo que tenía?

—Campbell, espero verlo en dos noches. Y no se preocupe que no se olvidará estando con Jane —le aseguró John McLean.

—Descuide. Allí estaremos —asintió desviando la mirada hacia Eve, quien se la devolvía sin expresar nada relevante. Le dio la espalda subiendo a su caballo para alejarse de allí lo antes posible.

—Lo va a tener complicado con ella, Campbell.

Este volvió el rostro hacia la persona que lo había dicho y se topó con el rostro de James. Lo vio sacudir la cabeza y apretar los labios.

—¿Por qué dice eso?

—Eve no es la muchacha que dejó cuando se marchó a Inglaterra. Y me he dado cuenta de cómo la mira. Le repito que no

lo tendrá nada fácil si pretende acercarse a ella. Le veré en el cumpleaños de mi hermana, Campbell. Buena suerte.

—Ya…

Archibald se dirigió a su caballo con el fin de emprender el viaje de regreso a Dudhope, la casa de Claverhouse. Confiaba en que su amiga Jane pudiera aconsejarle qué demonios podía hacer con Eve, porque sin duda que verla le estaba causando un gran trastorno.

Capítulo 6

Archibald se apeó del caballo y se lo entregó a uno de los hombres que estaban fuera de la casa. Había apretado el paso para llegar cuanto antes a Dudhope, ya que no quería que Jane estuviera sola por mucho tiempo, pensando en los vientos de guerra que soplaban. Si ya era un completo disparate creerlo porque los clanes de las Tierras Altas estaban a favor de plantarle cara a las decisiones de Inglaterra, no menos lo era asistir a la fiesta de cumpleaños de Eve. Pero todavía quedaba el asunto de averiguar quiénes habían sido los responsables del robo de los impuestos. No le quedaban dudas de que aquellos días iban a ser de todo, menos aburridos.

—La señora ha preguntado por usted, Campbell.

Archibald exhaló un suspiro y asintió haciendo entrega de las riendas de su caballo al hombre.

—Me lo imagino. Con toda esta locura…

Encaminó sus pasos hacia el interior del castillo para reunirse con la esposa de su amigo. Suponía que estaría preocupada por el devenir de los acontecimientos. No era nada fácil de asimilar que podían estar a las puertas de una nueva guerra con Inglaterra. La

encontró sentada en uno de los sillones que miraban hacia la chimenea. Un generoso fuego ardía en esta. Los muros de Dudhope eran más fríos incluso en pleno verano. Y el clima de las Tierras Altas tampoco solía acompañar gran parte del año.

Jane apartó la mirada de las llamas cuando escuchó el sonido de pasos acercándose. Se incorporó de inmediato cuando reconoció a la visita.

—Había olvidado el frío que hace en esta región —le dijo Archibald con una sonrisa, acercándose al fuego para calentarse, pero también para relajar el ambiente. La expresión del rostro de Jane se lo corroboró. Sus temores se hacían latentes en sus ojeras, en su mirada apagada…

—Tendrás suficiente tiempo para aclimatarte de nuevo ahora que vas a quedarte en Dudhope.

—No lo dudes que lo haré.

Archibald no estaba seguro de querer hablar de Claverhouse y sus intenciones porque ello le causaría más sufrimiento a Jane, pero entonces fue ella misma la que expuso el tema.

—¿Qué opinas de lo que ha sucedido en Lochaber? Graham me ha informado de la situación antes de partir hacia las tierras de Atholl. ¿Se avecina una nueva guerra, Archibald? Y quiero que seas sincero conmigo —le pidió mirándolo de una manera casi suplicante.

Él percibió el temor en su mirada. Sus ojos titilaban como las llamas de una vela. Solo que en el caso de ella eran las lágrimas que retenía, fruto de esa situación que todos atravesaban.

—Supongo que Graham te ha puesto al corriente de lo que se ha hablado y debatido con los clanes. Poco más puedo añadir yo —le aseguró encogiendo los hombros y mirándola sin saber qué más decirle—. Los clanes de las Tierras Altas están a favor de plantarle cara a Inglaterra en lo referente a Jacobo. Es el resumen de lo

sucedido.

—Pero oponerse supondrá que Londres tome medidas…

—Y a estas horas seguro que ya lo habrá hecho, porque estoy convencido de que no habrá pasado por alto el asunto del robo de los impuestos.

Jane asintió convencida de que así era.

—La noticia ya habrá llegado a Edimburgo… —murmuró retorciéndose las manos fruto de los nervios que experimentaba con toda aquella situación—. Graham aseguró que te habías puesto del lado de los clanes. —Jane le hizo el comentario con cierta cautela, con la mirada entornada.

—Si lo hice fue para hacerles creer que en verdad estaba de su parte.

—Pero ¿no lo estás? —un atisbo de esperanza hizo que la joven escocesa relajara el gesto.

—Esa es mi intención. También les dejé claro que haría todo lo posible por descubrir a quienes robaron la recaudación de impuestos, en un intento por suavizar las consecuencias que puede acarrear a la nación.

—Sabes que no lo lograrás, Archibald —le confesó con una media sonrisa a caballo entre la decepción y la melancolía. Volvió hacia su sillón frente al fuego, mientras él permanecía de pie con el brazo apoyado sobre la repisa de esta. La observaba en silencio—. Los hombres se cerrarán en banda y no te dirán nada. No, sabiendo que, delatando a los autores, beneficia a Londres. Y lo sabes porque conoces cómo son las cosas en las Tierras Altas, Archibald.

—No me cabe la menor duda, pero no puedo quedarme de brazos cruzados, Jane. Tengo que hacer todo lo que esté en mis manos para evitar la más que posible guerra.

—Las Tierras Altas siempre han sido un feudo leal a la casa

Estuardo.

Archibald permaneció pensativo, solo que ya no pensaba en la guerra ni en Claverhouse, sino en Eve. No sabía si hacerlo rebajaba la tensión que le había producido la reunión con los jefes del norte. Resopló y caminó hasta tomar asiento delante del fuego. Se quedó callado contemplando las danzarinas llamas, ajeno a la mirada de interés de Jane. Sin darse cuenta, comenzó a hablar de Eve.

—¿Sabías que el viejo McLean apareció en la reunión acompañado de sus dos hijos?

—¿Eve también fue?

A Archibald le sorprendió el tono de la voz de ella, así como que abriera los ojos de manera desmedida.

—Así es.

—Sin duda que se ha volcado en los asuntos del clan McLean. Ya lo intuía, pero no creía que también le interesara una reunión de los clanes del norte para hablar de la situación de la corona. ¿Dijo algo interesante?

—Ya lo creo. Me preguntó si estaría dispuesto a renunciar a mi cargo como alto dignatario de Escocia en el parlamento de Londres —le contestó reclinándose contra el respaldo del sillón y cruzando una pierna sobre la otra en una pose relajada.

—¿Por qué deberías hacerlo? Fuiste nombrado para ese puesto, ya que diriges el clan más poderoso de toda la nación.

—Es una cuestión de saber defender los intereses de esta.

—¿Y qué le respondiste? —Jane entrecerró loss ojos mirando a su amigo con interés. Sin duda que el regreso de Archibald Campbell a aquella región iba a dar mucho que hablar, pensó esperando que él se pronunciase.

—Que, si ella estaba dispuesta a sustituirme en el cargo, se lo cedería con gusto. Algo que no le agradó que le dijera. Y me salió

diciendo que las mujeres no pueden optar a un puesto en el parlamento.

—No te tiene demasiado aprecio. Ya te lo dije.

Archibald asintió con una sonrisa cínica.

—Pues su padre me ha invitado a la celebración del cumpleaños de Eve —le confesó con un tono más severo, lleno de incertidumbre, que dejó a Jane con la palabra en la boca, sin saber qué decir. Él la observó parpadear y entreabrir los labios en un primer momento, como si fuera a responderle. Luego los apretó mirando a Archibald con extrañeza.

—Deja que te diga que no esperaba algo así.

—Pues sucedió como te lo estoy contando. Cuando Graham me pidió que me quedara contigo hasta su regreso, John me lo propuso alegando que, ya que iba a estar por esta región…, podría pasar dentro de un par de noches por el catillo de Duart con motivo de la celebración del cumpleaños de Eve y, de paso, seguir charlando de política.

—Supongo que no le habrá hecho ninguna gracia a la propia Eve. —Jane entornó la mirada y pronunció su conclusión en un tono bajo.

—Deberías haber estado allí para contemplar la expresión de su rostro.

—Puedo hacerme una idea.

—Perdió el color, pero no el brillo en sus ojos. Entiendo su rencor por lo que hice, pero… —Se incorporó del sillón como si bajo él hubiera saltado un resorte y se dirigió a la chimenea. Apoyó las manos en la repisa y centró la mirada en el fuego. Sacudió la cabeza sin llegar a entender nada de lo que estaba sucediendo.

—¿Qué sientes por ella, Archibald? ¿Queda algo de Eve en ti?

De manera lenta, él comenzó a girarse hacia Jane. La mirada de

ella parecía querer leerle la mente. No parpadeó. Ni movió las cejas. Y él fingió sentirse sorprendido por aquella cuestión, que por otro lado era inevitable que le hiciera.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Simple curiosidad. Desde que la viste la otra noche, me he estado preguntando por lo que tú podías sentir o no hacia ella. No estoy segura de que Eve te guarde rencor, aunque entiendo que esté dolida. Pero ¿y tú? Te pedí que te acercaras y limaras las diferencias con ella.

—No estoy seguro de poder hacerlo.

—Pero ¿quieres? La voluntad para hacerlo es el primer paso que debes dar.

La mirada y el tono suspicaz de su amiga lo hicieron dudar unos segundos, como si no supiera qué responderle.

—La verdad, no es un buen momento para pensar en romances, amistades o cualquier tipo de relación con Eve. Debo centrar todos mis esfuerzos en tratar de evitar cualquier intento de rebelión contra Inglaterra. Y pensar en ella sería apartarme de este objetivo.

—Pero, si aparece en tu vida una segunda vez, debe de ser por algún motivo.

—Siempre tan romántica, Jane. Espero que no intentes emparejarme con ella… Soy consciente de que en un par de días asistiremos a su cumpleaños.

—Que mejor ocasión para seguir limando asperezas, ¿no crees?

Archibald sonrió ante ese comentario.

—Si ella consiente en que me acerque. No lo olvides. La otra noche, aquí…

—Era lógico que ella se haya mostrado a la defensiva, ¿no crees?

—Sí, y no me quejo de su comportamiento ni de su reacción después de todo. Incluso puede que fuera algo benévola conmigo.

—¿En serio? —Jane se removió en el sillón mirando a Archibald con expectación. Elevó las cejas y sonrió ante esas palabras.

—Debería haberme abofeteado cuando estuvimos a solas —asintió con una tímida sonrisa recordando su rostro encendido, su genio, el brillo de sus ojos.

—Sin duda que lo pasó mal cuando tú no regresaste con el paso del tiempo. Diste a entender que no te interesaba hacerlo. Que todo había sido una mera burla. Un pasatiempo para ti. Incluso se llegó a especular con que habías encontrado una mujer inglesa con la que te habías casado.

Él se sobresaltó al escuchar ese comentario.

—¿En serio?

—Sí. Y eso le dolió mucho a Eve.

—Vaya… —Bajó la mirada hacia sus manos, que permanecían entrelazadas al frente. Había vuelto a sentarse al lado de su amiga —. A cada momento que hablo contigo sobre Eve en relación al tiempo que he estado ausente, más culpable me siento por no haber venido.

—Por eso te repito que trates de enmendarlo el tiempo que estés aquí.

—Nada te gustaría más.

—Lo cierto es que, con la ausencia de Graham, tú podrías facilitarme una distracción.

Archibald no pudo evitar reírse ante semejante ocurrencia.

—¿Pretendes que me convierta en el chisme de todo Dundee?

—Ni mucho menos. Pretendo que endereces tu vida —le aseguró posando su mano sobre el antebrazo de él y contemplándolo con cariño, mientras Archibald apretaba los labios sin saber qué decir.

***

Eve llegó a las tierras de los McLean sin haber pronunciado una sola palabra durante el viaje de regreso desde Lochaber. El castillo de Duart, construido en piedra y teja, se elevaba sobre una pequeña loma creando una estampa sin comparación a otras. La invitación por parte de su padre a Archibald para que asistiera a su celebración de cumpleaños era algo que no había esperado. Y que la había dejado sin palabras. Por ese motivo, se apeó del caballo y, tras dejárselo a uno de los hombres encargados de las cuadras, no esperó a su padre ni a su hermano y entró en el castillo como si fuese una ráfaga de gélido viento procedente de las montañas.

—Ya habéis llegado —dijo Flora McLean al ver aparecer a su hija en el salón—. ¿Qué te sucede? No traes buena cara. ¿Y tu padre y tu hermano?

—En las caballerizas.

Flora fue hacia su hija, a la que sujetó por los brazos para poder contemplarla de manera fija a los ojos. Algo en su semblante y en el tono de su voz le indicaban que la reunión no había ido bien.

—¿Qué ha sucedido? No eres la misma que se marchó…

La mirada entornada de su madre y el tono lento de su voz activaron a la joven pelirroja. Resopló cerrando los ojos por unos segundos, en los que el rostro de Archibald Campbell se le apareció en la mente, provocándole un ligero escalofrío.

—Los clanes han acordado defender los intereses de Jacobo al trono.

—¿Pretenden ir contra el parlamento británico y sus decisiones? —El temblor en la voz de la mujer era palpable para cualquiera que la escuchara, incluso para John McLean que hacía su entrada en ese momento y pasaba a ser el centro de atención.

El viejo escocés se detuvo contemplando a su mujer e hija. Había escuchado la pregunta de la primera.

—Sí. Eso es lo que se ha debatido y acordado —le respondió caminando hacia el centro del salón mientras la mirada de su mujer lo seguía expectante por lo que tuviera que decir—. Los jefes reunidos en Lochaber hemos decidido plantear una reclamación al parlamento británico.

—¿De qué servirá?

—De poco o nada.

—¿Y Claverhouse?

—De camino a las tierras de Atholl para convencer a más jefes de que se unan a la causa de Jacobo.

Flora miró de forma seria y preocupada a su esposo.

—Sabes lo que eso significa. Todos aquí los sabemos.

—Sí. Y Argyll también está de acuerdo.

—¿El Campbell? —Flora preguntó extrañada paseando su mirada por los rostros de los tres.

—Ha dicho que, en el caso de una rebelión en favor de Jacobo, su clan la apoyará. Pero que hará todo lo posible por evitar llegar a esa situación. Empezando por averiguar quién está detrás del robo a los recaudadores de impuestos. Cree que, si logra detenerlos y llevarlos antes la justicia, ello podría aplacar la reacción de Londres.

—De sobra sabe cómo se la gasta la gente en estos lugares. Pierde el tiempo tratando de encontrarlos. Y no creo que Londres se dé por satisfecho —intervino Eve.

—El propio Campbell aseguró que a estas horas Londres ya conocerá la noticia y habrá tomado nota. La guarnición británica de Edimburgo al mando del general McKay se habrá puesto en marcha —comentó James.

Flora McLean experimentó una sacudida en todo el cuerpo cuando supo esa noticia.

—Supongo que se adentrarán en estas regiones buscando a los

ladrones —dedujo mirando a su marido, quien se limitaba a asentir. La mujer se sentó con la mirada perdida y la amenaza de una nueva guerra revoloteando en su cabeza.

—Por lo pronto será mejor que pensemos en otros asuntos hasta que veamos qué sucede. He invitado al duque de Argyll al cumpleaños de Eve —anunció John McLean mirando el fuego que ardía en el hogar—. Espero que pueda descubrir lo que se propone.

—Brillante idea, padre —ironizó Eve captando la atención de este y de su madre.

—¿Por qué lo has hecho, John? Después de lo que le hizo a nuestra hija…

—Era lo menos que podía hacer después de mostrar su apoyo al rey. Y sé muy bien que se marchó a Londres rompiendo el compromiso con Eve, pero estos son otros tiempos, mujer. No creo que suceda nada malo por invitarlo ahora que piensa quedarse en Dudhope con Jane Cochrane mientras Claverhouse está ausente.

—Deberías habérselo consultado a Eve. —Su madre la señaló con la mano mientras volvía su atención a esta.

—No tengo por qué hacerlo. Soy el jefe del clan McLean y decido a quién invito a mi casa. Y no creo que vaya a suceder nada malo por haberlo hecho. Además, vendrá bien su presencia para seguir charlando sobre el asunto que atañe a la nación en estos días. Y ahora, si me disculpáis…

Lo vieron salir del salón sin mediar una sola palabra más. Los tres permanecieron callados hasta que James fue quien rompió el silencio.

—Creo que lo sucedido en Lochaber le ha afectado. No esperaba que los jefes de los clanes decidieran apoyar a Jacobo, con lo que eso puede suponer. Y lo de invitar a Argyll… —James apretó los labios y elevó las cejas mirando a su hermana.

—Ya os visteis en Dudhope —le recordó su madre—. Y supongo que esta misma mañana.

—Sí, es cierto. Pero invitarlo a mi cumpleaños…

—No hace falta que hables con él si no es lo que deseas, hija. Basta con un simple saludo cuando Jane y él lleguen y nada más. De todas, formas, yo de ti no me preocuparía porque estoy segura de que los jefes de los clanes que acudan lo acapararán para hablar de política —le aseguró su madre restando importancia a la presencia del duque de Argyll allí.

—Nuestra madre tiene razón. No creo que lo dejen solo un segundo dada la situación de la nación. Iré a ver qué le sucede. Así os dejaré a solas para que sigáis hablando de vuestros asuntos.

Eve y su madre sonrieron al escuchar a James.

—¿A qué tienes miedo, hija?

Eve sonrió de manera tímida, bajando la mirada unos segundos. Inspiró hondo y con la mejor de las sonrisas puso su atención en su madre.

—A nada. —Observó como esta entornaba la mirada con toda intención. Como si no terminara de creerla.

—¿Qué sentiste la otra noche cuando lo volviste a ver? Y no me asegures que nada, porque tu reacción ante lo que ha hecho tu padre me da qué pensar.

Eve permaneció con los labios entreabiertos, mirando a su madre, como si estuviese dudando sobre qué decirle. Se los humedeció y sacudió la cabeza.

—Sorpresa, indiferencia, rabia, frialdad… —encogió los hombros con un gesto que quería dar a entender que no le había afectado. Pero, en verdad, había más emociones que se guardaba para ella sola.

—En ese caso, no debería importarte que tu padre…

—Sé que es el jefe de los McLean y como tal puede hacer lo que considere más acertado para el interés del propio clan, solo que no me hace gracia ver al duque de Argyll por más tiempo —le aclaró algo ofuscada. No quería coincidir con él debido a lo que este le transmitía. Por esas sensaciones extrañas. Porque pese a que ella buscase sentirse indiferente cuando estaba cerca de él, no lo había conseguido. Admitía que le seguía pareciendo apuesto e interesante como futuro esposo.

—¿Y por qué has ido con tu padre y tu hermano a Lochaber esta mañana? Todos sabíamos que él estaría.

Eve acusó el golpe de las palabras de su madre en forma de sonrojo, que terminó por delatarla. Abrió la boca para seguir defendiéndose, pero al parecer sus palabras quedaron atascadas en la garganta. Ese hecho la dejó en evidencia ante su madre.

—Quería estar al tanto de lo que sucede. Nada más.

Flora observó el comportamiento de su hija, con atención; no así sus palabras. Estas no iban a decirle mucho, pero sus gestos la delataban. Estaba convencida de que, en el fondo de su corazón, los sentimientos por Archibald Campbell no habían muerto de una manera definitiva, e incluso se atrevía pensar que el hecho de haberse vuelto a ver los había avivado, como los rescoldos de una hoguera que no se había terminado de apagar.

—Será mejor que dejes las cuestiones políticas para tu padre y tu hermano, y te centres en la celebración de tu cumpleaños. Deja al duque al margen y procura divertirte. Coincido con tu hermano en que esa noche los jefes de los clanes de estas regiones lo acapararán para hablar de la situación política actual. Eso no quitará que, en algún momento, él pueda querer hablar contigo.

—Soy consciente de que puede suceder.

—En ese caso, será mejor que te prepares.

Eve no dijo nada más. Se limitó a mirar a su madre e inspirar al tiempo que elevaba las cejas con cierta resignación. Esperaba que la estancia de Archibald en aquella región fuese corta y se marchara a su castillo en Inveraray. Debería centrarse en el asunto de los recaudadores de impuestos. Nadie sospechaba que ella era parte interesada, y así debería seguir siendo. No podía permitir que ninguno allegado la relacionara con ello. Solo con pensar que Archibald Campbell lograra descubrirla le aceleraba el corazón provocándole un ahogo en el pecho. No. Hablaría con los hombres del clan para saber cómo estaba el asunto.

***

Archibald terminó de arreglarse para asistir a la celebración del cumpleaños de Eve. Llevaba dándole vueltas en su cabeza al evento desde que John McLean lo había invitado. Había intentado no pensar en ello y centrarse más en los asuntos que afectaban a la nación, pero por algún motivo desconocido, una densa cabellera rizada de color pelirrojo se deslizaba en sus pensamientos. Se contempló en el espejo de la habitación que ocupaba en Dudhope. Relajó los hombros y soltó el aire acumulado en su interior. Ajustó su *plaid* al hombro con un broche simple, ya que había decidido regalarle uno más valioso a Eve. No estaba seguro de si lo aceptaría viniendo de él. Pero no tenía otra cosa. Una vez que comprobó que no le faltaba nada, abandonó la habitación para ir en busca de Jane y juntos acudir a la fiesta en el castillo de Duart.

Bajó al salón para ver si estaba allí, aguardándolo. Se sentía nervioso, inquieto por el devenir de los acontecimientos de esa noche. Era consciente de que varios jefes de clan de las tierras próximas acudirían y que tendría la oportunidad de hablar con estos.

Estuchó el sonido de pasos acercándose y se volvió para contemplar el radiante rostro de Jane.

—Sin duda que estás muy elegante con ese vestido —le dijo con una leve inclinación de cabeza.

—No exageres. Es bastante sencillo —le explicó bajando la mirada hacia la tela de color verde que se deslizaba por su cuerpo hasta sus pies. El *plaid* con el color azul oscuro del tartán del clan Graham en honor a Claverhouse le caía por el hombro. Levantó la mirada hacia él con una tímida sonrisa—. Sin duda que aquí el elegante eres tú, Archibald. Solo hay que fijarse en tu planta, duque de Argyll —le dijo con toda la intención.

—Si vas a llamarme por mi título, entonces yo debería referirme a ti como la marquesa de Montrose.

Ella rio ante las formalidades con las que se trataban dos viejos amigos como ellos.

—Dejemos los títulos nobiliarios para otros. Somos amigos desde hace muchos años, Archibald.

—En eso no puedo discrepar contigo. ¿Estás lista para marcharnos?

—¿Y tú? —Jane entornó la mirada con toda intención—. Estos últimos días te he observado con atención. Me has parecido taciturno. Preocupado y muy callado…

Archibald jadeó. Sintió la boca seca y como las palabras no querían salir. Se pasó la mano por el mentón y sacudió la cabeza.

—Es por toda esta situación que estamos atravesando. Estoy preocupado por lo que Claverhouse pueda lograr.

—Yo también, pero ¿en verdad solo se trata de eso?

El tono de Jane le indicó a Archibald por dónde iban las presunciones de su buena amiga. La vio elevar las cejas con toda intención y sonreír de manera algo cínica. Sabía que no podría

engañarla por mucho que lo pretendiera, ya que era una mujer astuta e inteligente. Muy observadora, y él no sabía disfrazar sus emociones.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque soy consciente de que asistir esta noche al cumpleaños de Eve… no te hace demasiada gracia. ¿Me equivoco?

Archibald se limitó a sonreír.

—No, no te equivocas.

—Entonces, ¿es por ese motivo por el que te he visto más reservado en estos días?

—Debo de admitir que me sorprendió la invitación del viejo McLean, tanto o más como a la propia Eve.

—Pero has decidido acudir.

—Sí. Sé quién soy en estas tierras.

—El hombre más poderoso.

—No me gusta ese calificativo, aunque muchos lo empleen para referirse a mí.

—Pero los Campbell habéis sido el clan más próspero, y tú fuiste nombrado como alto representante de Escocia en Londres. No puedes negarlo.

—Lo sé. Pero dejemos el poder y vayamos a la fiesta —le pidió emprendiendo el camino hacia la salida del salón cuando la mano de Jane lo retuvo un instante.

—¿Qué harás con Eve cuando la veas esta noche?

—Felicitarla.

Jane no comentó nada más. Archibald no iba a revelarle nada lo que pensaba de Eve por el momento e incluso percibía que no le gustaba charlar de ella. Estaría atenta al desarrollo de la velada para ver qué sucedía entre ambos. No descartaba un nuevo acercamiento, por mucho que ambos lo negaran. Pensaba que, a

pesar del paso del tiempo, entre ellos aún quedaba algo de lo que habían compartido en el pasado.

Capítulo 7

El ambiente en el castillo de Duart estaba animado cuando Archibald y Jane llegaron en un pequeño coche de caballos. Él la ayudó a descender y juntos emprendieron el camino hacia la puerta.

—Hace una noche bastante agradable —comentó Archibald como si pretendiera sacudirse los nervios conversando del tiempo.

—Dan ganas de pasear por los alrededores —le dijo Jane cogiéndose del brazo de su amigo para entrar de ese modo en el castillo.

John McLean y su esposa Flora permanecían en la entrada recibiendo a los invitados mientras Eve lo hacía dentro junto a su hermano James.

—Celebro que hayas venido —le dijo John estrechándole la mano a Archibald—. Por un momento llegué a pensar que no lo harías.

—Nunca rechazo una invitación. ¿Cómo está, Flora?

—Duque…

La formalidad con la que lo trató la mujer le indicó a Archibald que no parecía tenerle mucho aprecio. Se mantuvo ajeno a las palabras que intercambiaba con Jane, a quien saludó de manera

efusiva.

—Encontrarás a muchos de los asistentes a la reunión de Lochaber del otro día —le comentó John McLean captando su atención.

—Lo suponía. ¿Alguna novedad?

—No. ¿Has sabido algo del asalto a los recaudadores?

—Apenas si he tenido tiempo.

—Ya, no te será nada fácil.

—Lo sé.

—Tendremos tiempo para hablar esta noche. Te dejo que vayas a saludar a mi hija…

Archibald no pretendía demorar más el momento de volver a ver a Eve. De manera que entró en el castillo junto a Jane.

—Flora McLean no parece tenerte buen aprecio —le confesó Jane una vez que se encontraron a solas.

—No la culpo.

—Al parecer te guarda más rencor que la propia Eve.

Archibald no pudo comentar nada porque la inesperada visión de ella lo acababa de dejar sin palabras. Estaba junto a su hermano, James, charlando ambos con algunos invitados que la felicitaban. Cuando la mirada de ella se cruzó con la suya, Archibald experimentó una sensación desconocida hasta entonces. Creía que volver a verla no le afectaría en ningún modo, pero parecía estar equivocado. Tenía la sensación de que ella le estaba reclamando, de igual modo que las sirenas hacían con los marineros en la antigüedad. Llevaba un corpiño de color negro ceñido a su cintura y a su busto sobre una fina camisa de hilo blanco. Una falda larga hasta los pies con el tartán rojo del clan y un *plaid* sobre el hombro izquierdo, cruzando su cuerpo. Tenía el cabello recogido en la parte posterior, dejando su rostro de tez pálida al descubierto y en el que

destacaban sus ojos verdes, luminosos e intrigantes cuando los posaba en él.

—Ahí viene Archibald —le susurró su hermano cuando lo vio dirigirse a ellos en compañía de Jane—. Prométeme que no te lanzarás a su yugular.

Eve quiso aparentar frialdad. Que la aparición de él no le afectase ni lo más mínimo. Durante los días posteriores a esa invitación, ella había tratado de mostrarse indiferente a los comentarios que tenían al duque de Argyll como sujeto. Se había convencido de que entre ellos no podría volver a surgir nada, de manera que no comprendía a qué venían sus nervios. Sin embargo, no pudo evitar que él le pareciese interesante y apuesto como la noche en la que había ido a Dudhope. Pero ello no significaba nada. Le había hecho mucho daño en el pasado, y no se lo perdonaría.

—Buenas noches —saludó Jane a los dos hermanos cuando se detuvieron ante ambos—. Y felicidades, Eve. Espero que estés disfrutando de este día.

—Muchas gracias Jane. Es un día precioso. Espero que tú también lo hagas de la velada —le comentó antes de girar su atención hacia Archibald. Durante unos segundos se contemplaron en absoluto silencio. Como si ambos no supieran qué decir. Ella esperaba su felicitación, que parecía retrasarse por algún motivo.

Archibald se aclaró la garganta antes de hablar. Si la belleza de Eve esa noche lo había impactado nada más verla, tenerla tan cerca en ese preciso momento lo había dejado sin palabras.

—Feliz cumpleaños, Eve.

Ella no pudo evitar sonreír de manera tímida e incluso sentir que el calor ascendía por su cuerpo, desde los pies para terminar en sus mejillas.

—Gracias, Archibald.

—No sabía que regalarte, de manera que pensé en mi broche —le dijo abriendo la mano para enseñare una cajita dentro de la cual reposaba dicho ornamento.

Eve asintió bajando su mirada hacia este. El emblema del clan Campbell lucía con orgullo. Lo cogió agradecida por el detalle mientras los dedos de los dos se rozaban de manera tímida, casi imperceptible. Ella dejó escapar un ligero suspiro cuando lo tuvo en su propia mano y levantó la mirada hacia el rostro de él murmurando:

—Gracias, pero no tenías por qué…

—No era justo presentarme sin hacerte un obsequio. Y dado que no esperaba estar aquí esta noche, solo disponía del broche.

Ella no apartó la mirada de la de él en ningún momento, ajena a las murmuraciones entre su hermano y Jane. Ambos sonreían con toda la intención al fijarse en la emotiva escena.

—Es un broche espléndido —añadió James contemplándolo con atención y de paso echándole un mano a su hermana, quien parecía haberse quedado sin palabras una vez más.

—No os molesto más. Eve. James —les dijo Archibald asintiendo.

—Espero tener un momento para que charlemos —le dijo este al duque.

—Cuando gustes. Acabamos de llegar.

—Te buscaré. Descuida.

Archibald desvió su atención una sola vez más hacia la mujer que llevaba días ocupando sus pensamientos más que la situación política en la nación; o que el tema de los recaudadores de impuestos. Sintió la mano de su amiga tirando de él, intrigada por lo que acababa de contemplar. Y él se percató al momento de que su amiga lo miraba con inusitada atención.

—Explícame lo que acabo de presenciar, por favor…

—¿Puedes ser más clara, querida? No sé a qué te refieres.

—A la manera de comportarte con Eve.

—¿Lo dices porque le he regalado un broche con el emblema del clan Campbell?

—Lo digo por el juego de miradas que os habéis dedicado, al que te diré que ni James ni una servidora hemos sido ajenos.

Archibald ahogó las carcajadas al escucharle aquel comentario.

—¡Por San Andrés! ¿Qué diablos has creído ver, Jane?

—Lo que acabo de decirte. Vuestra manera de miraros, de rozar sus dedos con los tuyos cuando cogió la cajita con el broche dentro…

—Creo que… creo….

—Sigues enamorado de Eve. —El tono serio de su afirmación y la mirada inquisidora de Jane le dejaron claro a Archibald que su amiga se lo estaba decidiendo en serio.

—¿Crees que puedo estarlo porque nos hayamos contemplado de cerca? ¿Qué querías que hiciera? ¿Saludarla desde cierta distancia? Qué menos que acercarme a ella, Jane…

—Sí, pero eso no quita que no haya percibido algo que tal vez ninguno de los dos os hayáis propuesto por lo que sucedió en el pasado. Pero que creo que está ahí. Y que más tarde o más temprano saldrá y tendréis que enfrentaros a él.

—Tonterías, Jane —Archibald sacudió la cabeza y la mano a la vez pretendiendo dejar ese tema.

—Escúchame. Nunca supe lo que tú sentías por ella en su día. Ni tampoco lo que sientes ahora que la has vuelto a ver. Pero sí puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que Eve McLean estaba enamorada de ti, y puede que tu regreso haya avivado ese sentimiento en ella. Te lo comento como tu amiga para que actúes en consecuencia, Archibald.

Este entrecerró los ojos y apretó los labios al escuchar semejante comentario. Conocía a Jane desde hacía muchos años y sabía que siempre los había unido una estrecha amistad. Y que ella nunca le contaría algo que no creyera que fuese cierto.

—Será mejor que sigamos saludando a la gente.

—Archibald… —Le lanzó una mirada que le recordó lo que acababa de decirle. Pero más fue su tono y el que mantuviera los labios apretados.

—Lo tendré en cuenta en todo momento. Y… descuida que no volveré a repetir lo que hice en su día.

—Más te vale o yo misma tomaré represalias contra ti.

—No tengo ninguna intención de hacerle más daño a Eve del que le causé en el pasado.

El tono y rictus de él convencieron a Jane, quien pareció respirar algo más aliviada.

—Sigamos viendo quién ha venido —le pidió ella deseando creerlo.

Poco a poco, Eve comenzó a relajarse. La presencia de Archibald, y su gesto al regalarle un broche del clan Campbell para sujetar su *plaid* le habían causado un ligero sobresalto, así como un incesante hormigueo en todo el cuerpo. No entendía esas reacciones. Seguía creyendo que no sentía nada por él, pero en cambio las señales que le emitía su cuerpo no parecían estar acorde a sus pensamientos.

—Supongo que no te esperabas que el Campbell te hiciera un regalo así —le indicó su hermano bajando la mirada hacia el broche que ella retenía en la mano.

Eve sacudió la cabeza.

—Ni lo esperaba ni entiendo por qué lo ha hecho.

—¿Tal vez porque hoy es tu cumpleaños? —le recordó en un

tono jocoso que iba acompañado de una risita muy significativa.

—Pero aun así… Después de lo que le dije la otra noche que lo vi y lo que charlamos en Dudhope…

—Entiendo que fueses muy crítica y dura con él. Pero deja que te aclare que Archibald Campbell es un hombre muy educado, que sabe mantener las formas. No importa lo que le hayas dicho la otra noche, y apuesto mi juego de dagas a que sabía y sabe que tienes toda la razón.

Eve volvió el rostro hacia su hermano, contemplándolo con curiosidad, mientras el pálpito en su pecho la ponía sobre aviso.

—¿Y por ese motivo me regala un broche de su clan? ¿Busca mi perdón? —le preguntó sorprendida porque ese pudiera ser el caso.

James sonrió al ver el gesto de su hermana con las cejas elevadas en un arco perfecto que casi se perdía por debajo de su pelo.

—Tal vez. No estoy seguro. Si consigo averiguarlo esta noche, no tengas dudas de que te lo diré. Te dejo con tus amistades. —Le hizo un gesto con el mentón hacia un par de mujeres, mientras él prefería buscar otro tipo de compañía. Conocía a las amigas de Eve y sabía que alguna tenía cierto interés en él.

Archibald encontró a varios jefes charlando, y fue el Cameron quien le hizo un gesto para que se acercara a estos.

—Caballeros…

—Campbell, que alegría verlo aquí —le comentó palmeándolo en el hombro.

—No es nada extraño si a uno lo invitan.

—Me sorprendió que el otro día, en Lochaber, salió en defensa de Jacobo Estuardo —comentó el jefe de los Stewart Appin contemplándolo con los ojos entrecerrados como si no terminara de creer en su palabra.

Archibald sonrió.

—No veo por qué no debería hacerlo. La casa real de los Estuardo ha dirigido la política de las islas desde que el hijo de la reina María se ha sentado en el trono. Son los legítimos herederos…

—Cierto, pero dado que pasa tanto tiempo en Londres…

—Piensan que me he convertido en un inglés. ¿En un *sassenach*? Creo que dejé clara mi postura la otra mañana en la reunión de Lochaber. —Este comentario le hizo recordar a Eve y el de esta acerca de que podía dejar el cargo cuando gustase.

—Por eso mismo celebro que su opinión sea la de la mayor parte de la masa social escocesa. Lástima que los clanes del sur se muestren más reacios a apoyar la reclamación de Jacobo al trono.

—Sin duda que la influencia inglesa es más acentuada allí —apuntó el Cameron.

—Cada uno defiende los intereses de su clan, y no me queda duda de que un enfrentamiento con Inglaterra puede ser perjudicial para la nación, caballeros.

—¿Y qué sugerís, Argyll? ¿Acatar sin más las propuestas de Londres? No podemos quedarnos cruzados de brazos aceptando todo lo que se acuerde en el parlamento británico.

—Están en mayoría de miembros con respecto a los demás países. Por ese motivo hacen lo que les viene en gana —señaló el jefe de los Stewart Appin.

—El parlamento británico no es equitativo. Por eso mismo ha decidido arrojar a Jacobo del trono para instalar a su yerno el Orange. Un extranjero que no va a gobernar —protestó Cameron furioso por ese hecho.

Archibald era consciente de que aquellos hombres tenían toda la razón, pero esta no debía llevar al país a una guerra abierta contra Inglaterra.

—¿Cómo piensa evitarla? La otra mañana, en Lochaber, aseguró que haría todo lo posible —le recordó John McLean, que se había unido a la conversación hacía más bien poco y quería conocer los argumentos del duque de Argyll.

Archibald sacudió la cabeza.

—No lo tengo claro. Solo sé que debemos evitarlo. ¿Por qué no aceptar a Guillermo? Al menos podríamos darle un margen de tiempo para ver qué planes tiene para Escocia.

—Los que le marque el parlamento de Londres, y lo sabe tan bien como todos los que aquí estamos, Campbell —dijo el Stewart of Appin con total seguridad.

—No nos dejarán tiempo para explicarnos en cuanto tomen cartas en el asunto del robo de los impuestos —le aseguró McLean convencido de que así sería—. A estas horas la guarnición inglesa en Edimburgo ya debe haberse preparado para cumplir las órdenes que lleguen de Londres.

—Si al menos lográramos saber quiénes fueron —comentó Archibald con cierta desesperación.

—No lo sabremos nunca. Incluso puede que los que robaron el dinero sean de un clan de otras tierras y se hayan marchado de regreso a estas —le sugirió James, quien había permanecido en silencio escuchando la conversación—. ¿Ha pensado en esa posibilidad, Archibald?

Este apretó los labios y asintió.

—He pensado en innumerables posibilidades. Y no llego a ninguna conclusión, caballeros.

—Haría bien en centrarse en lo que puede suceder si Inglaterra toma medidas. Debería avisar a sus hombres y a los clanes hermanados con los Campbell. —El consejo de McLean le provocó un ligero escalofrío en el cuerpo, o tal vez fue que en ese instante tenía

una amplia visión de Eve charlando y riéndose de lo que le comentaba cierto joven. No sabía a qué venía quedarse contemplándolos de aquella manera tan descarada, que captó la atención del propio James McLean, y este no pudo fruncir el ceño en señal de contrariedad. ¿Por qué diablos el Campbell se fijaba en su hermana?

—Tomaré medidas si llega ese momento. Por lo pronto me centraré en otros asuntos.

Y estos no tenían que ver con Eve, a pesar de que se sentía extraño por verla reír con otro hombre. ¿No le había contado Jane que ninguno se había querido acercar a ella después de que él no regresara de Londres a cumplir su palabra de compromiso? ¿Qué todos parecían haberla dejado aparte y considerarla una solterona? Entonces…

—Debería irlo haciendo ya, pues según noticias de la capital, el general McKay ha partido con un nutrido grupo de fuerzas en los que se engloban a los clanes del sur; los más cercanos a Inglaterra —aseguró el jefe de los McKenzie captando la atención de todos.

—Si es cierto, no tardaremos en tener noticias suyas —aseguró McLean.

—Al parecer no les ha gustado en Londres que hayamos recuperado los impuestos —sonrió el jefe de los Stewart Appin sembrando la incertidumbre.

—No creo que sea un motivo del que estar orgullosos —intervino Archibald molesto por ese comentario.

—Y no lo estoy, solo digo que parece haberles sentado mal.

—Londres no ha tardado mucho en tomar una decisión —apuntó McLean—. Será mejor que se dé prisa en averiguar qué sucedió con los recaudadores, Campbell. Tal vez, si se los entrega a McKay, esté a tiempo de evitar males mayores.

—No si Claverhouse sigue convenciendo a los clanes de estas regiones para que lo apoyen en su cruzada particular para reunir partidarios de Jacobo y que estén dispuestos a pelear por él. Y ahora, si me disculpan... Veré si logro averiguar algo esta noche.

Archibald se apartó del grupo de jefes dirigiendo sus pasos fuera del salón en busca de cierta calma. Aquellos hombres parecían dispuestos a pelear por un monarca que se había marchado de su tierra con destino a Francia. ¿Se les había pasado por la cabeza si él querría regresar en esas condiciones? ¿Con una guerra contra Inglaterra de por medio? Abandonó el salón y salió al exterior. Conocía el castillo de Duart por haber pasado allí tiempo cuando se sintió atraído por Eve. Y aquellos años que había permanecido alejado, la distribución del lugar no había variado. No obstante, salir al exterior. El viento lo abofeteó en pleno rostro, pero lo agradeció porque pensaba que lo ayudaría a despejarse. Las antorchas permanecían encendidas en el exterior para delimitar la situación de la fortaleza. Vaciló entre coger el sendero que conducía a la playa o bien el otro que, si no se equivocaba, lo llevaría hasta un banco de madera en el que se había sentado en alguna que otra ocasión en el pasado. Se fijó en las piezas de artillería que esperaba que no tuvieran que usarse contra los ingleses. Se detuvo junto a estas dirigiendo su mirada hacia el mar. De alguna manera se sentía extraño en su regreso a su tierra. No había esperado que fuese de la forma en la que estaba siendo. Claverhouse tratando de convencer a los jefes de los clanes del norte para unirse y, juntos, traer a Jacobo de vuelta de Francia para sentarlo en el trono del palacio de Whitehall; los mismos jefes que parecían dispuestos a secundar esa rebelión; el robo de los impuestos a los recaudadores, y por último… Eve McLean. Más bonita que los recuerdos que guardaba de ella. Apretó los dientes con rabia y cerró las manos en sendos puños

hasta sentir como las uñas se le clavaban. Sacudió la cabeza y decidió dar la vuelta para volver. Había olvidado a Jane quien, aunque estuviese acompañada en todo momento por sus amistades, era responsabilidad suya.

Caminó hacia el interior del castillo y se encontró con James McLean en la puerta.

—¿Ha salido a tomar el fresco de la tarde, Campbell?

—Sí, lo necesitaba. Despejarme y dejar la mente en blanco por unos minutos.

—No se lo discuto después de escuchar la conversación que ha mantenido con algunos de los jefes de los clanes de estas tierras.

—No logro entender cómo pueden estar pensando en una guerra contra Inglaterra. E incluso que el jefe de los Stewart Appin parezca no solo defender el robo de los impuestos, sino también burlarse de ese acto.

—No creo que su comentario haya sido con mala intención. Debería hablar con ellos.

—¿Con quiénes? —Archibald levantó la mirada del suelo, contrariado por aquella sugerencia.

—Con los recaudadores a los que asaltaron. Están en Perth.

—Pero ¿cree que lograré algo?

—No estoy seguro, pero por intentarlo… —El propio James se encogió de hombros.

—Ambos sabemos que nadie delatará a quienes lo han hecho.

—Es cierto. ¿No tiene ningún indicio a estas alturas?

—No he podido dedicarle al asunto el tiempo que merece.

—Supongo que pensaría en Claverhouse.

—¿Por qué lo dice?

—Por su empeño en restaurar a Jacobo en el trono.

—No lo creo tan loco como para andar asaltando a los

recaudadores de impuestos —le confesó Archibald sacudiendo la cabeza—. Puede haberse tratado de una partida de ladrones vulgares que dieron con los recaudadores.

—Es posible.

Archibald asintió emitiendo un sonido gutural de estar de acuerdo con esa proposición.

—Y también lo es que nunca llegue a saberse.

—Hablando de todo un poco, ¿cuánto tiempo tiene pensando permanecer por estas tierras?

—Prometí a Claverhouse quedarme en Dudhope hasta su regreso.

James cruzó los brazos y asintió sin dejar de mirarlo.

—Puede tratarse de mucho tiempo. Si Graham piensa recorrer todas las Tierras Altas…

—Cierto, pero también hay que tener en cuenta a McKay. Si es verdad que ha salido de Edimburgo al frente de un ejército, como afirma el jefe de los McKenzie, no creo que sea con buenas intenciones.

—Yo tampoco, si le soy sincero. ¿Cómo se lleva con mi hermana?

Archibald reaccionó mostrándose sorprendido ante esa cuestión. No esperaba que el hermano de ella tuviera interés por el tema.

—Lo hago lo mejor que puedo. Sé que no es nada sencillo después de haberme alejado tanto tiempo, pero…

—Le he visto hace un momento observarla mientras ella charlaba y reía con Braden McAllister —le confesó esbozando una sonrisa algo pícara, que dejó frío y mudo a Archibald durante unos segundos, los que tardó en tejer una historia que el McLean pudiera creerse.

—Cierto. Me pareció reconocer en los rasgos del joven a su padre Fraser en este. Pero no estaba seguro de que fuese él. Llevo bastante tiempo alejado de estas regiones, como puede comprender

—le recordó esperando que él lo creyera. Era cierto que no lo había reconocido, pero no lo era menos que se había centrado en Eve y cómo reaccionaba ante sus atenciones.

—Así es. Se parecen mucho —asintió convencido de que el Campbell no había sido sincero del todo con él y que no había querido referirse a su hermana—. ¿Viene dentro?

Archibald lo contempló hacerle un gesto con la cabeza hacia el interior del castillo. Tal vez era lo más acertado dado el carácter de la conversación. No tenía intención de seguir hablando de Eve con su propio hermano.

—Sí, es mejor regresar. Necesito saber qué tal está Jane.

—Claverhouse lo ha dejado al cargo de ella como si fuese usted su guardián.

—No es para tanto.

—No he tenido ocasión de decírselo, Campbell, pero no le reprocho lo que hizo en su día, al tenerse que marchar a Londres. Usted fue el elegido para representar al país allí, en el parlamento. Pero, tal vez, debió llevarse a mi hermana con usted.

—Ambos sabemos que a Eve no le gusta Inglaterra lo más mínimo. No se habría venido de habérselo pedido. Si se lo hubiera propuesto antes de casarnos, ella misma me habría rechazado.

—Eve es como es. Ama esta tierra con todo su corazón. No podría abandonarla para seguirlo a Londres. Tiene razón. Y también, que le habría rechazado. Pero ahora está usted de regreso… —Elevó las cejas con una intención desconocida para el propio Archibald—. No lo entretengo más. No tiene que buscar a su querida amiga Jane. Está ahí charlando con mi hermana. Que se divierta. —Esbozó una sonrisa cínica y dejó al Campbell contemplando a ambas mujeres, sin estar seguro de si debería interrumpir su conversación.

Capítulo 8

—¿No sabes nada de tu marido?

Jane suspiró.

—Ni un triste mensaje desde que partió hace días. Regresó de la reunión en Lochaber, me explicó cuál era la situación y luego volvió a marcharse hacia las tierras de Atholl. No sé qué diablos pretende reuniendo a los clanes —le confesó molesta por la situación que se avecinaba—. Archibald asegura que es una locura. Que traerá la guerra de nuevo al país.

—Entiendo su opinión porque él ha sido enviado por Londres para que no protestemos. Para favorecer los intereses del parlamento…

—No creo que ese sea el motivo real de sus intenciones, Eve. Solo busca el bien para la nación, y estoy convencida de que una guerra contra Inglaterra no es la solución.

—¿Y qué crees que está haciendo tu esposo, Jane? Claverhouse es partidario de enfrentarnos a Inglaterra para dejarles claro que tenemos nuestra autonomía para elegir qué rey queremos.

—Tienes razón, pero ¿a qué precio? ¿Derramando sangre de

nuestros compatriotas?

—Yo tampoco quiero una guerra, Jane, pero ¿qué ha hecho Archibald por evitarla? Ni si quiera ha conseguido averiguar quién está detrás del robo de los impuestos —le recordó con un tono y una sonrisa burlonas.

Jane asintió con los labios apretados.

—Entiendo tu rencor hacia él por lo que te hizo, pero tal vez deberías ayudarlo a descubrir quiénes asaltaron a los recaudadores de impuestos en vez de menospreciar su labor. No me creo que lo odies hasta el punto de desearle el mal.

—No lo odio, Jane. Pero admito que no me importa lo que le suceda —le dijo tratando de mostrarse fría e indiferente a ojos de su amiga, pese a que en el fondo ella misma reconocía no estar segura de ello. No cuando, como en ese momento, sus miradas se cruzaban y ella experimentaba un pálpito bastante revelador, acompañado de un sofoco que encendía sus mejillas—. No quiero que discutamos por culpa de él. Somos amigas desde hace muchos años, y tú estuviste a mi lado en todo momento cuando él se marchó a Londres y no volvió.

—No tenemos por qué hacerlo, ni llevarnos mal por él. Solo estamos charlando, Eve —le dejó claro con una sonrisa afable.

—Me alegra saber que lo ves de ese modo.

—A mí también, pero no le desees ningún mal a Archibald por lo que sucedió entre vosotros.

Eve asintió cerrando los ojos y apretando los labios convencida de que así trataría de hacer. Los abrió y centró su atención en alguien con quien deseaba hablar.

—Te dejo. He de saludar a un viejo amigo. Que te diviertas.

Jane no dijo nada más y la contempló alejarse, al tiempo que Archibald se acercaba.

—Te he visto hablar con ella. —Hizo un gesto con las cejas hacia Eve—. No quise interrumpiros.

Ella asintió.

—Podrías haberlo hecho y haber participado en la conversación.

—No, no. Nunca me entrometo en una conversación femenina.

—No habría habido problema porque hablábamos de política como hacen todos aquí.

—Es el tema principal en cualquier reunión. ¿Te diviertes?

—Sí, claro. He estado hablando con las mujeres de los jefes que hay esta noche, e incluso con alguno de ellos, dado que Graham no está.

—Eres la *chieftain* del clan Graham, querida. Marquesa de Montrose —frivolizó él tratando de hacerla sonreír.

—No vuelvas sobre eso o te llamaré por tu título. Dime, ¿qué tal tú?

Archibald cogió aire y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Por el momento me encuentro a gusto. He estado fuera del castillo, dando un breve paseo para despejarme. Y al volver me topé con el joven McLean.

—¿Has estado hablando con James?

—¿Te sorprende que lo haya hecho?

—Confío en que no haya sido como la primera vez que viste a Eve…

—No. Por fortuna, James tiene otro talante. Es cierto que hice lo que hice, pero no me lo ha reprochado. Hasta ha llegado a sugerirme que podría haberme llevado a su hermana conmigo.

—¿A Londres? —Jane abrió los ojos al máximo de su expresión y permaneció con la boca abierta en clara señal de no terminar de creerlo.

—Eso mismo. Habérselo planteado y, de haber aceptado, irnos

como marido y mujer. ¿Qué te parece?

—Que habría sido ella la que te dejara plantado. Así de claro. Eve es muy patriota. No quiere tener nada que ver con lo inglés, ya la conoces. No ha cambiado tanto desde que te fuiste.

—Algo así.

—Pero en el fondo creo que con el tiempo terminará por aceptarte de vuelta.

—Lo dices como si fueran a regresar aquellos días. —La contempló extrañado.

—En parte lo desearía porque no teníamos sobre nosotros la sombra de una guerra, Archibald.

—Dices bien. Sí, yo también lo desearía.

Hubo algo en el tono de su voz y en el brillo de sus ojos que le hicieron sospechar a Jane si no se trataría de algo más. Tal vez él se estuviera refiriendo a Eve, aparte de la guerra.

—A lo mejor podrían regresar.

Archibald sonrió al ver el gesto de esperanza en ella.

—Por mi parte que no quede. Mañana mismo partiré hacia Perth para hablar con los recaudadores.

—¿Qué esperas averiguar? Nadie ha conseguido saber quién está detrás del robo.

—Espero que recuerden algún detalle que pueda serme de ayuda.

—¿Y si no lo logras?

—En ese caso, me centraré en neutralizar a los seguidores de Jacobo para que no se levanten en armas. Los Campbell todavía somos el clan más influyente en estas regiones.

—Sin duda, y muchos te seguirán.

—Lo sé. —La cuestión era que había dicho que él lo haría por Jacobo si estallaba la guerra, y como bien sabía y le repetían,

muchos clanes seguirían esa palabra. Llegado el momento, no podría echarse atrás. No dejaría al clan como un traidor a la palabra que él había dado ante los jefes en la reunión en Lochaber.

Eve se apartó del bullicio cuando reconoció a Rowan, unos de los hombres del clan McLean y más leales a la causa de Jacobo. Le hizo indicaciones para que saliera del castillo y hablaran fuera. Confiaba en que nadie se diera cuenta de su ausencia.

La noche era cerrada y las nubes que se veían en el cielo se movían con celeridad ocultando la luna por momentos. Se había levantado un ligero frío que obligó a Eve a desplegar su *plaid* y a echárselo sobre los hombros. Lanzó una mirada por detrás para asegurarse de que no la seguían, hasta que salió al exterior y se dirigió a uno de los laterales del castillo donde la estaría aguardando su hombre de confianza.

—¿Qué sucede? —le preguntó ella bajando la voz por miedo a que pudiera escucharla.

—Hay noticias del sur.

—¿Y?

—El general McKay salió de la capital hace tres días al frente de tropas inglesas y escocesas. Los que son leales a Londres se han puesto de su lado en cuanto supieron lo que sucedió con los impuestos. Hablan de llegar a Perth y buscar a los culpables tomando las medidas que consideren oportunas. Si logran averiguar que…

Eve sacudió la cabeza pidiendo silencio.

—Nadie tiene por qué relacionarnos con el asunto.

—Confío en ello. No esperaba que robar el dinero de los impuestos pudiera desencadenar en una guerra.

—No hay por qué preocuparse. Claverhouse está reclutando

hombres para enfrentarnos a los ingleses. Ha partido hacia la región de Atholl con ese propósito. E incluso los Campbell estarían dispuestos a movilizar a sus hombres en favor del rey.

—¿Los Campbell? —El hombre se mostró inseguro de aquellas palabras.

—Eso aseguró el propio Argyll en la reunión de Lochaber. No creo que vaya a desdecirse de su palabra. Quedaría como un traidor a los demás y a la nación. —Eve no deseaba que Archibald se echara atrás en ningún momento. Sería un golpe fatídico para ella, pensó al tiempo que tenía la urgente necesidad de coger aire al pensar en él.

—En ese caso…

—Es mejor que te marches con los demás. Y olvida el asunto del dinero de los impuestos. Ese tema dejará de ser importante en unos días si lo ingleses llegan a la región de Perthshire.

—Confío en su palabra.

—Pero es mejor que no nos vean hablar a solas. Alguien podría salir a tomar el aire.

Rowan asintió y se alejó de ella cuando se aseguraron de que nadie podría verlos. Eve se apretó el *plaid* contra la espalda y los hombros para resguardarse del frío. Algunos mechones escapaban a su recogido danzando libres.

Archibald había visto a Eve escabullirse entre la gente, lanzando alguna que otra mirada por encima de su hombro como si temiera que la siguieran. Por su manera de comportarse, pensó que le sucedía algo. ¿Se trataba de una escapada para reunirse con un amante? Desechó ese pensamiento porque sabía que ella no quería comprometerse con nadie. Entonces… ¿Algo turbio relacionado con la situación actual del país? Tanto James como Jane le habían asegurado que ella era muy patriota, leal defensora de los Estuardo, y que nunca toleraría lo que viniera de Londres. Una alocada idea se

cruzó en su mente, obligándolo a seguirla fuera, pero sin que ella lo sospechara. Permanecería cerca de la puerta para cuando regresara. De ese modo justificaría su presencia en esta de una manera casual. ¿En qué podría estar metida? Volvió a preguntarse esperando impaciente su aparición. No contento con esperarla en la entrada, se aventuró a dar un pequeño paseo y, de ese modo, controlar de manera disimulada lo que sucedía.

Eve caminaba con paso firme de regreso al castillo. Iba pensando en lo que Rowan le había comentado cuando, al levantar la vista, descubrió a Archibald Campbell por el paseo que conducía a la entrada. Pensó en desviarse y buscar otra de las puertas de acceso para evitarlo, pero entonces él la vio. Sus miradas permanecieron fijas la una en la otra durante el espacio de tiempo que ella tardó en estar a su altura. Elegante, apuesto y seductor con su traje del clan Campbell. No le extrañaba nada que se hubiera enamorado de él y que… Sacudió la cabeza para no seguir pensando en cosas que no venían al caso.

—Buenas noches, Eve —le dijo con una ligera inclinación de cabeza, pero sin apartar sus ojos de ella. Radiante y atractiva como no era capaz de recordarla. Su gesto le indicó que no esperaba encontrarse con nadie y, tal vez, menos todavía con él.

—Buenas… noches… —le costó hablar y sintió que algo le trababa la garganta.

—Hace una temperatura estupenda para salir fuera.

—Sí. Eso he acabado de hacer. ¿Y tú?

—Me dirigía en este instante a tomar el fresco. El ambiente en el salón está algo cargado. No esperaba encontrarte aquí.

Ella se humedeció los labios.

—He salido por el mismo motivo que acabas de dar tú.

Le pareció que ella pretendía mostrarse algo distante con él. No

darle importancia al hecho de que hubiera abandonado el castillo.

—De haberlo sabido, podría haberte acompañado. —Quería ponerla a prueba. Saber si se había visto con alguien. Si estaba ocultando algo a todos los demás. La alocada idea de que ella estuviera detrás del robo a los recaudadores le parecía inverosímil, pero él no podía descartar a nadie. Y Eve McLean era tan acérrima seguidora de Jacobo que sería capaz de cometer cualquier locura por verlo de regreso en el trono.

—Te lo agradezco, pero prefería estar sola.

—Lo entiendo. No soy una grata compañía para ti —confesó consciente de que así era. Por ese motivo se limitó a caminar en dirección hacia la playa sin dar más explicaciones.

Eve lo seguía contemplando con los ojos entrecerrados, como si tuviera interés en él. Estudiando sus gestos. Le parecía arrepentido por lo que había hecho, pero no podía dejarse influir por el tono de sus palabras.

—No es porque me acompañaras, sino porque necesitaba estar a solas —mintió, algo que parecía estar convirtiéndose en frecuente para ella. Lo vio detener sus pasos y volverse hacia ella.

Archibald apretó los labios y asintió dando a entender que aceptaba su explicación.

—No hace falta que te marches si no quieres…

Su reacción la sorprendió a ella misma, ya que se encontraba tan a gusto conversando con él que se había olvidado de lo demás. Era la primera ocasión en la que estaba frente a Archibald Campbell y podía hablar con total naturalidad. Sin sentir esa frialdad y ese desdén que se empeñaba en sacar cuando lo tenía cerca. Lo observó abrir los ojos al máximo de su expresión y cambiar el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

—En ese caso, podemos charlar de lo que te apetezca, menos de

la situación que atraviesa la nación, por favor.

—Entiendo que todo lo que sucede te tiene muy ocupado y, hasta cierto punto, harto.

—Si te soy sincero, sí.

—Pero es tu cometido aquí en Escocia.

—Lo es. Y como te dije en Lochaber, estaría encantado de ceder mi puesto a quién lo quisiera —le aseguró dando un paso para alejarse de ella. Caminó en dirección al mar desde dónde soplaba un fuerte viento. Las nubes parecían irse amontonando de manera rápida porque ya no se percibía ni una sola estrella, ni tan siquiera la totalidad de la luna. Levantó la mirada y sonrió—. Esto es lo que más he echado de menos desde que voy a Londres. El cielo, el paisaje, los acantilados y el mar del norte. Mi hogar. Escocia.

Ella caminaba con paso lento hacia él, mientras lo veía contemplar el firmamento y decir aquello que hizo que sintiera una ligera taquicardia.

—Es cierto. No hay nada como nuestra tierra.

Archibald la sintió a su lado, con el mentón elevado hacia el cielo. El viento agitaba los mechones sueltos del recogido. De repente, ella volvió el rostro para quedarse contemplándolo mientras los latidos presagiaban un desenlace tan alocado como deseado en ese momento.

Él se fijó en el hechizo de su mirada. En la manera en la que sus pupilas parecían dilatarse y brillar con mayor intensidad. Sus labios permanecían entre abiertos, como si lo estuvieran incitando a cubrirlos con los suyos. Toda una aparición para él. Reconocía que le gustaría besarla, estrecharla entre sus brazos y pedir perdón por haberla dejado tanto tiempo sola. Pero entonces volvió su rostro a lo lejos para evitar caer en la tentación que ella representaba. No era conveniente si de verdad quería lograr llevarse bien con ella.

—Por eso que dices, he considerado dejar Londres y todo lo que ello conlleva para regresar a casa.

Esa confesión la obligó a fruncir el ceño y entrecerrar sus ojos sin dejar de observarlo.

—¿Por qué habrías de hacer algo semejante?

—Porque no es lo que yo esperaba. No he conseguido llevar a cabo las ideas y los planes que había concebido para Escocia. Y mira a lo que nos ha llevado. —Abrió los ojos al máximo y elevó sus cejas —. Al borde de una guerra.

—Si llega a producirse, no tienes que culparte por ello.

—Tal vez no. Pero me temo que tampoco lograré evitarla. Ni si quiera puedo encontrar a quienes se quedaron con el dinero de los impuestos —le confesó provocando en ella un leve sobresalto—. Y en el fondo no les discuto su acto.

Él volvió su mirada hacia el horizonte en un gesto de impotencia y rabia.

—¿Lo dices en serio?

No quería poner la atención en ella, pero cuando vio que lo contemplaba con la mirada entornada y un gesto de duda, decidió apartarse un poco más.

Eve se dio cuenta que él daba un par de pasos hacia atrás. ¿Huía de ella? Era la impresión que le estaba dando, pero ¿por qué lo hacía? ¿Temía su reacción?

—Entiendo que no quieran a un monarca extranjero en el trono, aunque sea al yerno de Jacobo. Y hasta cierto punto creo que, si no fuera quién soy, actuaría como ellos. —Sonrió por primera vez ante ese comentario.

—Eso lo dices ahora que estás aquí conmigo y nadie puede escucharnos. Pero delante de los jefes de los clanes…

—Delante de ellos he de guardar las apariencias, Eve. No puedo

incitarlos a una guerra contra Inglaterra con las consecuencias que acarrearía para la nación y para sus gentes.

—Pero entonces, tu discurso… —Estaba tan confusa que no sabía muy qué decir ni cómo reaccionar.

—Es el que tiene que dar el duque de Argyll como alto representante de Escocia en el parlamento británico. Pero si fuera Archibald Campbell sin más títulos… —Esbozó una media sonrisa y sacudió la cabeza.

—¿Dirías lo contrario?

—Sin dudarlo.

Ella permanecía con los labios entre abiertos debido al *shock* que aquella confesión le había provocado. Y él seguía mirando a lo lejos como si buscara algo en el horizonte. Apartado de su lado unos pasos como si temiera lo que Eve pudiera hacer. Lo vio girarse hacia ella una vez más, con los labios apretados y una mirada cálida que no esperaba encontrarse.

—No esperaba que fueses tan franco conmigo.

—Te envidio, Eve.

Una nueva sacudida en su pecho la hizo sobresaltarse. El calor que invadía su cuerpo ascendía de manera vertiginosa hasta su rostro, el cual ella sentía arder.

—¿Por qué? No creo que mi vida sea digna de tu envidia.

—No tienes ninguna responsabilidad. No eres el jefe del clan más poderoso e influyente de Escocia. Ni tienes que ausentarte de tu casa durante tanto tiempo para acudir a un lugar, donde te consideran inferior por ser escocés. Donde tu palabra vale tan poco como la de un chiquillo. Y cuando regresas te das cuenta de que no solo has perdido tu tiempo y has malgastado tus energías, sino que has perdido algo más. Algo que has sacrificado por el bien común y a lo que le has hecho un daño irreparable. —La contemplaba de

manera fija, pero guardando la distancia. Si fuese un loco, la besaría como ella merecía y le diría que nunca dejó de pensar en ella pese a la distancia. Que siempre quiso regresar, pero las obligaciones lo retenían una y otra vez. Hasta que comprendió que era demasiado tarde para regresar a buscarla—. Creo que sería mejor que regresáramos. Imagino que te andarán buscando por ser la protagonista de la velada. Y, si nos ven juntos, las habladurías comenzarán. Y no quiero causarte más molestias de las que ya te he causado, Eve.

Ella sacudió la cabeza.

—No me importa lo que puedan pensar o decir si nos ven juntos. No hay nada que explicar por mi parte. Y no te preocupes por mí, a estas alturas ya no hay nada que me pueda molestar —le dejó claro retirándose algunos mechones del rostro.

—Pero a mí, sí.

Permanecieron unos segundos contemplándose en silencio sin que ninguno de los dos pareciera querer alejarse del otro. Eve se humedeció los labios como si esperase que él pudiera ser tan osado de querer besarla. O tal vez se debía a los nervios que experimentaba al tenerlo allí frente a ella y no sentir el deseo de abofetearlo, insultarlo o golpearlo por lo que le había hecho. Inspiró hondo y, tras dedicarle una tímida sonrisa, emprendió el camino de vuelta al interior del castillo seguido por él a una distancia lo suficientemente lógica como para que nadie comentara nada al respecto.

Eve pensaba en lo que él le había confesado. ¿Qué haría una vez que él decidiera regresar a su casa de Inveraray? ¿Encerrarse y ver pasar los días? ¿Y si estallaba la guerra como Rowan le había informado? Estaba convencida de que él cumpliría su palabra y los Campbell pelearían por el rey.

Archibald la dejó a solas, mientras él se demoraba unos segundos en la entrada. No quería que surgieran chismes acerca de que los habían visto volver juntos del exterior. No era lo que él deseaba para ella. No daría pie a especulaciones sobre ellos. Bastante había hecho en su día con no regresar a su lado y cumplir la promesa que le había hecho.

—¿Dónde te habías metido? —La pregunta de Maggie despertó la curiosidad de la propia Eve.

—¿Por qué lo preguntas? Estaba fuera, tomando un poco de aire.

—Eres la anfitriona y se supone que no puedes desaparecer. ¿Una escapada con algún amante?

Eve sonrió de manera cínica.

—Sabes lo que pienso de ese tema.

—¿Has cerrado la puerta del todo? ¿Incluso a una aventura pasajera?

Ella volvió a asentir desviando la atención detrás de su espalda como si buscase a alguien; pero no lo halló.

—¿Qué me dices de ti? ¿Algún pretendiente?

Maggie puso los ojos en blanco y bufó.

—No me hables. Mi madre dice que el joven Cameron ha puesto interés en mí.

—¿Y qué problema le ves? Porque a juzgar por tu gesto y el tono de tus palabras, no parece que sea de tu agrado.

—Pues no, la verdad.

—¿Es que tienes a alguien en mente? —preguntó con exacerbada curiosidad mirando a su amiga. Hablar de los posibles pretendientes de su amiga le haría relajarse y dejar a un lado a Archibald Campbell.

Maggie sonrió divertida mirando detrás de la espalda de ella, lo que la obligó a Eve volverse y reconocer a la persona objeto del

interés de su amiga. Tuvo la sensación de que su corazón dejaba de latir. Entreabrió los labios para coger aire porque el gesto de su amiga le había cortado la respiración. Giró el rostro hacia ella esperando una aclaración. Pero el brillo de su mirada la delató y no hizo falta más.

—Admito que es un hombre muy apuesto e interesante. Pero al mismo tiempo creo que no se fijaría en mí.

—¿Por qué? ¿Se lo has preguntado? —Eve se sentía algo molesta por la elección de su amiga. Que le gustara Archibald Campbell no era nada extraño, ya que coincidía con ella en sus cualidades. Y no debería importarle que se sintiera atraída por él. Sin embargo, la sacudida experimentada en su pecho y la falta de aire parecían querer decirle algo.

—No. Y espero que no te importe que el duque me parezca idóneo para ser mi esposo.

Eve esbozó una media sonrisa de corte burlesco.

—¿A mí? ¿Por qué? ¿Por qué estuvimos comprometidos y él no se molestó en regresar de Londres para cumplir el compromiso? —Decidió optar por una postura fría, distante y que diera a entender a su amiga que poco o nada le importaba lo que el Campbell hiciera. Pero, en realidad, trataba de mantener la compostura porque se sentía algo celosa de su amiga.

—En cualquier caso, no creo que pueda acceder a él. ¿Crees que seguirá soltero?

—Por lo poco que sé y me ha contado, no se ha casado.

—Supongo que no has considerado la posibilidad de retomarlo donde lo dejasteis.

Eve giró el rostro como si tuviera un resorte que hubiera saltado de repente. Su mirada se volvió fría y amenazante.

—Creo habéroslo dicho a Fiona y a ti. No me planteo regresar

con él. Es más, no creo que a él le queden ganas de insinuármelo después de lo que hizo —le recordó con cierto enojo al escucharla decir que le gustaría él como esposo.

—No digas eso. Uno nunca sabe lo que le depara el destino.

—El mío parece estar muy claro, Maggie. —Sentía el rostro arder y decidió apartarse de su amiga. Inspiró hondo y cerró los ojos durante unos segundos en los que buscó la paz y la tranquilidad necesarias para seguir con la velada. Sin duda que la conversación con Archibald, fuera de la casa, y la de su amiga habían sembrado mil y una dudas en ella. O, más bien, la reacción de su propio cuerpo en ciertos momentos. ¡No podía ser cierto que siguiera sintiendo algo por él! ¡No podía seguir enamorada de Archibald Campbell!, se dijo sacudiendo la cabeza como si ello le bastara para rechazar de plano esa idea. Pero estaba ahí. Y no solo dentro de su mente, sino posiblemente en su corazón, lo cual lo hacía todo más complicado.

Capítulo 9

Archibald y Jane llegaron a Dudhope casi a medianoche. Él había permanecido en silencio durante el trayecto de regreso, mientras ella lo vigilaba por el rabillo del ojo. Una vez en el castillo, Archibald decidió ir al salón y sentarse frente a los rescoldos del fuego. Resopló y relajó los hombros como si estuviese cansado de la velada. Jane lo encontró como abatido cuando fue en su busca después de hablar con la gente de la casa. Le parecía preocupado y no estaba segura de si se debía a la política o a Eve.

—Te noto algo pensativo e incluso derrotado —le comentó captando su atención. Jane fue testigo del gesto de sorpresa por el comentario. Pero también percibió algo en su mirada que no había tenido antes de esa noche—. ¿Problemas con la política?

—¿Qué puedo contarte que tú no sepas ya a estas alturas?

—Supongo que poco o nada. Pero siempre hay algo que nos hace sentir mejor. —Jane ocupó el otro sillón frente al fuego, con la atención puesta en Archibald—. ¿Qué tal con Eve?

Él permanecía con la mirada fija en un punto en concreto de las llamas, que comenzaban a cobrar vida poco a poco. Resopló y se

pasó las manos por el rostro como si ello lo ayudara en algo.

—Creo que vamos recuperando la amistad que tuvimos.

—Es un logro importante dado cómo terminasteis.

—Sin duda. Pero, por otro lado, me gustaría alejarme de ella.

Aquella confesión tan rotunda hizo que Jane se moviera inquieta en su asiento y lo mirara con cierta preocupación.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido esta noche para que digas algo así?

—Creo que cuando me ve, le recuerdo el pasado. El daño que le causé, y no me siento nada cómodo, Jane. —Sintió la mano de su amiga sobre su brazo, obligándolo a mirarla.

—No te hagas eso, Archibald. No creo que Eve pueda pasarlo peor que en su día. Lo que tienes que hacer es intentar reconstruir vuestra relación, sin mirar a nada más que una amistad.

—Sí, pero… —Se calló de repente cuando pensó que esa noche había sentido deseos de besarla, y eso no era propio de dos viejas amistades. Entrelazó las manos al frente y se quedó contemplándolas consciente de que Jane esperaba una continuación —. Esta noche me he sentido extraño. Por un instante creí haber regresado a aquellos días anteriores a mi marcha a Inglaterra.

Jane abrió los ojos y se echó atrás al escucharlo.

—¿A qué te refieres?

Archibald jadeó primero y sonrió después.

—Sentí el deseo de besarla, Jane. —Miró a su amiga con una mezcla de incredulidad y de miedo por experimentar algo así.

Ella asintió con una ligera sonrisa, posando la mano de nuevo sobre el antebrazo de él para transmitirle tranquilidad.

—Esa es la auténtica razón por la que te quieres alejar de ella. Entiendo ese deseo por tu parte.

—¡¿Qué?! ¿Qué quieres decir?

—Desde la primera noche que os vi juntos, aquí en Dudhope, me estuve preguntando si los dos estabais seguros de vuestros sentimientos. Y creo que de la lógica sorpresa y reticencia inicial de ambos… Poco a poco se han ido limando las diferencias. Soy consciente de que Eve se desahogó echándote en cara tu dilatada ausencia. Y los perjuicios que esta le causó. Pero también quiero creer que una vez que la tormenta de ese primer encuentro pasó, la calma se ha ido instalando entre los dos.

—Eres demasiado observadora, Jane.

—La intuición femenina no suele equivocarse, y algo me dice que con cada encuentro las diferencias seguirán difuminándose hasta que ya no queden.

Archibald sonrió.

—Yo más bien creo que, aunque lográramos salvar esas diferencias, nunca podríamos volver a ser ni a tener lo que fuimos y tuvimos en aquellos días.

—¿Por qué lo dices? No creo que…

—Tú misma me contaste el dolor que le causó que no regresase a cumplir mi compromiso con ella. Y lo que Eve tuvo que pasar después hasta ser poco menos que ¡una solterona, Jane! Por favor… —Se levantó del sillón como si aquellas palabras lo hubieran abofeteado. Archibald apretó los labios, frunció el ceño y cerró una mano en un puño que descargó con violencia sobre la repisa de la chimenea—. Fui un necio por comprometerme sin medir las consecuencias.

—Lo fuiste. No voy a negarlo, pese a la amistad que nos une desde hace tantos años. Debiste parar a pensarlo. Si te convenía o no. Tomaste una decisión que creíste acertada sin medir las consecuencias, exacto.

—¡Y tú misma viste cuáles fueron! —Extendió los brazos con las

manos abiertas hacia ella.

—Pero no todo está perdido.

—Es fácil decirlo cuando el que habla no le afecta.

—Lo es si en verdad sigues enamorado de Eve. Si sigues queriéndola. Solo tienes que creértelo. Creer que puedes recuperarla a pesar del tiempo perdido y del dolor causado —le expuso convencida de que así era. Pero tendría que convencerse de que lo quería.

Archibald cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó una mano debajo del mentón, adoptando un gesto pensativo. No creía que fuese tan fácil recuperar la confianza y el cariño de Eve, antes de intentar regresar a su corazón.

—No es sencillo. Pese a que podamos irnos llevando mejor con cada uno de los encuentros… —sacudió la cabeza sin verlo claro—. No es nada sencillo. Está dolida, y con toda razón.

—¿Crees que alejándote de ella lograrás sentirte mejor?

—Es lo más acertado si tenemos en cuenta que pudiera estallar la guerra contra Inglaterra.

Jane permaneció callada escuchando su explicación. Él le parecía dispuesto a dejarlo todo y huir.

—No cometas el mismo error otra vez. —Se levantó de su asiento y permaneció de pie frente a él contemplándolo con una mirada llena de franqueza—. No te lo perdonarías en lo que te quede de vida. Te perderías en ti mismo y no volverías a ser el que eres ahora. Piénsalo. —Le apretó el antebrazo con cariño mientras sonreía con timidez—. Y ahora, es mejor que me retire a descansar. La velada ha sido larga y llena de emociones.

—Mañana me marcharé temprano a Perth —le informó viendo cómo fruncía el ceño—. He de hablar con los dos recaudadores a los que asaltaron.

—¿Esperas encontrar algún indicio que te lleve a los ladrones?

—Sé que todo está dicho y que nadie ha aportado pruebas que indiquen quiénes han sido, pero he de hacer algo o esta espera acabará por matarme. Con Graham en las tierras de Atholl sin saber a qué atenernos…

—Confío en que vuelva pronto y que todo este revuelo sobre una posible nueva guerra contra Inglaterra se quede en un mero susto.

—Yo también. No te entretengo más. Que descanses, Jane. Yo permaneceré un poco más de tiempo aquí.

Ella asintió y abandonó el salón dejándolo a solas con sus pensamientos. Archibald se paseó por la estancia con la vista fija en el suelo y las manos entrelazadas a la espalda. Sacudía la cabeza en determinados momentos, en otros se detenía y miraba al frente con gesto taciturno.

—Si estuviera en mis manos conseguir que Eve volviera a mirarme como lo hacía en aquellos días pasados… Qué locura. ¿Por qué diablos no ensillo mi caballo y regreso a mi casa en Inveraray? —No creía factible pasar más tiempo con Eve porque solo podría complicar las cosas más. Por la mañana marcharía a Perth en busca de respuestas al asalto a los recaudadores, como le había asegurado a Jane.

***

Eve apenas si pudo dormir esa noche. Las emociones vividas con relación a su celebración de cumpleaños la tenían excitada. La reunión clandestina con Rowan para hablar de cómo marchaban las cosas ante una posible guerra; luego la conversación con Archibald y su confesión acerca de lo que le gustaría hacer si no fuera el duque de Argyll. Y por último, su amiga Maggie confesándole que no le

disgustaría tener a Archibald como esposo para ella, pero que debido a su posición social no podía aspirar a que el jefe de los Campbell pusiese sus ojos en ella. Todos esos pensamientos la habían obligado a levantarse temprano y a intentar mantenerse ocupada para no darle más vueltas. No sabía cuándo volvería a ver a Archibald ni qué le depararía ese nuevo encuentro después de su última conversación. Pero podría esperarse cualquier cosa después de que ella misma hubiera pensado que él acabaría por besarla cuando se encontraron fuera del castillo. ¿Por qué se le había ocurrido semejante disparate? ¿A qué venía esa sensación cuando juraba que lo odiaba por lo que le había hecho?

Descendió las escaleras hacia el salón como si estuviera sonámbula, sin prestar atención a los ruidos que se escuchaban en la casa. La gente se había levantado y se preparaba para un nuevo día. Ella, en cambio, pensaba si sus reacciones ante cualquier situación o comentario relacionado con Archibald Campbell le estaban queriendo hacerle ver la realidad. Que una parte de ella seguía sintiendo algo por él. Y que más le valía descubrirlo lo antes posible, por si la guerra estallaba y volvían a separarse.

***

Archibald emprendió el camino hacia Perth cuando el sol apenas si había salido. La bruma matinal cubría lo alto de las montañas, difuminando su perfil y ocultando su verdor. No era una mañana fría pese al rocío que había caído, pero decidió dejar el *kilt* y ponerse pantalones y botas de montar que encontró en el castillo. Quería llegar pronto para resolver el asunto, aunque mucho se temía que ya era algo tarde. En parte porque nadie parecía dispuesto a colaborar con información veraz acerca del suceso. De manera que, como

James le había sugerido, iría a hablar con los recaudadores. Encargarse de ese asunto lo haría olvidarse de Eve y de la conversación que había mantenido con Jane la pasada noche.

Se detuvo a medio camino en una posada para dar descanso a su caballo y poder comer algo. Aprovecharía para conversar con los lugareños a ver si alguno había escuchado algo nuevo del suceso. Ató el animal a un poste y de inmediato fue objeto de miradas llenas de curiosidad.

Encaminó sus pasos hacia la puerta de la taberna sin mirar atrás. Los pocos clientes que había en ese momento se volvieron hacia él cuando escucharon los goznes.

—Buenos días, ¿dónde puedo dar de comer algo a mi caballo? Lo tengo ahí fuera. —Hizo un gesto con el pulgar hacia atrás, a la persona que había tras la barra.

Un tipo alto y fornido de cabello color pajizo le respondió.

—Puede llevarlo al establo que está al otro lado de la calle.

—Bien, ¿podría irme poniendo algo de comer y beber?

—Claro, estofado de venado y una jarra de cerveza.

—Perfecto.

Archibald abandonó la taberna para llevar al animal donde le había indicado el hombre. Al regresar se sentó en una mesa libre y el tabernero le sirvió.

—Dígame, ¿ha oído hablar del asalto a los recaudadores de impuestos cerca de Perth?

El tipo se rascó la cabeza y puso cara de pensar la respuesta, pero al final la sacudió.

—Algo se comentó aquí cuando sucedió.

—¿Nadie sabe quién ha sido?

El hombre frunció los labios y volvió a sacudir la cabeza.

—Aunque se supiera, nunca se les delataría. ¿No es usted de por

aquí? De lo contrario, no andaría haciendo esa clase de preguntas, sabiendo cómo es la gente de las Tierras Altas… —rio como si se burlara de él y luego miró a los demás hombres que había, para que se unieran a sus risas.

—Sé cómo es la gente de estos lugares.

—Entonces…

—Solo quiero saber lo que sucedió.

—Pues ya lo sabe. ¿A qué viene ese interés?

—A que soy el jefe de los Campbell y me han encargado averiguarlo —le contestó señalando su *plaid* y el broche distintivo de su clan.

—¿Argyll? —preguntó con los ojos exorbitados al escuchar aquel apellido.

—El mismo. Por ese motivo le pregunto.

Hubo un momento de silencio tras aquellas explicaciones. Nadie volvió a reírse. El clan Campbell era el más poderoso y más influyente en el país. Muchos clanes pequeños estaban emparentados con este y le debían lealtad.

—Pues eso que le he contado. Se escuchó y comentó la noticia aquí, pero no se sacó nada en claro. No creo que nadie lo sepa, y de saberlo, no se lo dirán. Todo aquello que perjudique a Londres es bienvenido, pero eso ya lo tiene que saber.

—Sí. Gracias de todas maneras. —Se dedicó a comer en silencio, ya que todo indicaba que sería lo único bueno que podría obtener en aquel sitio; algo con lo que ya contaba, por otra parte.

Llegaría a Perth y daría con los dos recaudadores de impuestos. Era la única solución que veía. Ellos sí podrían darle algo más de información o algún detalle que las autoridades habían pasado por alto.

***

Un hombre a caballo llegó al castillo de Duart. Parecía impaciente por poder hablar con alguien allí presente. Apenas desmontó, dirigió sus pasos hacia el interior y preguntó al primer hombre que vio.

—Necesito hablar con el jefe de los McLean. Es importante.

Eve escuchó las voces de aquel hombre y dejó lo que estaba haciendo entonces, para acudir a buscar a su padre. Este se dio prisa en atender al recién llegado, quien recuperaba el resuello después de haber cabalgado con celeridad hasta allí.

—¿Qué sucede? ¿Por qué estas prisas por verme?

—Vengo de Dudhope, donde me dijeron que estaba el duque de Argyll, pero me han dicho que salió temprano hacia Perth para indagar en el asunto de los recaudadores…

Aquella noticia alteró el pulso de Eve. ¿Archibald en Perth para hablar con los recaudadores? Aquello no era nada bueno. Si lograba descubrir algo que lo pudiera hacer sospechar si quiera…, pensó aferrándose con fuerza a la tela de su *kilt* y no perdiendo detalle de aquel hombre.

—¿Y qué tiene que ver conmigo?

—No es lo importante, sino que el general McKay está camino de Aberdeenshire con cerca de quinientos hombres. Al parecer, viene dispuesto a detener a Claverhouse por su discurso revolucionario.

—Pues no lo encontrará allí porque se marchó a las tierras de Atholl. Al castillo de Blair. De eso hace días. Supongo que estará al corriente de las noticias y que tomará sus precauciones para que el inglés no dé con él.

—¿Qué harán los McLean si McKay y sus soldados irrumpen en esta región? Cameron, Stewart Appin, McDonald y otros clanes están reclutando gente por lo que pueda suceder.

Aquella información sobrecogió a Eve, que en ese momento veía la guerra más cerca de lo que había imaginado. No pudo evitar pensar en Archibald y en el peligro que podía correr si no conocía esta noticia de la llegada de los ingleses a Escocia.

—Hablaré con los principales cabezas de familia para reunirnos y esperar acontecimientos.

—Yo seguiré camino hasta Eilean Donan e Inverness para informar de lo que sucede.

—Come algo, descansa y cambia de caballo —le dijo John McLean acompañándolo al interior del castillo mientras sus dos hijos permanecían en silencio en el exterior.

Eve se limitaba a mirar a todos lados y a ninguno después de escuchar esa noticia. Lo que en un principio parecía algo lejano, ya no lo era tanto. La guerra acortaba la distancia hacia la puerta de Duart.

—Parece que lo que no queríamos va a ser una completa realidad —presagió James contemplándola.

—Sí, eso parece.

—Iré a hablar con nuestro padre para que explique mejor cuáles son sus intenciones.

—Ir a la guerra…

Esas palabras no las escuchó James porque había entrado en la casa mientras era su madre la que corría hacia Eve, presa de los nervios.

—¿Es cierto lo que he escuchado decir a tu padre? ¿Que los ingleses se acercan a Aberdeenshire?

—Sí, madre. Eso parece. Y no creo que vengan a tomar un trago de whisky —le aseguró con una media sonrisa irónica, que buscaba quitar hierro a la situación pese a que ella misma tenía la impresión de que el corazón se le encogía.

***

Archibald se adentró en el camino de Perth serpenteando entre montañas. Aquella región era conocida como la puerta de entrada a las Tierras Altas, y había sido testigo de cómo las cimas más elevadas iban quedando a su espalda. De manera gradual, estas iban dejando paso a extensos valles por los que circulaba algún riachuelo. El viento susurraba entre las ramas mezclándose con el leve canto de los pájaros. Archibald iba relajado sobre su montura. Sin duda que aquel lugar era idílico, lo que lo llevó a acordarse de Eve una vez más. Si era verdad lo que le había confesado a Jane, lo de que todavía seguía sintiendo algo por ella, algo que lo empujaba a quererla retener entre sus brazos, entonces… Sacudió la cabeza e instó a su caballo a ir más deprisa. No quería demorarse demasiado tiempo con el asunto de los asaltadores a los recaudadores.

Cuando llegó a la casa del preboste, este lo recibió con efusividad. Era un tipo alto y fornido con densas patillas rizadas. Sus diminutos ojos parecían escrutarlo con atención y cierta sorpresa. Archibald pensó que sin duda no se esperaba verlo por allí.

—Es todo un honor tenerlo aquí, duque de Argyll. Cualquier cosa que precise, dígamela de inmediato.

—Gracias por sus palabras y su predisposición.

—¿Qué lo trae por Perth? Está algo lejos de Inveraray…

—He venido a recabar información sobre el asalto a los dos recaudadores de impuestos que se produjo cerca de aquí —le informó Archibald observando cómo el preboste parecía sorprendido por sus palabras, fruncía el ceño y sacudía la cabeza.

—Pensaba que ese tema estaba ya resuelto…

—¿Resuelto, dice? —Archibald se mostró sorprendido—. Que yo sepa no se ha dado con los responsables.

—Claro, claro…

—¿Dónde puedo encontrar a los dos hombres que fueron víctimas del asalto? ¿Son de por aquí cerca?

El preboste pareció dudar unos segundos ante esa cuestión.

—Supongo que en sus respectivas casas o en la taberna… O lejos de Perth… ¿Quién sabe? —Se encogió de hombros sin saber qué respuesta le podía dar.

—¿Qué le contaron sobre lo sucedido?

—Bueno…, al parecer los estaban esperando, esto es, que podrían conocer su ruta.

—Ya, pero eso es lo de menos. ¿Recordaron algo que pudiera ser de utilidad para identificar a esos hombres?

—Llevaban el rostro cubierto por un pañuelo y gorras.

Archibald asintió convencido de que poco o nada sacaría de aquel hombre. Tenía la impresión de que no estaba siendo sincero con él. Pero con eso ya contaba, como le habían sugerido sus amistades cuando llegó a las Tierras Altas buscando respuestas.

—¿Sabe dónde vive al menos uno de los dos recaudadores?

—Ehhhh… Pues, creo que no son de aquí —le aseguró con un tono que parecía estar pidiéndole que se marchase.

—Entiendo. Gracias por su amabilidad. Dígame, ¿cuál es la mejor taberna de la ciudad? Necesito comer algo.

—Ohhh, sin duda la de Molly. No tiene pérdida, pues está justo al final de esta calle.

—Muy amable.

Sabía que era el sitio idóneo para seguir indagando. El lugar de reunión de los parroquianos, y estaba convencido de que alguien habría visto u oído más de lo que le aseguraba el preboste. Sus evasivas le daban a entender que sabía más de lo que le había contado. ¿Acaso los asaltantes pertenecían a algún clan importante

en aquella región y por ese motivo no los delataban?

Entró en la taberna y, como era normal, los clientes se volvieron para ver quien lo hacía. Archibald Campbell se convirtió en el centro de atención de todos ellos, y de la mujer que permanecía detrás de la barra sirviendo.

—¿Qué quiere? —le preguntó observándolo con detenimiento mientras se acercaba a ella.

—Una jarra de cerveza.

La mujer no se demoró en atenderlo, ni mucho menos en recoger la moneda que el cliente le entregó.

—¿Algo más?

Archibald la observó con atención, cómo elevaba las cejas con expectación y apoyaba los antebrazos sobre el mostrador, juntado los pechos para llamar la atención de aquel elegante forastero sobre su escote.

—Información.

—¿De qué clase?

—Acerca del asalto a los recaudadores de impuestos. ¿Usted es Molly? Me han recomendado que pasara por aquí a beber.

Ella se incorporó con los ojos entrecerrados y una mirada intrigante. ¿Quién era aquel hombre tan elegante?, se preguntó recorriéndolo de cuerpo entero.

—Soy la mujer que busca, y quien le haya recomendado mi negocio, no se equivoca.

—En ese caso… —Cogió la jarra y bebió un buen trago—. Excelente, sí, señor. Mejor que la cerveza inglesa.

Aquel comentario levantó la suspicacia de la tal Molly y de algunos parroquianos.

—Usted no es un *sassenach*. ¿Por qué dice eso de la cerveza?

—Porque paso largas temporadas en la capital inglesa y de vez

en cuando voy a las tabernas.

—¿Quién es usted? —Molly entrecerró los ojos sin apartar su mirada de él ni de su sonrisa irónica.

—Archibald Campbell, el…

—Duque de Argyll —dijo uno de los clientes levantándose de la silla para acercarse a este y mirarlo con detenida atención.

—Ese soy.

—Lo he reconocido por el tartán de su *plaid.* —Lo señaló con un dedo—. ¿Quiere saber quién robó el dinero para los jacobitas?

—Eso he preguntado. Si alguien conoce…

—¡El mismo diablo! —expresó apuntándolo a él.

Archibald no le hizo caso pensando que estaba algo bebido.

—Dudo de que este campe por estas tierras, amigo.

—Oh, sí, ya lo creo. Yo lo vi. Y el propio Matthew me lo aseguró. Con su larga cabellera del color del fuego del infierno. No podía ocultarla por más que quisiese, amigo.

Los demás comenzaron a reír y a comentar sus palabras, tomándolo por un loco o un borracho.

—Deberías dejar de beber, Andrew —le dijo Molly saliendo de detrás del mostrador para sujetarlo, pero algo en sus palabras había captado la atención de Archibald.

—Un momento. —Se acercó a la pareja. Molly se lo llevaba fuera de la taberna, pero al escuchar la voz del duque se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Qué sucede? ¿No ve que está bebido?

—¿Qué ha querido decir con lo del diablo?

—¿No irá a decirme que cree lo que ha dicho? Usted mismo se ha burlado de ese comentario. —Molly miró con perplejidad al duque.

—Me refiero a lo que ha dicho de que llevaba una cabellera del

color del fuego. ¿Qué ha querido decir?

El hombre se soltó del agarre de Molly y se dirigió a él.

—Su pelo era fuego, y algunos mechones escapaban de su recogido por mucho que tratase de ocultarlo. Y sus ojos… Eran verdes y luminosos —le aseguró esgrimiendo un dedo ante el rostro de Archibald.

—¿Está seguro, amigo?

—No le haga caso, duque. Está borracho.

—Puede que ahora mismo lo esté, pero no cuando la vi… Ni cuando Matthew me lo dijo.

—¿Qué le dijo?

—Que después de asaltarlos, los siguieron y los vieron reunirse con el diablo y su ayudante.

—¿Y qué más le dijo?

—Nada más.

—Es mejor que te marches a dormirla —le pidió Molly poco menos que sacándolo a empellones de la taberna, mientras Archibald se quedaba inmóvil en el sitio pensando en aquellas palabras sin querer asociar la imagen del diablo con alguien que él conocía. Y aunque le parecía una completa locura…, ¿por qué no podía ser cierto?

Capítulo 10

—Espero que no le haya hecho mucho caso —le dijo Molly a Archibald regresando detrás del mostrador—. Qué diablo de cabellera rojiza de ojos verdes ni nada…

—Sin duda que si el diablo fuese tan atractivo como lo ha pintado, hasta yo me pensaría lo de venderle mi alma —ironizó Archibald haciendo que la mujer sonriera de igual modo que algunos parroquianos. ¿Qué había querido decir aquel hombre? ¿Y por qué la tal Molly se había tomado tantas molestias en sacarlo de la taberna? ¿Por qué no le daba credibilidad a sus palabras?

—No me cabe la menor duda.

—De todas formas, creo que averiguaré poco o nada acerca del asalto a los recaudadores de impuestos.

—Temo que así sea.

—En ese caso, es mejor que siga camino.

—¿Hacia dónde va? Se lo pregunto porque hay rumores acerca de que tropas inglesas van camino de Aberdeenshire.

Archibald no esperaba escuchar semejante información. Se quedó mirando a la tabernera con los ojos entrecerrados. Un

repentino escalofrío le envolvió el cuerpo.

—¿Dónde ha escuchado eso?

—Un viajero que venía de Glasgow dijo que había visto movimiento de tropas inglesas pasando cerca de Stirling. Contaba que era un tal McKay el que iba al frente y que, según comentaban los que lo había visto pasar, venían por Perth en dirección a Aberdeenshire. Buscaba cortarle el paso al vizconde.

—¿A Claverhouse?

—Sí, a él mismo. Me resulta extraño que Inglaterra haya movilizado tropas para ir en su busca.

—De Edimburgo, estoy seguro.

—Pues si tiene intención de ir hacia el norte, es posible que se encuentre con ellos.

Archibald permaneció pensativo. No había duda de que la situación se complicaba por momentos. Si su amigo Claverhouse conseguía reunir un ejército de simpatizantes de Jacobo, y se encontraba con McKay, no creía que fueran a compartir un vaso de aguardiente. Si el asunto del robo del dinero de los impuestos era importante, más lo era la situación bélica que podría darse en el país.

—Sí, tiene razón. Sería mejor marcharme y llegar cuanto antes a mi destino.

Regresaría a Dudhope para advertir a Jane y a los miembros del clan Graham acerca de lo que podría suceder. Y de paso pensaría en lo que aquel parroquiano había dicho sobre cierta persona con el cabello color del fuego.

—Ya le digo. Aunque alguien como usted no tendrá problemas si se encuentra con los ingleses. Usted pasa la mayor parte del tiempo con ellos en Londres —le recordó quitando hierro a la situación.

—Dependerá de las intenciones que traiga el general. Gracias

por la atención y la información.

—Me gustaría haberle sido de mayor ayuda…

—Descuide, ya lo ha hecho. —Archibald abandonó la taberna con cierta prisa, esperaba poder encontrar en la calle al tal Alastair para que le aclarara lo que había visto y lo que uno de los recaudadores le contó. Pero al salir y mirar a todas partes, no fue capaz de distinguirlo entre la gente. Debió haberle preguntado si sabía dónde podía encontrar al tal Matthew para que este le diera más detalles de lo sucedido. Ya que, como esperaba, nadie parecía o quería saber nada del asunto. Se subió al caballo y deambuló de allá para acá, buscándolo, hasta que la fortuna quiso aliarse con él y lo reconoció. Apretó el paso y se detuvo ante él.

El hombre levantó la mirada hacia el jinete y permaneció con los ojos entrecerrados pensando dónde lo había visto.

—¿Qué quiere?

—Que me cuente de nuevo lo de que el diablo asaltó a los recaudadores.

El hombre permaneció en silencio contemplando a Archibald como si no recordara haber dicho algo así. Pero de repente pareció venirle a la mente.

—Ah, sí. Ya me acuerdo de usted. Estaba en la taberna de Molly hace un rato.

—Sí, eso es. Y me interesaría saber qué fue lo que Matthew le contó, o mejor, ¿sabe dónde puedo encontrarlo? —Archibald le enseñó una moneda que el hombre se apresuró a coger, pero no pudo porque el Campbell fue más rápido y cerró la mano—. Primero dígame dónde puedo hallar al recaudador.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Es de vital importancia. Tal vez logre detener una guerra.

—¿Lo dice en serio?

La mirada exorbitada del hombre impactó en Archibald.

—Los ingleses están en Escocia. Avanzan hacia el norte —le confesó sin tapujos porque la situación era de emergencia.

—Malditos *sassenach*… Venga conmigo.

Archibald no lo pensó dos veces y lo siguió llevando por las bridas a su caballo. Necesitaba asegurarse de lo que aquel hombre le había contado acerca del diablo con cabello del color del fuego y ojos verdes. Un rostro bonito y hermoso. Uno que él creía reconocer.

***

El ambiente en el castillo de Duart era de extrema agitación después de conocer la noticia de que tropas inglesas se adentraban en Escocia. Y ello solo podía traer consecuencias nada provechosas para sus habitantes. El jefe de los McLean permanecía sentado con la cabeza gacha, que sacudía como si negara lo evidente. A su lado, su esposa y sus dos hijos.

—No puedo creer que después de tantos años vuelva a vivir una guerra —comentó con una voz llena de pesadumbre. La decepción se reflejaba en su rostro, como pudo percibir Eve cuando su padre lo elevó para mirarlos.

—Deja que James conduzca a los hombres del clan...

Pero las palabras de Flora, su esposa, no calaron en el pecho de John McLean como ella esperaba que hicieran.

—Soy yo quien debe dirigirlos llegado el caso. James estará a mi lado, eso sí. Y ahora, sería mejor que me marchara a hablar con los demás. Deben estar preguntándose quién era el hombre que ha venido y qué quería.

Eve vio a su padre caminar fuera del salón haciendo una señal a James para que se fuera con él.

—Me gustaría creer que al final la situación pueda arreglarse —comentó Flora mirando a Eve—. Pero temo que no será así. Claverhouse se ha encargado muy bien de alentar los ánimos de los seguidores de Jacobo.

—Si el parlamento de Londres no se hubiera empeñado en destituirlo en favor de Guillermo, a estas horas no estaríamos hablando de guerra, madre —le recordó Eve algo alterada por el desarrollo de los hechos—. Los ingleses siempre tienen que salirse con la suya. Quitan y ponen a los reyes a su antojo. Estoy segura de que Guillermo será una marioneta en manos del parlamento.

—Pero no creo que la respuesta a esa decisión sea soliviantar a los clanes y conducirlos a una nueva guerra como la que asoló Escocia hace más de cuarenta años. Entonces reinaba Carlos I y yo era una muchacha en edad de casarme con tu padre. Lo teníamos pensado cuando la guerra irrumpió primero en Inglaterra y posteriormente en Escocia. Entonces, tu padre no era el hombre que es hoy. Me refiero a que era fuerte, joven y decidido.

—No va a pasarle nada porque James y los demás miembros del clan estarán arropándolo en todo momento.

—Si al menos el duque de Argyll hubiera logrado averiguar quién robó el dinero de los impuestos… Entre unas cosas y otras, Inglaterra ha optado por tomar la decisión que ninguno queríamos.

Eve apretó los labios y asintió.

—Sé que no es lo más acertado, pero algo hay que hacer para dejar claro a Londres que no puede hacer y deshacer a su conveniencia. Y en cuanto al tema de los impuestos, estoy convencida de que fueron algunos hombres que estaban de paso por Perth —le dijo quitando hierro al asunto para que su madre no le diera más vueltas.

—Puede que tengas razón, pero ya ves las consecuencias. —

Flora McLean se apartó de su hija y salió del salón, compungida por la situación.

Eve la vio alejarse sintiéndose culpable en cierto modo por lo que ella y varios hombres del clan habían hecho en favor de la causa de Jacobo. Lo que no había podido imaginar era que Londres enviaría a Archibald a averiguar lo que había sucedido. Ni tampoco en lo que podía convertirse. No creía que haberles quitado el dinero a los recaudadores diera pie a una guerra entre ambos países. Más bien se debía a la acción de Claverhouse recorriendo las Tierras Altas con la proclama de restaurar a Jacobo en el trono.

***

Archibald encontró al recaudador como bien le había llevado Alastair. Era un hombre no muy mayor, de aspecto regio y con una mirada penetrante e intimidatoria. Vestía con ropa casual. Una camisa y el kilt con el *plaid* sujeto en la parte posterior de esta. Se fijó con atención en el duque cuando llegó en compañía de Alastair.

—¿Qué quieres? —Lo miró haciéndole un gesto con el mentón.

—Este el duque de Argyll y ha venido a que le cuentes lo que sucedió con los impuestos. Le he referido lo que tú me contaste.

El hombre dudó unos segundos. Pasó su mirada de Alastair a Archibald y asintió.

—¿Es usted Argyll, entonces?

—Lo soy. He venido desde Londres para averiguar lo sucedido y detener a los culpables.

El escocés se encogió de hombros y sonrió de manera cínica, como si en verdad no lo creyera.

—Seguro. Como las demás autoridades locales.

—¿Qué quiere decir? —Archibald frunció el ceño y entrecerró los

ojos sin entender aquella explicación.

—Ya lo ha oído. Ninguna autoridad en la zona se ha molestado en detener a los asaltantes, y mira que tanto Jaimie como yo dimos buena cuenta de lo sucedido —le dijo esgrimiendo un dedo en alto a modo de aclaración o de advertencia.

—El preboste me contó que…

—Sí, ese jacobita declarado. Como tantos otros que hay por aquí. Yo no estoy a favor de lo que Londres ha hecho, pero no ando robando la recaudación de los impuestos para luego repartirlo entre los seguidores de Jacobo.

—¿Eso fue lo que sucedió?

—Ya lo creo.

—¿Cómo sucedió? Necesito escuchárselo. —No podía creer que Eve estuviera involucrada después de la descripción que había hecho el tal Alastair de ella. ¡El diablo, la había llamado! Pensó esbozando una media sonrisa cínica.

—Nos estaban esperando, eso estaba claro. Alguien les tuvo que informar de cuál era nuestra ruta. No creo que en las casualidades —comenzó explicando mientras miraba a ambos y se frotaba el mentón—. Eran dos. Armados con pistolas, con las caras tapadas por un pañuelo y la gorra calada hasta las cejas. Solo se les distinguían los ojos. Amenazadores en todo momento.

—¿Pudieron defenderse?

—Ja, ¿qué se cree? ¿Qué uno puede hacer algo cuando lo apuntan con un arma?

—Entiendo, prosiga.

—Después de entregarles el dinero, se marcharon por el camino hacia Perth.

—¿Volvieron a verlos?

—Sí, porque decidimos seguirlos y ver hacia dónde se dirigían.

Tal vez podríamos pedir ayuda y…, bah, ¡qué más da ya! Vimos que se reunían con otros dos jinetes, también embozados con sendos pañuelos.

—¿Podría describirlos? ¿Puede decirme el color del tartán? —No quería presionarlo para que le dijera lo mismo que Alastair, quien permanecía a su lado callado y expectante en todo momento.

—Eso es algo más difícil. Lo que recuerdo es que tanto mi compañero como yo comentamos que uno de ellos nos pareció una mujer.

—¿Por qué llegaron a esa conclusión?

—Las formas de su cuerpo. Era femenino, sin duda. Luego, llevaba el cabello recogido e intentaba ocultarlo bajo la gorra. Pero entonces algunos mechones se soltaron y distinguimos el color del fuego en estos. Y su mirada… ¡No podría olvidarla nunca, aunque me lo propusiera!

Archibald contuvo la respiración durante ese momento, deseando que no le confirmara lo que ya sabía por medio del otro hombre que seguía allí.

—¿Por qué?

El hombre sonrió antes de ponerse serio y mirarlos.

—Era una mirada verde, luminosa, que parecía hechizarte, amigo. Sí, una mirada así no se puede olvidar.

—¿Se lo dije o no? —La voz de Alastair captó la atención de Archibald. No podía ser cierto lo que esas pistas le estaban indicando.

—¿Le contó lo mismo que a mí al preboste de la ciudad?

—Sin duda.

—¿Y qué le dijo?

—Que no conocía a nadie con esos rasgos en la zona. Que podrían tratarse de viajeros, salteadores de caminos que vagaban

por esta región.

—¿No le dijo que indagaría hasta encontrarla? A la mujer, me refiero.

—No. ¿Qué va a hacer usted? ¿Tratar de dar con ella?

Archibald asintió apretando los labios, haciéndose la misma pregunta. Si iba con esa historia al preboste y le confesaba que sabía quién podría estar detrás del asalto… Entonces no podría desviar la mirada hacia otra parte. Si él mismo admitía que sospechaba de Eve McLean, no tendría más remedio que preguntárselo y… detenerla. Pero ¿cómo iba a hacerlo? ¿Cómo iba a enfrentarse a ella acusándola de participar en el robo de los impuestos para el gobierno? ¿Solo con la declaración de uno de los recaudadores?

—Veré que puedo hacer. Ha sido usted muy amable. He de seguir mi camino, al parecer tropas inglesas avanzan hacia Aberdeenshire.

Aquella información dejó inmóvil al recaudador. Archibald prefería alejarse de allí cuanto antes por ambos motivos. Eve y Hugh McKay, con quien lo unía cierta amistad de Londres.

—¿Tiene que ver con el robo de los impuestos?

—Podría ser, pero no estoy seguro.

—No lograrán averiguarlo.

—¿Por qué está tan seguro?

—Esos cuatro están ocultos en algún escondrijo de las Tierras Altas; o bien algún clan amigo les ha dado cobijo.

Archibald prefirió no añadir más y se subió al caballo con el ánimo bastante tocado después de conocer la noticia. Dos personas aseguraban haber visto a una pelirroja que podía estar implicada en el robo. Y ni el preboste ni nadie más en la taberna lo habían admitido. Sabía que eso sucedería, pero no esperaba que Eve

pudiera estar medita en ello. Cabalgaría sin descanso de regreso a Dudhope para advertir a Jane de cómo marchaban las cosas, pero apostaba a que a esas horas la noticia de que tropas inglesas marchaban hacia Aberdeenshire habría corrido como la pólvora. ¡Maldito Claverhouse! Lograría que la guerra estallara. Ya tenía a McKay en suelo escocés, ¿qué sería lo siguiente?

***

Jane temía lo peor después de saber que los ingleses estaban en Escocia buscando a su marido. Se había vuelto completamente loco con su idea de restaurar a Jacobo en el trono. Y nada bueno podría sacarse de todo ello.

—Señora, es usted la que manda en Dudhope en estos momentos, y según las noticias de que los ingleses avanzan hacia la región de Aberdeen…

—Sí, sí. Entiendo lo que quieres decirme.

—Los hombres están dispuestos a defender el castillo si las tropas inglesas vienen con intención de tomarlo.

—Confío en que no haga falta. Pero avisa a todos para que estén alerta ante esa posibilidad.

El hombre asintió en silencio y abandonó el salón dejándola a solas de nuevo con sus temores ante una más que posible guerra.

***

Archibald emprendió el camino de regreso a Dudhope. Quería llegar lo más temprano posible para poner sobre aviso a Jane. Y saber qué decisión iba a tomar el clan Graham. Con Claverhouse recorriendo las Tierras Altas en busca de apoyos a Jacobo, ella era la autoridad en el castillo y tendría que decidir qué hacer.

No le había hecho nada de gracia el giro que estaban dando los acontecimientos. Pensar en Eve como una de las partícipes en el robo de los impuestos era algo que no podía digerir bajo ningún concepto. Si era cierto, ¿cómo demonios se le había ocurrido semejante disparate? Una cosa era apoyar al rey en su exilio, a la casa real Estuardo, pero siempre desde la legalidad, ¡por San Andrés! Y para complicar más todavía la situación, el general McKay se adentraba en territorio escocés al frente de un batallón de soldados procedentes de la capital. Si el destino quería ser caprichoso y hacía que se cruzara con Claverhouse, las consecuencias podrían ser desastrosas para todos. Según le había comentado la tabernera Molly, el general inglés se dirigía a Aberdeenshire, esa región estaba de camino a Dundee, luego apretaría el galope de su caballo e intentaría interceptarlos.

***

Eve permanecía pensativa. Le daba vueltas en su cabeza a si ella había sido la causante de aquella reacción del gobierno inglés, por el hecho de haber robado los impuestos a los recaudadores. No creía que algo así pudiera desencadenar en una nueva guerra entre ambas naciones y en suelo escocés. Y luego estaba Archibald, buscándola. Sí, intentando averiguar quiénes estaban detrás de aquella acción. Solo que él desconocía que ella había sido la instigadora de tal acto. ¿Qué haría si llegase a saberlo? ¿La entregaría a los ingleses para que la juzgaran? Sonrió con ironía ante esa posibilidad. No lo creía después de sus últimos encuentros. En especial el último, cuando Archibald le confesó que, de no ostentar el título de duque de Argyll, o ser el jefe del clan más influyente y poderoso de Escocia, proclamaría a Jacobo Estuardo como rey y lo

defendería sin paliativos. Pero estaba la política por medio y debía mantener las formas. No podía instigar a los clanes a la rebelión contra Londres por mucho que lo quisiera. Tenía una responsabilidad y una imagen que salvaguardar, lo que la llevó a pensar cuál de las dos versiones del duque prevalecería si tuviera que decidir qué hacer con ella en el supuesto de que averiguase lo que había sucedido con los recaudadores.

—¿Estás aquí?

La voz de James McLean hizo que sus pensamientos se evaporaran. Eve inspiró hondo e intentó poner la mejor de sus expresiones.

—¿Qué ha dicho padre?

—Que nos preparemos para el peor escenario.

—Ya...

—Presumo por la expresión de tu rostro y tu silencio que no apruebas lo que está pasando.

—Una guerra no trae nada bueno.

—Pero tú hablabas no hace mucho de restaurar a Jacobo en el trono. De ir en contra del parlamento de Londres. Echabas en cara que Argyll no consiguiera ningún beneficio para esta nación.

Eve asintió.

—Sí, así es. Y sigo creyendo que debemos hacer algo más de presión en Londres para reclamar para Escocia lo que es justo.

—Pero no parece que se den por enterados. Ya escuchaste al Campbell la mañana de la reunión en Lochaber.

—Sí, lo recuerdo —asintió volviendo el rostro hacia la ventana por la que miraba el exterior en un intento por mantener la mente en blanco.

—Entonces poco se puede hacer. Claverhouse está recorriendo las Tierras Altas en busca de apoyos para formar un ejército que se

enfrente al general McKay llegado el caso. Esperemos contar con suficientes hombres. Si los Campbell están de nuestro lado, ganaremos muchos enteros.

—Eso aseguró. Si es un hombre de palabra, no vacilará en cumplirla y reunir a todo el clan Campbell y a los que derivan de este —le dijo con seguridad y aparente frialdad, mientras en su interior era consciente de que no lo sentía. De que el haber conversado con él las ocasiones en las que se habían visto, le había hecho ver las cosas desde otra perspectiva. No entendía cómo era posible que pudiera pasar de la frialdad más extrema con él, a temer por su vida si se veía metido de lleno en una guerra.

—Yo también lo espero. ¿Cómo han ido vuestros encuentros? Y no me digas que no lo has visto ni nada por el estilo porque la otra noche en tu cumpleaños alguien os vio charlar fuera de estos muros —le confesó señalando las paredes del salón y esgrimiendo una sonrisa pícara.

Eve frunció los labios y encogió sus hombros aparentando cierta falta de interés.

—Normales.

—¿Solo… normales? ¿A qué te refieres?

¿Qué pretendía averiguar su hermano con aquellas preguntas? ¿O qué sabía? Si alguien le había dicho que la vieron a ella y a Archibald permanecer fuera del castillo…

—Hablamos de la situación política actual. De su misión aquí en Escocia. Y de lo que podía o no podía suceder. No hubo nada personal, si es lo que te estás planteando. —Entornó la mirada hacia su hermano con toda intención para dejarle claro que no habían hablado del pasado. Lo comentado por él quedaba únicamente para ella.

—Entiendo.

—Como puedes comprender, no me hace la menor gracia recordar lo sucedido con él en el pasado. Ni tampoco creo que a Archibald se lo parezca.

—Pensaba que tal vez te hubiera dado alguna explicación del motivo por el cual no regresó a cumplir lo que te prometió.

—Ni lo ha hecho ni tampoco creo que lo vaya a hacer a estas alturas. De todas formas, ¿qué importancia tendría? —Miró a su hermano con los ojos abiertos hasta el máximo y las cejas elevadas.

James apretó los labios y asintió en silencio para luego añadir:

—Tienes toda la razón. No tendría mucho sentido después del tiempo transcurrido.

—Pues eso…

—Te dejo a solas de nuevo. Voy a ver qué es lo que quiere nuestro padre.

Eve no añadió nada y contempló marcharse a su hermano. A solas, volvió a pensar en Archibald Campbell. No quería saber por qué no había regresado. Si había conocido a una dama inglesa que lo cautivó. O bien si se había dado cuenta de que había cometido una estupidez con ella, que ni siquiera estaba enamorado como para casarse. Infinidad de explicaciones a cuál más alocada ocuparon su mente obligándola a cerrar los ojos al mismo tiempo que las manos, sintiendo como las uñas se le clavaban en las palmas. Solo parecía tener algo en claro, algo que no esperaba admitir en ese momento: su corazón seguía perteneciéndole por mucho que ella se empeñara en que pareciera un témpano de hielo.

Capítulo 11

Archibald se acercaba a Dundee cuando de repente varios soldados lo obligaron a detenerse apuntándole con sus bayonetas.

—¡Alto! Desmonte. ¿Quién es y qué hace por estos lugares?

—Soy el duque de Argyll. Voy camino del castillo de Dudhope. ¿Está el general McKay con ustedes?

—¿Cómo sabemos que no es usted un espía de los jacobitas?

—Me he presentado como el duque de Argyll, la máxima autoridad de Escocia en el parlamento de Londres. Jefe del clan Campbell. Lléveme ante su general y la cuestión quedará resuelta. Ambos nos conocemos.

—Sin duda que lo llevaremos. Síganos.

—Perfecto.

—Deje el caballo. Mi compañero se ocupará de este.

Archibald acompañó al soldado al lugar donde acampaba el ejército del general McKay. La fortuna le había sonreído al encontrarlos porque, de esa manera, podría intentar averiguar qué se proponía. Aunque a juzgar por el despliegue de sus tropas, nada bueno.

Hugh McKay permanecía hablando con varios soldados cuando de repente se detuvo y al levantar la mirada reconoció a Archibald acercarse acompañado de un soldado.

—Qué sorpresa. El duque de Argyll en persona en mi campamento —dijo extendiendo el brazo para estrecharle la mano—. ¿Qué lo trae por aquí?

—Iba camino del castillo de Dudhope cuando me he tropezado con sus centinelas.

—Uno tiene que ser precavido en estos tiempos y estos parajes —explicó adoptando un tono irónico—. Imagino que ya conocerá las noticias.

—Algunas. No todas.

—Bien, Graham de Claverhouse pretende tomar el castillo de Blair. Según parece, cuenta con un gran número de seguidores de los Estuardo dispuestos a devolver a Jacobo al trono. No parece que su presencia en su país haya servido de mucho.

Archibald frunció los labios ante el discurso de McKay.

—He hecho lo que se me pidió. Venir a mi tierra e intentar hacerles ver a los clanes que Guillermo de Orange podía ser tan buen monarca como su suegro Jacobo.

—Pero no lo ha conseguido a juzgar por los movimientos de Claverhouse. Londres ha tomado una decisión, y es la de reprender estos actos que no hacen sino entorpecer las relaciones entre ambas naciones.

—Hablé con él y le expuse cuál era la situación a la que se enfrentaría si los clanes se levantaban en armas contra Inglaterra.

—Pues para ser su amigo no parece tenerle en buen aprecio, puesto que no ha seguido su consejo.

—Claverhouse es un loco que conducirá a los clanes al desastre.

—Ya, ¿qué me dice de los culpables del robo de los impuestos?

¿Ha averiguado algo?

—Venía precisamente de ello.

—En ese caso… —McKay lo señaló con la mano abierta y la palma hacia arriba, instándolo a continuar.

—Según uno de ellos, eran dos hombres que llevaban cubiertos los rostros. Los amenazaron con sus pistolas y les robaron el dinero. Posteriormente, creyeron reconocerlos cuando se detuvieron a hablar con otros dos.

—¿Por qué dice eso?

—Los siguieron para saber dónde iban y quiénes eran.

—¿Y lograron identificar a qué clan escocés pertenecían?

—No.

—Lástima. —McKay chasqueó la lengua con toda intención—. ¿Y en qué situación lo deja, duque? No ha conseguido aplacar el sentimiento jacobita ni ha logrado averiguar quiénes están detrás del asalto a los recaudadores.

—Debería saber que, en estas regiones, la gente es muy cerrada. No habla con extraños.

—Pero usted no lo es en su propia tierra, duque…

—Muchos me consideran como tal debido al tiempo que permanezco en Londres.

—Sin embargo, es el representante político de Escocia en el parlamento. Es de entender que tenga que pasar tiempo en la capital inglesa, de otro modo, ¿cómo podría defender los derechos y acatar las obligaciones de Escocia?

—Cierto, y yo le repito que las gentes de la Tierras Altas son muy suyas. No delatarán a quienes robaron el dinero. En estas regiones las cosas funcionan de otra manera, como descubrirá —le dejó claro con un tono serió y algo frío al tiempo que le sostenía la mirada como si lo estuviese retando.

En ese instante, la imagen de Eve pasó por su mente. No. No iba a delatarla, aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Ni la sacrificaría por evitar una guerra. Ella era intocable. Innegociable. Por ese motivo no se la había mencionado al general y le dio pistas vagas de lo sucedido.

—En ese caso, tendremos que hacerles ver a estas gentes que no se puede robar el dinero de los impuestos y salir impune.

—Provocará más ira y rechazo hacia lo inglés. Y levantará en armas no solo a los clanes de las Tierras Altas, sino a muchos otros del resto del país.

—Le recuerdo que han sido los ladrones y el propio Claverhouse con sus actos. No el parlamento inglés, ni su monarca, ni mucho menos yo. Soy un soldado que se limita a acatar las órdenes que se me transmiten, al igual que usted al venir aquí a petición del parlamento de Londres. Y ahora dígame, ¿qué postura tomarán los Campbell?

—Aquella que más beneficie al clan.

—¿Entrar en la lucha?

A Archibald no le hizo gracia la cara que puso McKay. Una mezcla de soberbia, ironía y cierta amenaza.

—No he venido a Escocia a organizar una guerra ni a fomentar la de otros. Abogo por la paz entre ambos países. Creo que mi postura ha quedado siempre clara en el parlamento. Y ahora, si me disculpa, general. Me gustaría seguir mi camino e intentar aplacar los ánimos de algunos clanes. No todos han apoyado a Claverhouse, pero vuestra presencia podría inclinar la balanza hacia ese lado. No sé si me entiende.

El general McKay asintió convencido de que así era. Y de que, después de todo, el duque era un hombre de palabra y de honor.

—Márchese e intente que no se sumen más hombres a las tropas

de Claverhouse. Por el bien de este y de Escocia.

Archibald asintió y se volvió para regresar por el camino que había sido conducido. Recuperó su caballo y emprendió el viaje con una sola intención en su cabeza: llegar a Dudhope y poner al corriente a Jane. Las locuras de su esposo podían salirle caras, no solo al país, sino a su esposa. Y en cuanto a Eve… Apretó los dientes y obligó al caballo a galopar por los senderos abiertos en los bosques, esquivando las ramas más bajas que amenazaban con golpearlo. Había tenido que mentir a McKay acerca de la identidad de uno de los asaltantes. Hubiera sido sencillo contarle que uno de estos era una mujer con el cabello del color del fuego y los ojos verdes como las laderas y los valles de aquellas regiones. Eve era como la flor de Escocia. Hermosa, pero con púas. ¿Cómo reaccionaría cuando él la hiciera partícipe de lo que sabía?

***

Cuando el hombre anunció a Jane la llegada de Archibald Campbell, esta pareció algo más aliviada. Al menos tenía a su gran amigo a su lado para afrontar aquella situación tan comprometida.

—He venido lo más deprisa que he podido en cuanto escuché los comentarios que circulaban en Perth, Jane.

—Archibald, la guerra es un hecho consumado a estas horas. Dicen que el ejército inglés viene hacia aquí.

—Así es. Lo he visto cuando abandoné Perth.

—¡¿Lo has visto?!

Archibald no pudo soportar la expresión de temor que se dibujó en el rostro de la esposa de su mejor amigo.

—Me dieron el alto y me condujeron hasta el general McKay. Lo conozco de Londres. Al parecer allí están algo molestos y

preocupados por los últimos acontecimientos que se han producido aquí. El robo de los impuestos y Graham recorriendo las Tierras Altas buscando apoyos para restaurar a Jacobo. Lo consideran un acto de rebeldía que debe ser castigado.

—Y por ello envían al ejército…

—Sí. No quieren dar señales de debilidad en estos momentos tan convulsos. Con Jacobo en Francia, y Guillermo en el palacio de Whitehall, el parlamento no quiere que la situación se le vaya de las manos. Si al menos Graham me hubiera escuchado…

—No. No te culpes, Archibald. Él es así. Impetuoso, valiente y decidido hasta extremos insospechados. Temo que, si estalla la guerra, él… no regrese —le confesó con una tímida sonrisa y un gesto de dolor.

—No digas eso, Jane. No todo está perdido.

—Lo está, aunque tú pretendas hacerme ver lo opuesto. Si Graham no cae en alguna batalla, lo apresarán, lo juzgarán y lo ejecutarán por traidor a la corona —le aseguró bajando el tono y la mirada hasta dejarla fija en el vacío del salón.

Archibald respetó ese momento de silencio de ella. Tenía razón, pero él no podía quitársela porque así era. Si Claverhouse no caía en la batalla y caía en manos de los ingleses, lo ahorcarían por traidor. No sabía qué más podía decirle porque era verdad. ¡Graham y su maldita locura de restaurar a Jacobo por las armas! Lo que iba a conseguir era la derrota y la humillación para Escocia.

No hizo falta que él partiera en busca de Eve para averiguar qué sabía del asalto, aunque suponía que le daría largas. La vieron llegar sobre su caballo acompañada de otro miembro del clan McLean. Suponía que vendría a visitar a Jane para saber cómo se encontraba, ya que nadie era ajeno a las noticias que circulaban por la región.

—Eve viene a vernos —dijo Jane que había salido de la casa

cuando escuchó el sonido de caballos y las voces.

La pelirroja de los McLean se quedó pálida en lo alto de su montura cuando se percató de la presencia de Archibald Campbell allí de pie, al lado de su amiga. Se enderezó un segundo como si quisiera dejar claro que no le temía. Luego se apeó pasando las riendas por la cabeza del animal para entregárselo a su acompañante. Contempló al duque con semblante relajado, no tenía por qué mostrarle respeto ni miedo porque hubiera escuchado que estaba investigando el asunto del robo de impuestos. Se apresuró hacia Jane porque se hacía una idea de cómo lo debía estar pasando con las noticias que circulaban acerca del regimiento de ingleses al mando del general McKay camino de Aberdeen.

—Querida, ¿cómo te encuentras? —le preguntó aferrándose a sus manos como muestra de cariño y mirándola de frente.

—Preocupada por lo que está sucediendo. Archibald me estaba contando que se ha encontrado con el regimiento inglés que marcha en busca de Claverhouse y los seguidores del Estuardo.

Él no hizo ningún comentario al respecto, sino que se limitó a mover sus cejas y no apartar la mirada de Eve. Le sorprendió y mucho encontrarla tan bonita con el pelo sujeto de una manera improvisada; o tal vez el hecho de que algunos cabellos estuvieran sueltos aquí y allá se debía a trasiego del viaje desde su casa hasta allí. Su mirada brillaba en demasía, pero mostraba un toque de cierta cautela cuando lo miró. Se sentía raro teniéndola allí y pensando en que fuera partícipe del robo del dinero de los impuestos. ¿Podría haberse equivocado el recaudador cuando se fijó en ella?

Eve controlaba de reojo los movimientos del Campbell. No sabía a qué venía pensar que él pudiera relacionarla con los recaudadores; de todas formas, si se mostraba inquieta o dudaba, él acabaría

sospechando de ella.

—Vamos dentro. Espero que te quedes unos días, Eve.

La invitación de Jane satisfizo a Archibald porque, si aceptaba, él tendría más tiempo para averiguar si estaba metida en aquel lío.

—Eres muy amable, Jane…

—Me vendría bien tu compañía.

—No pretendo ser una molestia.

—No, no lo eres.

—Pero ya tienes a Archibald —le dijo haciendo un gesto con la mano hacia este, pero sin mirarlo de frente.

—Pero él está más pendiente de lo que sucede en la región que de hacerme compañía. Y, además, aunque Claverhouse le pidiera que se quedase aquí, soy consciente de que en ocasiones debo aburrirlo con mi conversación —le aseguró mirando a Archibald con una sonrisa de cariño.

—Nada más lejos de la realidad, mi querida Jane.

—Pero admite que el estar aquí en Dudhope te aparta de tus obligaciones. Tal vez quisieras ir a tu casa en Inveraray.

—Descuida. Mi casa está bien atendida. Y eres tú la que necesitas compañía. Estoy seguro de que Eve no vacilará en proporcionártela —le aseguró contemplándola de frente por primera vez desde que había llegado. Sus ojos y su tímida sonrisa lo cautivaron de nuevo.

«Ni si quiera el mismo el diablo podría ser tan hermoso», pensó recordando las palabras de aquel tipo de Perth.

—Ya que parece que estoy en inferioridad…

—Nos vendrá bien el que pases aquí unos días. Puedes enviar a tu hombre de regreso a Duart para avisar que te quedas.

—Sí, es mejor que lo haga. De ese modo mi madre se quedará más tranquila con todo el revuelo que se ha armado.

La vieron alejarse e intercambiar algunas palabras con su acompañante. Jane sonreía dichosa ante la nueva perspectiva que se abría desde ese día, pese a toda su preocupación por su esposo Claverhouse.

—Espero que termines de limar tus diferencias con ella.

Archibald se sobresaltó al escuchar aquella petición y miró contrariado a Jane mientras ella se mostraba sonriente.

—Y yo confío en que no le hayas hecho la invitación porque estoy yo alojado en la casa.

La sospecha de la duda le hizo fruncir el ceño. Sin duda que le venía bien que Eve McLean estuviese allí porque le permitiría indagar si era culpable del asalto a los recaudadores. Nada más. No se le había pasado por la cabeza acercarse a ella, como parecía sugerirle Jane.

Esta se limitó a contemplar a su amigo con cariño. Le palmeó el antebrazo y se acercó.

—Lo has hecho tú solo por tu manera de mirarla.

Archibald iba a responder a ese comentario cuando su atención se centró en Eve que regresaba al lado de ellos.

—No tengo nada que ponerme.

—Por eso no debes preocuparte, ya que poseo ropa de sobra. Entremos en la casa para que te diga cuál será tu habitación.

Eve lanzó una última mirada de refilón a Archibald antes de adentrarse en Dudhope, dejándolo solo afuera. Permaneció en el sitio un buen rato, dándole vueltas en la cabeza a todo lo que estaba sucediendo. Aunque una parte de él celebraba que ella permaneciese en Dudhope porque le permitiría aclarar el asunto que lo había llevado allí, también su cercanía lo inquietaba hasta el punto de no estar seguro de si debería dejarlo pasar e irse a Inveraray como le había sugerido Jane.

—Espera —le dijo al hombre de los McLean.

—¿Qué quiere, Campbell?

—¿Cómo marchan las cosas por Duart? ¿Qué piensan hacer los McLean?

El hombre se pasó la mano por el mentón sin afeitar y sacudió la cabeza.

—El jefe ha ordenado que todos los hombres del clan estemos preparados para la batalla. No augura nada bueno. La señora de Dudhope ha tenido una muy buena ocurrencia al pedirle a Eve que se quede aquí.

—Entiendo… —Archibald entrecerró los ojos y apretó los labios, consciente del peligro que podía correr Eve si permanecía en el castillo de Duart—. No descartaría que empuñe una claymore y lance a los hombres a la carga.

—Es capaz de eso y de más. En fin, espero verlo pronto, Campbell, si la cosa se pone fea por aquí. —El hombre subió al caballo y, sin decir más, emprendió el camino de regreso al castillo de Duart.

Archibald pensó en lo que aquel tipo le había confirmado. Eve era capaz de meterse en medio de la batalla para defender los intereses de Jacobo Estuardo. Y él también la creía capaz de participar en el robo de los impuestos. Apretó los labios y cerró la mano hasta formar un puño, sintiendo como se le clavaban las uñas en la palma.

Apenas si la había visto durante la tarde porque estuvo haciendo compañía a Jane mientras él se acercaba a Dundee a recabar información sobre la marcha del ejército del general McKay. Necesitaba salir de allí y despejarse. Ya llegaría el momento de hablar con Eve e intentar sonsacarle la verdad de lo ocurrido.

Esta permanecía con Jane charlando del devenir de los últimos

acontecimientos. La sombra de la guerra era cada vez más grande. Tanto que ya era más una realidad que una posibilidad.

—Estás preocupada por Graham —le comentó Eve en un determinado momento.

—Mentiría si te dijera lo contrario. O si me mostrara fuerte y despreocupada. Soy consciente del peligro que corre en su alocada tarea de recabar apoyos entre los clanes de las Tierras Altas para restituir a Jacobo en el trono. Ese afán ha hecho que el ejército inglés esté ya en Escocia, buscándolo.

—Tal vez, si nuestros representantes en el parlamento londinense hubieran hecho más fuerza, más oposición a esa propuesta…

—¿Y qué querías que hicieran cuando son una minoría con respecto a los propios ingleses? —Jane mostró su sinceridad con cierta ironía ante la sugerencia de su amiga—. No, Eve, no creas que se ha tratado de una cuestión de hacer más o menos fuerza. Se ha tratado de una cuestión de número de parlamentarios.

Ella torció el gesto decepcionada con la explicación.

—No obstante, algo más podría haber hecho Archibald… ¿No crees?

Jane sonrió tímida cuando se dio cuenta de que Eve no había empleado el nombre del clan de este o su título para referirse a él, sino que lo había llamado por su nombre. ¿Qué había cambiado entre ellos? E incluso no se había referido a este con desdén como el día que supo de su llegada a Duart.

—¿Y tú? —Percibió el cambio de expresión en Eve porque sin duda que no sabía a qué se refería.

—¿Qué quieres decir?

—¿Crees que podría haber hecho más?

Eve entreabrió los labios y dejó escapar un leve jadeo, sin saber

qué responder. Luego sonrió y sacudió la cabeza.

—Me temo que no.

—¿Qué tal os lleváis? La otra noche, cuando estuvimos en Duart por tu cumpleaños, tuve la impresión de que algo mejor.

—Sí, es cierto. Estuvimos hablando y me contó algunas cosas interesantes. Nada más.

—Espero que después de todo podáis acabar llevándoos bien. —Jane entornó su mirada hacia Eve con cuidado. No quería que esta sospechase que ella tenía algún interés personal en volver a verlos juntos. Los sentimientos no dependían de ella, aunque reconocía que la providencia había actuado a su favor al hacer que su amiga se presentara allí. Eso le había dado la opción de ser algo entrometida y propiciar un encuentro entre ambos. Le gustaría que Archibald encontrara una compañera idónea para él. Y Eve lo era.

***

Archibald llegó a Dundee para recabar información sobre el avance de McKay, y se vio sorprendido cuando algunos hombres de su propio clan le informaron.

—Han pasado en dirección a Dunkeld.

—¿Por qué desviarse del camino? Dijeron que avanzaban hacia Aberdeenshire —comentó Archibald confuso por ese cambio del general inglés.

—Al parecer quiere llegar al castillo de Blair antes de que lo haga Claverhouse. Este avanza por las tierras de Atholl alistando hombres de los diferentes clanes que se encuentra.

—Ambos buscan ocupar el castillo.

—Sin duda, y el primero que lo haga habrá ganado mucho a su favor, teniendo en cuenta el paso que divide la región.

—Sí. Killiecrankie. Va desde el sur del castillo de Blair hacia Pitlochry en la región de Perth. Un paso estrecho y perfecto para una emboscada.

—Una ratonera para el que lo pase el último.

Archibald comprendió la jugada que ambos pretendían. El primero que llegara a Blair tendría la ventaja del paso. Podría apostar sus hombres en lo alto de este y aguardar con paciencia al otro.

—¿Qué haremos? ¿Pelear?

La pregunta del hombre alertó al Campbell. Había dado su palabra de que el clan pelearía por Jacobo, pero no estaba claro que fueran a vencer. La estrategia de Claverhouse era muy arriesgada y, si McKay lograba llegar primero al paso, vencería sin duda alguna. Archibald no iba a comprometer a su clan en algo que estaba destinado al fracaso desde el inicio.

—Yo tengo que seguir indagando quién está detrás del robo de los impuestos. Es la orden que me dio el parlamento. No obstante, trataré por todos los medios de impedir que Claverhouse cometa un error. Reúne hombres y acude a Dudhope a buscarme. Partiremos de inmediato hacia el paso de Killiecrankie —le ordenó subiendo a su caballo para galopar de regreso a la casa. Intentaría salvar a su amigo de la más que posible derrota. Si no podían vencer a McKay, al menos trataría de que Claverhouse no muriese. *Eve deberá esperar a después de lo que ocurra en Killiecrankie*, se dijo galopando de regreso a Dudhope.

Cuando ambas mujeres lo vieron llegar y observaron la expresión de su rostro, supieron que las cosas no iban bien.

—¿Qué sucede, Archibald? —Jane se abalanzó poco menos hacia este sujetándolo por los brazos con una expresión de temor.

—Mis hombres vendrán a buscarme.

—¿Para qué?

—Marchamos hacia el castillo de Blair o, en su defecto, hacia el paso de Killiecrankie. Graham quiere tomar el castillo por el sur, desde las tierras de Atholl. Y MacKay está camino de Dunkeld. El primero que llegue allí aguardará al otro, que tendrá que cruzar ese paso.

—Y le tenderá una emboscada —dedujo Jane—. Pero…

—Marcharé a avisar a Graham. Le contaré la posición que pretende ocupar McKay. He de evitar que nada malo le suceda.

—¿Y tú? —le preguntó mirándolo con el ceño fruncido, sin poder creer sus palabras.

—¿Yo? —le preguntó sin entenderla.

—Podrías resultar herido o, tal vez…, muerto.

—¿Qué importa? Yo no tengo a nadie que me espere, ya lo sabes. Si caigo, otro ocupará mi lugar al frente de los Campbell. Pero él te tiene a ti, Jane.

Aquella confesión hizo palidecer a Eve. Sintió un escalofrío reptando por su espalda hasta erizarle el cabello. ¿Qué diablos pretendía ese loco? ¿Iba a dejarse matar por los ingleses?, pensó viéndolo ir en busca de sus armas. Percibió la mirada de Jane y como esta parecía decirle que podía ser la última vez que lo viese.

En un gesto inesperado, Eve cogió la tela de su *kilt* entre los dedos y salió detrás de él con el corazón palpitando desaforado.

Archibald se volvió de manera brusca y rápida cuando terminó de ajustarse la pistola y cogió la claymore en una mano, sin esperar encontrarla allí, en el umbral de la puerta de su habitación. Sonrió con timidez al fijarse en el brillo hechizante de sus ojos, sus labios entreabiertos y una expresión de preocupación que no esperaba encontrar.

—Tendrás cuidado… —Entornó la mirada hacia él y pronunció

aquellas palabras en un susurro. Se retorcía las manos, fruto de los nervios que experimentaba.

—Claro que lo tendré.

—Me gustaría que regresases aquí una vez que todo haya terminado. Antes le has dicho a Jane que Graham la tiene a ella…

Archibald avanzó con paso lento, sin perder de vista su rostro. Deslizó la mano bajó su mentón y la pasó el pulgar por este.

—No logro entender por qué no volví a por ti, Eve. Si supieras las veces que me lo repetí. Las veces que me maldije por estúpido. Siempre había algo que me lo impedía. Y con el paso del tiempo me convencí a mí mismo de que ya no tenía sentido hacerlo. Me decía que te habrías hartado de esperarme y te habrías casado para formar tu propia familia.

Eve sacudió la cabeza al escucharlo.

—No podía hacerlo, Archibald. Estaba enamorada de ti.

Él endureció el gesto. Hablaba en pasado. Uno que él había sacrificado. Le dolían aquellas palabras porque él todavía la seguía queriendo. De manera que no quiso prolongar más aquel momento.

—Es mejor que me marche. Los hombres estarán al llegar. Y no podemos perder tiempo si queremos avisar a Claverhouse.

Pasó por el lado de ella rozándola lo justo. No volvió la mirada, sino que prefirió seguir avanzando hacia la salida donde lo aguardaba Jane.

—Prométeme que tendrás cuidado, Archibald.

—Lo haré.

Un grupo de cincuenta hombres de clanes afines al Campbell aguardaban armados para emprender el camino. Archibald subió al caballo y lanzó una última mirada buscando a Eve. Pero, al parecer, ella había preferido quedarse dentro de la casa que salir a verlo marcharse. Archibald sonrió con desgana. Sin duda era lo más

acertado. ¿Por qué debería hacerlo si había dejado de quererlo? Espoleó su caballo mirando a los hombres.

—En marcha. No perdamos tiempo.

Eve prefirió no salir a despedirlo. No quería pasar un mal trago. Toda su frialdad, su desdén y casi odio hacia el Campbell se habían ido difuminando con el paso de los días desde que lo volvió a ver. ¡Qué equivocaba estaba cuando se decía que no quería saber de él! ¡Que no le importaba lo que pudiera sucederle! En ese momento comprendió cuánto le dolería perderlo para siempre.

Capítulo 12

Eve, inmóvil en el salón junto a la ventana, a través del cristal, veía como Archibald se alejaba junto a un nutrido grupo de hombres del clan Campbell y de los clanes emparentados con este. Apretó los dientes y cerró las manos con fuerza. Estaba furiosa consigo misma porque no quería experimentar ese vacío que la inundaba. No pensó que la marcha de él pudiera afectarle tanto. ¿Dónde diablos se habían quedado su desdén y su frialdad con él? Con el hombre que le había prometido matrimonio antes de marcharse a Londres y que no volvió para cumplirlo.

Jane regresó al interior de Dudhope y se detuvo de manera abrupta en la entrada del salón cuando vio a Eve con la frente apoyada contra el cristal de la ventana y los ojos cerrados. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué no había salido fuera a despedirse de Archibald? Se preguntó caminando hacia ella con los ojos entrecerrados como si estuviese tratando de averiguar el motivo.

Eve se enderezó observando como los hombres se convertían en un punto en la lejanía. Se apartó de la ventana con un suspiro, pero se sobresaltó al encontrarse con Jane observándola desde el umbral

de la puerta.

—¿Te he asustado?

—Es que… no esperaba que estuvieses ahí…

—¿Por qué no has acudido a despedir a Archibald y a los hombres?

Eve entrelazó las manos, fruto de los nervios, y bajó la mirada al suelo. Sacudió la cabeza.

—Ya lo hice antes…

Jane arqueó una ceja con cierta suspicacia. Creía que había algo más que su amiga le estaba ocultando. ¿Era por miedo a mostrar sus verdaderos sentimientos hacia él? El regreso de Archibald Campbell había sacudido la placentera vida de Eve McLean hasta los cimientos.

—¿Sucede algo? Te noto taciturna, callada, como si la marcha de Archibald te estuviese afectando de manera emocional.

Eve levantó la vista hacia su amiga y permaneció contemplándola durante unos segundos en los que se preguntaba si ella intuía algo.

—¿Por qué debería? No creo que sienta por él nada más que…

—¿Estás segura?

Aquella interrupción sacudió a Eve. Sintió el calor agobiante apoderándose de su ser. Volvió a sacudir la cabeza en repetidas ocasiones negando aquella pregunta o, más bien, la respuesta a esta.

Jane la vio vacilar, moverse de un lado para otro por el salón. Darle la espalda en todo momento como si en verdad no quisiera que ella fuera testigo de sus emociones. Jane, por su parte, sonreía al comprender que sus sospechas se confirmaban.

—No lo sé —le respondió girándose con una expresión de duda y desconcierto.

—Su inesperado regreso te ha afectado —le aseguró viéndola asentir—. Pero lo que más te está afectando, y me atrevo a decirte, es descubrir que, a pesar de todo lo que sucedió entre vosotros en el pasado, tú lo sigues amando.

Eve entreabrió los labios para coger aire porque aquella afirmación tan concluyente por parte de Jane se lo había robado. Tenía la impresión de que podía ahogarse de un momento a otro.

—No entiendo por qué diablos me siento de este modo, Jane.

—¿Cómo?

—Oh, vamos… ¿Crees que no he sentido pavor ante la posibilidad de que Archibald no regrese? ¿Qué no he deseado abrazarlo y dejar que me besara? Decirle que… —Se quedó en silencio cuando pensó en que le había gustado decirle aquello mismo que su amiga acababa de referirle.

—¿Y por qué no lo has hecho? ¿Qué te lo ha impedido? Estoy segura de que a él le habría encantado que mostraras algo de cariño si en verdad sigues sintiendo algo por él.

—El orgullo, amiga —le respondió con total franqueza, mirándola de manera directa—. El no querer reconocer que sigo enamorada de él. Que a pesar del tiempo y de lo que yo me decía, no he dejado nunca de quererlo y que tal vez por ese motivo… me haya encerrado en mí misma sin querer saber nada de otras proposiciones.

—Un momento, ¿no estarás diciéndome que no te has casado en estos años…? —Jane no podía creer que su amiga hubiera sido la que había rechazado las propuestas, cuando ella había creído que en realidad nadie quería casarse con una mujer a la que el Campbell había rechazado de plano con su no regreso a Escocia tachándola de solterona.

—¿Y qué importa ya si así ha sido? —Eve se mostró rabiosa con esa explicación.

—Pero me hiciste creer que ningún hombre había querido cortejarte, Eve. ¿Por qué no me contaste la verdad?

—Porque no quería que me tacharas de ilusa, romántica y soñadora.

—Nunca lo habría hecho, amiga. —Le cogió las manos entre las suyas para acariciarlas, demostrándole su cariño y comprensión—. ¿Por qué no se lo has contado a Archibald? Estoy segura de que te habría acogido con los brazos abiertos…

El rostro de Eve se endureció en ese momento por lo que iba a confesarle a Jane.

—No podía.

—No lo entiendo, si él…

—Yo participé en el robo de los impuestos a los recaudadores.

Aquella confesión dejó a Jane inmóvil al mismo tiempo que sentía un escalofrío reptando por su espalda hasta perderse bajo sus cabellos. Abrió los ojos al máximo de su expresión mirando a su amiga sin terminar de creerle. Pero algo en la expresión de esta le aseguró que así era. Que no le estaba mintiendo como en el caso de las propuestas de matrimonio.

—Eve… ¿Cómo… cómo has podido…? —Jadeó y parpadeó repetidas veces al tiempo que se sentaba porque pensaba que la emoción de conocer la noticia iba a hacerla desvanecerse de un momento a otro. Permaneció con la mirada perdida en el vacío.

—Necesitamos que Jacobo vuelva a sentarse en el trono de Inglaterra.

—Pero robar el dinero de los impuestos… ¿Qué locura has cometido, Eve?

—Me estoy dando cuenta de ello con el paso de los días, Jane. Me dejé llevar por mi sentimiento nacionalista escocés. Desde la cuna siempre hemos sido leales seguidores de la casa Estuardo. Eso

me inculcaron de pequeña.

—No solo a ti Eve, sino a muchas otras personas. Pero no vamos robando a los recaudadores de impuestos del rey. ¿Por ese motivo no has querido mostrarte más atenta con Archibald? Porque él ha venido a descubrir quiénes fueron los artífices de ello. —Jane se levantó de manera lenta del sofá sin desviar la atención del rostro de su amiga. Luego se volvió y caminó hacia la ventana tratando de asimilar aquella confesión e intentar pensar con claridad.

—Si Archibald llegase a descubrirlo…

Jane se giró sacudiendo la cabeza.

—No te delataría. No temas.

—¿Por qué estás tan segura? Ha venido desde Londres con ese propósito.

—Sí, con ese y con el de tratar de impedir una guerra en la que se ha visto envuelto. Qué irónica es la vida en ocasiones, ¿no crees? El mejor amigo y la mujer a la que prometió matrimonio son en estos momentos sus dos mayores enemigos. Graham organizando un ejército de leales seguidores a Jacobo Estuardo, dispuestos a pelear contra el ejército inglés. Y tú, Eve, asaltando a los recaudadores de impuestos. ¿Lo sabe alguien más? ¿Alguien en el castillo de Duart?

—No. Solo los tres hombres que participaron conmigo y que a estas horas habrán marchado con mi padre y mi hermano para unirse a Claverhouse.

—No me puedo creer que… ¡Oh, por San Andrés, Eve! —Jane pareció calmarse después del golpe inicial, que había supuesto escuchar a su amiga confesarle lo que había llevado a cabo—. No creo que al final te suceda nada. Ya sabes cómo son los lugareños de por aquí. No le dirán nada a Archibald, por muy jefe del clan Campbell que sea o duque de Argyll —le aseguró suspirando y

apretando los labios.

—Eso espero.

—Si nadie os ha delatado antes… —Se encogió de hombros haciéndole ver que no pasaría nada.

—Pero Archibald es muy persistente, Jane.

Esta creyó percibir cierto temor en que él pudiera llegar al fondo de la cuestión.

—Aunque así fuera, ya te aseguro que nada tienes que temer de él —le confesó viendo como su amiga bajaba la mirada primero y luego cerraba los ojos—. O soy ciega o muy torpe a la hora de leer los gestos de las personas, y los de él me revelan, sin lugar a dudas, que te sigue queriendo, Eve.

Aquella confesión hizo que esta sintiera el pálpito en el pecho y que abriera los ojos como si de un resorte se tratara. Hizo intento de responder a su amiga, pero a lo que llegó fue a jadear por la emoción que suponía esa afirmación. Se humedeció los labios y pareció más relajada.

—Sí así fuera…

—Lo es. Y deberías estar preparada para cuando regrese. Tendrás mucho de lo que hablar con él, querida.

Eve se mordió el labio, presa de la agitación que aquel comentario había despertado en ella. ¿Hablar con Archibald? ¿Contarle la verdad de lo sucedido con los impuestos? ¿Lo que seguía sintiendo por él? Permaneció con la mirada fija en el vacío y la mente en blanco, mientras el pulso no parecía querer ralentizarse.

—No sé si tendré el valor de hacerlo, Jane.

—Yo creo que sí. Si de verdad lo amas, encontrarás el valor necesario para contarle todo. De lo contrario, él se volverá a Inveraray y tú lo perderás para siempre.

Aquellas últimas palabras fueron como un mazazo que hicieron

tambalearse a Eve. ¿Estaba dispuesta a perderlo por siempre?, se preguntó sintiendo el palpito acelerado de su corazón que parecía estar avisándole.

***

Archibald apremió a los hombres para que no se detuvieran más de lo necesario para descansar. Quería llegar al castillo de Blair lo antes posible y apoyar a Graham en la lucha, que intuía que no se iba a detener. Maldita fuese, había viajado a Escocia para detener lo que iba a suceder y no lo había conseguido. Lo único que había logrado averiguar era quién había estado detrás del robo de los impuestos, y no había servido de mucho al descubrir que entre ellos estaba Eve McLean. ¿Cómo demonios iba a delatarla y entregarla a los ingleses para que, con seguridad, la ahorcasen? ¿Quién podría concebir que iba a hacer algo semejante con ella? Él no, desde luego. Ni tampoco le diría que sabía que ella era partícipe del robo. Se lo callaría y se alejaría a Inveraray cuando todo terminara. Recordó la manera en la que se habían despedido. Su preocupación por él, su petición de que procurase que nada malo le sucediera. Sonrió irónico ante esa perspectiva. Era contradictorio pensar en ella como ladrona, ferviente seguidora de los Estuardo y que, al mismo tiempo, se preocupara por él. Le saldría mejor a cuenta que algún inglés acabara con él: alguna bala perdida o un golpe de sable. De ese modo estaría a salvo de toda acusación, se dijo. Sin duda que la admiraba. Su comportamiento con él sabiendo la verdad de los hechos. Que él estaba investigando el asunto del robo, y ella, mostrándose fría y desinteresada en todo momento. Gran actriz. Pensar en ella hizo que se distrajera del cometido por el que se dirigían a las tierras de Atholl. Antes de volver a verle tendría que

salvar la vida de su amigo Claverhouse, así se lo había prometido a Jane.

Cuando llegaron a las inmediaciones del paso de Killiecrankie, los jacobitas de Claverhouse cargaban contra los soldados ingleses. Vio a su amigo dirigiendo a la caballería contra la de McKay. Los ingleses parecían desconcertados ante semejante carga. Y el propio general no sabía hacia dónde dirigir a sus hombres. Los jacobitas concentraban todos sus esfuerzos en atacar a la infantería, produciéndose un caos inexplicable.

Los hombres aguardaban sus órdenes para entrar en ataque mientras contemplaban el desarrollo de la batalla, impasibles. Archibald se aferró a las riendas de su caballo y, desenvainando su claymore, la esgrimió en alto para lanzar a los suyos a la carga. Sabía que traicionaba su cargo y su palabra dada como representante de Escocia en el parlamento de Londres de no atacar a la corona inglesa. Pero también la había dado en la reunión de los jefes de clanes en Lochaber, donde Eve había estado presente. No la defraudaría una segunda vez, y por ese motivo envió a los hombres a la carga.

La batalla duró poco. Y más de la mitad de los soldados del rey yacían sin vida, mientras que las bajas entre las filas jacobitas eran algo inferiores. Archibald contemplaba como McKay y un grupo de jinetes perseguían a aquellos que intentaban escapar cruzando el Garry o a través del propio paso de Killiecrankie. Las pérdidas de vidas entre los seguidores de Jacobo eran sustanciales. Archibald empleó su tiempo y sus esfuerzos en buscar a Claverhouse para sacarlo de allí cuanto antes. Pero entonces, sus esperanzas se disiparon de igual modo que el humo de la pólvora comenzaba a despejar el campo de batalla revelando una imagen dantesca. Y fue

cuando se detuvo delante del cuerpo sin vida de su amigo. Había recibido un solo disparo, pero determinante. Archibald se maldijo por no haber llegado a tiempo, por no haberlo convencido de que no se empeñara en aquella locura que le acababa de costar la vida. ¿Cómo miraría a Jane cuando le había asegurado que se lo devolvería vivo? Una vez más había fracasado. Sintió una mano en el hombro y volvió el rostro al mismo tiempo que echaba mano de su daga para defenderse ante el posible ataque de un inglés. Pero se calmó cuando vio que era uno de los suyos.

—Deberíamos irnos de aquí, Archibald, ahora que McKay se ha alejado persiguiendo a los que huyen. Podemos coger un par de caballos y largarnos por el paso.

—No puedo dejarlo aquí —dijo lanzando una mirada al cuerpo de Claverhouse—. No se lo merece, pese a todo.

El jacobita asintió y, sin pensarlo dos veces, cogió el cuerpo y lo cargó sobre los hombros.

—Busque un caballo, Campbell.

Este no vaciló en seguir la orden y se apresuró a ello. No dejaría a su amigo a merced de las alimañas, del saqueo… Merecía estar en Dudhope, y él se encargaría de ello.

El camino fue largo y duro hasta avistar la propiedad del clan Graham. Archibald resopló y detuvo el caballo durante unos segundos. Debería prepararse para lo que estaba por venir. No sería nada agradable tener que decirle a Jane que su marido había caído en la batalla del paso de Killiecrankie.

—Presiento que está pensando en cómo va a reaccionar la señora cuando vea el cuerpo de Claverhouse —le comentó el hombre que lo había acompañado hasta allí.

—Es mejor pasar el mal trago lo antes posible. —Azuzó a su

caballo para que siguiera camino. Llevaba las riendas del animal sobre el que iba Claverhouse alrededor de la perilla de su silla de montar.

Uno de los hombres que se encontraba fuera de la casa los vio aparecer y se quedó parado en el sitio cuando pareció reconocer a Argyll. Dudó entre si debería acercarse o bien entrar en la casa para avisar a la señora. Entonces decidió permanecer en el sitio aguardando la llegada de los dos jacobitas. Poco a poco se le unieron algunos más, personal doméstico de la casa, ya que los hombres habían acudido a combatir con su propio jefe.

Archibald detuvo el caballo delante de todos ellos y se apeó con gesto serio.

—Dile a la señora que salga.

El hombre asintió sin mediar palabra, mientras alguien emitió un sollozo ahogado cuando reconoció al jefe del clan Graham. Archibald permanecía con un gesto serio, sin apenas mover un solo músculo del rostro. Y entonces Jane apareció seguida de Eve. Cuando ambas mujeres se fijaron en él, en su aspecto y en su semblante, nos les quedó dudas de que algo malo había sucedido.

—Jane…

El Campbell cerró los ojos y escuchó un grito de dolor que se hundió en los más hondo de su alma. Bajó la cabeza cuando ella pasó por su lado hacia el caballo donde iba Claverhouse.

Eve contemplaba a Archibald sin poder creer que estuviese vivo. Pero allí estaba delante de ella. Cubierto de barro, sudor, sangre seca y algunas heridas sin importancia en las manos, las piernas o en el propio rostro. Él le devolvió la mirada durante unos segundos sin ser capaz de hablar o de moverse siquiera. Ella se acercó más, hasta que él se fijó en la manera en la que sus ojos relucían por el brillo de las lágrimas retenidas.

—Gracias por traerlo —le dijo Jane situándose a su altura.

—Era lo menos que podía hacer por él. No podía dejarlo en medio del campo de batalla. Graham era mi amigo y sentía que estaba en deuda con él. Lamento ser portador de tan malas noticias, Jane. Te prometí traerlo vivo… —Archibald apretó los labios y sacudió la cabeza sin saber qué más decir.

—No te culpes, Archibald. Todo sabíamos el riesgo que corría. Igual que tú. Será mejor que pases y descanses.

Archibald le siguió el consejo y, tras dejar el caballo al cuidado de un muchacho, lanzó una última mirada a Jane y entró en Dudhope. Eve lo siguió con la mirada hasta que desapareció en el interior.

—Prepararemos el cuerpo de Graham para darle sepultara aquí en Dudhope —anunció Jane a la propia Eve y a los que permanecían con ella.

Archibald estaba abstraído en sus pensamientos, que tenían que ver con todo lo que había sucedido en los últimos meses. La destitución de Jacobo y la ascensión al trono de su yerno Guillermo. Claverhouse recorriendo las Tierras Altas buscando apoyos para restaurar al legítimo soberano. Él tratando de apaciguar los ánimos de los clanes leales a la familia real e intentando resolver el asunto del robo de los impuestos. La aparición de Eve McLean en su vida de nuevo, y no solo para atormentarlo por lo que había hecho en el pasado con ella, sino también para ponerlo a prueba. Se pasó la mano por el rostro y sacudió la cabeza sin terminar de creer en las vueltas que había dado su vida en pocos meses. Ni siquiera escuchó llegar a Eve.

Esta lleva un rato buscándolo para saber cómo se encontraba. Podía hacerse una idea, pero quería asegurarse de que nada malo le

había sucedido. Su imagen al llegar a Dudhope había sido la de un hombre abatido, derrotado por la guerra y las circunstancias. Había perdido a su amigo a pesar de que hizo lo que pudo por evitarlo.

Lo vio girar el rostro hacia ella y quedarse contemplándola con curiosidad. Allí estaba la mujer que lo estaba volviendo loco desde que había regresado a las Tierras Altas, devolviéndole la mirada con gesto de preocupación.

—¿Cómo te encuentras?

—Voy asimilando todo lo que ha sucedido, aunque como puedes imaginar, no es nada sencillo.

—Hiciste lo que pudiste. —Se sentó en el otro sillón, a su lado, sin dejar de contemplarlo mientras Archibald volvía su atención al fuego que crepitaba en el hogar.

—No, no es verdad. No he hecho todo lo que estaba en mis manos para evitar la guerra. McKay será el gran vencedor y terminará de sofocar la rebelión. Si algunos todavía pretenden seguir con la lucha.

—¿Tú no lo harás? —Frunció el ceño contrariada por lo que él decidiera hacer.

—No. He tenido suficiente. Le he fallado a todos. A ti la primera, Eve. —Volvió su rostro hacia ella y vio como se sobresaltaba de manera ligera—. Te prometí regresar a cumplir mi promesa de matrimonio y no fui capaz de hacerlo. También he decepcionado a Jane porque le prometí que le traería a Graham vivo, y en cambio… —Cerró la mano en un puño con dureza como si ese gesto sirviese de algo.

Eve le pasó la suya por el brazo en un intento por calmarlo, por hacerle ver que estaba allí a su lado.

—Hay situaciones que escapan a nuestras posibilidades.

—Al menos no se me escapará el marcharme a Inveraray en

cuanto termine el funeral por Claverhouse. Renunciaré a mi posición en el parlamento de Londres. No es lo que quiero ni deseo.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Quedarte en tus tierras? ¿Encerrarte en Inveraray? —Había un toque de incredulidad en la pregunta de ella, como si no terminara de creerlo.

—Es lo mejor. La política no es lo mío, Eve. Ni andar persiguiendo a ladrones de impuestos ni mucho menos intentar convencer a las personas para que no hagan algo. No, Eve… Lo más acertado es que me retire ahora que lo tengo muy claro. ¿Qué harás tú? ¿Tienes noticias de tu padre y de tu hermano?

Eve asintió.

—Ayer llegó un hombre desde Duart para informarme de que solo mi padre había regresado. Dolorido y magullado.

—¿Y James?

—No saben nada —le confesó abatida por el dolor de pensar que su hermano pudiese estar muerto en el paso de Killiecrankie.

—No desesperes. Seguro que en unos días aparece por Duart. Estará escondido en algún lugar. El destino no puede ser tan cruel. Ya hemos tenido suficiente con la muerte de Claverhouse.

—¿Y tú? ¿No has resultado herido?

—Algunos rasguños, algún corte, pero nada importante. Como puedes ver.

Archibald no entendía por qué Eve seguía allí con él. Ni tampoco por qué no le confesaba que ella había sido partícipe del robo de los impuestos; claro que no creía que tuviera mucha importancia después de la batalla y su resultado, se dijo. Allí sentada junto a él, relajada y preocupada por lo que pudo haberle sucedido.

Eve recordó la conversación con Jane cuando Archibald se había marchado. No creía que fuese un buen momento para hablar. Pero si él había decidido marcharse a Inveraray, estaba convencida de que

no volvería a verlo por aquellas tierras. Y que al final le quedaría la duda de si debía expresarle sus emociones; decirle lo que sentía todavía.

—He tenido miedo de que algo peor te sucediera.

Él sonrió.

—Agradezco tu preocupación, pero ya ves que sigo vivo. Los ingleses no han tenido buena puntería en lo que a mí se refiere. Y eso que en algún que otro momento deseé que una bala de mosquete me alcanzara.

Eve abrió los ojos al máximo al escucharlo decir eso.

—¿Por qué? ¿Qué puede haber mejor que seguir viviendo? ¿La muerte?

Él la miró con determinación.

Eve sentía que agonizaba desenado que él la besara.

—Cuando te das cuenta de que lo has ido perdiendo todo…, ¿qué te queda?

—La vida para seguir adelante. Para empezar de nuevo, para recuperar lo perdido… —Apoyó sus manos sobre las de él y, llevaba por la emoción de sus palabras, se inclinó hacia delante como si deseara que la besase.

Archibald sonrió ante aquel entusiasmo por parte de ella, pero no podía olvidar sus palabras antes de irse en busca de Claverhouse. Lo había querido. Había estado enamorada de él. Se lo había dicho en pasado, lo que daba a entender que ese sentimiento había muerto hacía tiempo y que él había sido el único responsable. Por ese motivo estaba convencido de que no le quedaba nada.

Para fortuna de él, Jane hizo aparición en el salón. Se había cambiado de ropa y aseado algo.

—Gracias una vez más por traerlo de vuelta, Archibald.

—No tienes nada que agradecerme. Hice lo que era justo con él.

—¿Te quedarás al funeral? Mañana mismo lo enterraremos con todos los honores.

—Sin duda que me quedaré. Después me marcharé a Inveraray, como le comentaba a Eve.

—¿A Inveraray?

—Sí, es el momento para retirarme una temporada y esperar a que se calme la situación.

Jane lanzó una mirada fugaz a Eve por si ella tenía algo que decir. Pero su amiga permanecía en silencio.

—Tal vez sea lo más coherente después de todo. Mira las consecuencias de esta locura de Graham de recabar apoyos para Jacobo.

—Gracias a Dios que tú no caíste herido de gravedad o muerto —le dijo Jane aliviada por ello.

—De milagro, ya que pensaba que no saldríamos vivos de allí. No entiendo por qué Graham ordenó cargar cuesta abajo contra la infantería inglesa…

—No te hagas más daño. Lo sucedido estaba destinado a suceder. Era su día y su momento para dejarnos, Archibald.

—Sí, tienes razón.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Eve, que por un momento deseó dejar la compañía de Archibald. Él había tomado su decisión de volver a sus tierras y a su casa. Ella haría lo propio con regresar a Duart en cuanto Jane estuviera bien.

—No, no os preocupéis. Todo está ya hecho gracias a las personas del clan.

—En ese caso, creo que saldré a tomar el aire —anunció Eve sin que nadie dijese nada.

Una vez a solas con Archibald, Jane se preguntó si Eve le había comentado algo de lo que habían hablado antes de la partida de él

hacia el paso de Killiecrankie.

—Entonces… regresas a casa…

—Sí. Es mejor que me retire después de haber fracasado en la misión que me encomendó el parlamento de Londres. No solo no he convencido a los clanes para no alzarse en armas contra el rey Guillermo, sino que, además, yo he combatido contra los ingleses. Podrían acusarme de traidor, pero no les daré esa oportunidad y presentaré mi dimisión como representante de Escocia en el parlamento londinense.

Jane sonrió con delicadeza.

—La política nunca fue lo tuyo.

—Cierto. Ni tampoco andar intentando averiguar quiénes han robado el dinero de los impuestos.

—¿Estás seguro? —Jane entornó su mirada hacia él sin terminar de creerlo.

Archibald jadeó, cogió aire y se dejó caer hacia el respaldo del sillón con los ojos cerrados.

—No puedo hacerlo.

—Lo sé. Porque se trata de ella, ¿verdad?

Archibald abrió los ojos y se fijó en el rostro de su amiga.

—¿De qué me estás hablando, Jane? ¿Lo sabes? —Se incorporó en el sillón al escucharla y la miró con detenimiento.

—Sé que no es un buen momento, pero… Eve me confesó que fue ella la que había organizado lo del asalto a los recaudadores. Pero supongo que, a estas alturas, ya lo sabrás.

Archibald apretó los labios y asintió.

—Uno de ellos me contó que siguió a los que los asaltaron y como se reunía con una mujer de cabello pelirrojo y ojos verdes. Dijo que el diablo nunca había sido tan hermoso. —Archibald sonrió.

—Ella teme que lo descubras y la entregues para que sea

juzgada…

—¿Cómo se le ha ocurrido semejante disparate? —Se pasó la mano por el rostro y ahogó sus risas. No era un momento idóneo para estas. Caminó por el salón hasta detenerse frente a la chimenea—. Sabes que sería incapaz de hacerlo.

—Eso mismo le aseguré. —Percibió el gesto de asombro en el rostro de él—. Sí, la sigues amando a pesar del tiempo y la distancia que ha existido entre vosotros.

Él bajó la mirada y golpeó con su puño la repisa de la chimenea.

—¿Qué clase de locura es esta en la que me veo metido? He perdido a mi mejor amigo, y la mujer a la que sigo queriendo piensa que voy a entregarla a los ingleses para que la juzguen y, tal vez, la acaben ahorcando.

—¿Por qué no se lo has dicho todavía?

—¿Qué importancia puede tener ya? La guerra ha estallado, lo que convierte el tema del robo de los impuestos en algo carente de importancia.

—Aun así, deberías decírselo. Que sabes que ha sido ella, pero que no vas a entregarla porque sigues enamorado.

—No. Es mejor dejarlo estar y no remover las cosas. Además, antes de irme al paso de Killiecrankie, ella apareció en mi habitación y habló en pasado de sus sentimientos hacía mí. Temo que ese tiempo ya pasó, Jane. Y que es mejor dejarlo como está y seguir cada uno con nuestras vidas. Ahora que pienso retirarme de la política, tendré mucho tiempo para velar por los intereses de los Campbell, del castillo de Inveraray… —Rio pensando en esa posibilidad, que lo mantendría ocupado y lejos de Duart y de Eve de una manera definitiva.

—Lo sé. Confío en que los días que estés aquí pienses con claridad.

Archibald asintió sin decir una palabra. Pasaría unos días en Dudhope para ayudar a Jane a mitigar su dolor, consciente de que esta no le permitiría marcharse de inmediato. Se había mentalizado con esa idea desde que llegó.

—Lo tengo todo muy claro, Jane —asintió convencido de ello, pero su expresión cambió cuando vio a Eve regresar al salón. La mirada de él se lo expresó todo a la joven pelirroja de los McLean.

—¿Sucede algo, Eve?

—Preguntan por ti, Jane.

—Pasa y siéntate mientras voy a ver qué quieren Volveré en seguida.

Archibald no podía apartar su atención de Eve pese a que se repetía que debería hacerlo. Deslizó el nudo que le apretaba la garganta impidiéndole hablar. Apenas si logró cambiar de postura, allí de pie junto a la chimenea. La encontraba preciosa con el cabello recogido dejando libre su rostro y su cuello. Con aquella camisa de hilo y su *kilt* hasta rozar el suelo.

—Pero…

—Temo que nos han dejado a solas —le refirió él con una tímida sonrisa—. Pero no tienes por qué quedarte si tienes cosas que hacer.

—Puedo hacerlo. Jane tiene gente que la ayude.

Se fijó en él de manera detenida. El cabello revuelto, el rostro tiznado del polvo del camino, de igual manera que sus ropas. Tenía la impresión de que el tiempo que hacía que no se veían había endurecido sus rasgos, como si lo hubiesen tallado en piedra. Sintió un ligero vuelco en el estómago cuando el temor a sus sentimientos hacia él volvió a sacudirla por dentro de una manera devastadora.

—¿Qué harás una vez que estés en Inveraray? ¿Piensas dedicarte a administrar tus tierras, asistir a veladas…? —Entornó la mirada con cautela, sin conocer el motivo por el que lo hacía. Tal vez

porque se le pasó por la cabeza que él le pudiera decir algo que ella no deseaba escuchar. Como que buscaría una esposa para hacerle compañía en aquel enorme castillo de los Campbell.

Él asintió apretando los labios con fuerza para no decirle lo que acababa de cruzar por su mente al verla allí frente a él.

Inveraray precisa la mano de una mujer.

—Sí, en algo de eso tendré que ocupar mi tiempo. ¿Y tú? ¿Qué harás por aquí? ¿Marcharás a Duart? —le preguntó en relación con la propiedad de los McLean.

—He decidido quedarme una temporada aquí en Dudhope con Jane después de del entierro de Claverhouse.

—Sin duda que esta tendrá un gran apoyo en ti.

—Creo que ambas nos necesitamos.

—Un gesto que te honra.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —la pregunta sorprendió a ambos. La mirada de curiosidad de él le indicó a Eve que no la esperaba. Y ella sintió una leve sacudida en el lado izquierdo del pecho.

—Jane me ha pedido que no me marche todavía, a pesar de que preferiría hacerlo una vez que termine el funeral de Claverhouse.

El silencio se hizo algo pesado, tirante entre ambos, como si ninguno supiera por dónde continuar la conversación. No podía olvidar lo que Jane le había comentado en alguna ocasión: «Él te sigue queriendo».

—Creo que es mejor que me retire y te deje descansar, y querrás asearte.

Archibald se limitó a asentir sin decir nada más y la observó girarse para abandonar el salón dejándolo en el más absoluto silencio. Apretó los labios y asintió como si no supiera qué pensar. La repentina aparición de ella lo había sorprendido y trastocado sus

planes. Confiaba en que, una vez en su propia casa y con el paso de los días, todo volvería a la normalidad para él. Pero, pese a ello, él no podría olvidar que la seguía queriendo.

Eve se topó con Jane cuando iba camino de no sabía dónde porque la conversación con Archibald había nublado su mente. Iba como distraída cuando su amiga la encontró.

—¿Sucede algo?

La mirada entornada de la dueña de Duart y su tono al realizarle la pregunta sobresaltaron a Eve. Esta se quedó parada en el pasillo respirando con la boca abierta y experimentando una sensación de taquicardia.

—No… No… Es que…

—¿Ha sucedido algo con el Campbell?

—No, claro. ¿Qué podría suceder? —Sacudió la cabeza y entrecerró los ojos dando muestras de no comprender aquella cuestión.

—Es que ibas con paso rápido y la cabeza gacha como si estuvieras huyendo de algo o de alguien…

Eve se pasó la mano por el cabello de manera distraída e intentó recuperar el pulso.

—No, iba a cambiarme de ropa. Los jefes de los clanes estarán al llegar si ya se han enterado.

—Sí, lo sé. He enviado mensajes a los principales de la región.

—Él te pediría que siguieras adelante con tu vida.

—Eso es lo que hago. Bueno, no quiero entretenerte. Ve a dónde quiera que fueses cuando nos chocamos.

Eve sacudió la cabeza.

—No tiene importancia ya.

La pelirroja pareció algo más tranquila en compañía de su amiga.

No quería pensar por el momento en Archibald y en que estaría por allí los días que él se quedara en Duart, como él mismo le había asegurado. Lo más importante era reconfortar a su amiga.

Capítulo 13

—¿Crees que Argyll se quedará mucho tiempo en Dudhope? —le preguntó Eve a Jane sin que esta esperase esa cuestión.

—Imagino que no, si lo conozco bien. Puedes preguntárselo a él si tienes interés en saberlo.

—Ah, no. No. Es una simple curiosidad. —Ella ya se lo había escuchado decir a él cuando estuvieron a solas en el salón.

—¿Y tú? ¿Cuándo piensas regresar a Duart con tu familia, Eve? Deberías ir a ver si hay noticias de tu hermano.

Esta parpadeó en repetidas ocasiones como si no entendiera aquella pregunta.

—Eres mi amiga, Jane, y estás pasando por un mal momento.

—Pero también tu madre…

—Lo sé, pero tú hiciste lo mismo conmigo cuando Archibald no regresó para casarse conmigo, ¿recuerdas?

Jane sonrió tímida y apretó las manos de su amiga en un gesto de cariño.

—Te lo agradezco de todo corazón, amiga. Pero no hace falta que te quedes si no quieres. No estás en deuda conmigo por lo

sucedido. Pero ya que lo mencionas, ¿no has cambiado de opinión con respecto a él? Piensa en el tiempo que Archibald permanezca aquí en Dudhope… Puedes hablar con él. Decirle lo que no le dijiste en su día. Piensa que el asunto del robo de los impuestos ya ha quedado olvidado. Me aseguraste que no querías confesarle que seguías queriéndolo por ese tema. Pero ya no tienes nada que temer…

Eve bajó la mirada hacia el regazo y sonrió.

—Cierto, el tema del robo ha quedado olvidado con los últimos acontecimientos.

—En ese caso…

—¿Pretendes que le confiese que sigo enamorada de él?

—Puede que sea la última vez que lo veas, Eve. Piénsalo. Si Archibald vuelve a Inveraray, estoy convencida de que no regresará aquí. Y no volveréis a veros. Ya te lo dije.

La joven McLean adoptó un semblante pensativo ante esas palabras. Jane tenía razón. Podía ser la última vez que se vieran. Pero no estaba segura de si era mejor confesarle la verdad o dejar las cosas como estaban en ese instante.

—Me quedaré aquí unos días. Después marcharé a Duart —le aseguró pasando por alto el tema de Archibald, algo que Jane respetaba, aunque no compartía porque creía que su amiga estaba dejando escapar su felicidad con el hombre que la seguía queriendo.

***

Jane organizó una pequeña reunión en agradecimiento al apoyo mostrado por los jefes de los clanes leales a Claverhouse. Nadie quiso dejarla sola en esos momentos de dolor.

Archibald había decidido permanecer algún tiempo en Dudhope.

Habló con los principales jefes de las Tierras Altas. La derrota del ejército británico a manos de los jacobitas no serviría para sentar a Jacobo en el trono. Su principal valedor, Claverhouse, había muerto dejando a estos sin un líder que siguiese la lucha. Por otro lado, había que esperar qué pasos daría Londres en su política para Escocia a partir de ese momento. Pero eso a él poco o nada le importaba desde que había pensado en dejar su puesto en el gobierno. Eso le permitiría disfrutar de su tiempo libre para dedicarse a todo aquello que había dejado sin hacer desde que se marchó a Londres. Sin embargo, pasar la noche hablando de esos temas no logró que se olvidará de Eve, quien, por otra parte, parecía estar desaparecida. Apenas si había visto un atisbo de ella en algún momento de la velada. Nada más. Tal vez lo estuviera evitando, algo que no le reprochaba y que le agradecía porque él tampoco tenía mucho interés en pasar el tiempo con ella. No cuando era consciente de que no podría tenerla.

—Te noto ausente.

La voz de Jane lo sacó de sus pensamientos en ese instante en el que se había quedado algo apartado del corrillo de gente que seguía charlando sobre política.

—No… ¿Qué te hace pensar en algo así?

—Que te veo aquí solo con el gesto turbado.

—Ah, es por eso. Verás, llevo hablando de la situación política de ambas naciones toda la noche —le confesó con una sonrisa que relajara su estado de nervios—. Y eso que he dejado claro que ya no me interesa, puesto que presentaré mi renuncia al parlamento británico en cuanto regrese a Inveraray.

—Parece que te vas a quitar un peso de encima.

—No me cabe la menor duda. Tú tenías razón la otra noche cuando me lo dijiste. No estoy hecho para la política.

—Ahora que dispondrás de más tiempo, ¿te decidirás a buscar una esposa? Entiendo que tus compromisos políticos en Londres te mantuvieron alejado de ello.

Aquel comentario tan directo por parte de Jane hizo boquear a Archibald, dejando clara su posición. No sabía muy bien qué diablos decir. Bajó la mirada y entrelazó las manos a la espalda. Luego, la levantó para quedarse fija en la única persona por la que estaría dispuesto a todo. Un amasijo de hebras pelirrojas captaba su atención de forma poderosa. Tragó, no sin dificultad, cuando la siguió con la mirada mientras ella avanzaba por el salón. La propia Jane hizo lo mismo y sonrió satisfecha al reconocer al objetivo de la mirada de su amigo.

—No ha aceptado ninguna proposición para casarse. Sospecho que espera que seas tú quien se la haga.

—Olvidas lo sucedido entre nosotros. Hace un instante acabas de recordarme mi vida en Londres y cómo esta influyó en mi vida social.

—¿Por qué te empeñas en seguir aferrado al pasado?

—No me empeño, es la verdad, Jane. Te conté lo que ella me dijo. Que me había querido…

—¿Y qué te impide volver a lograrlo? Tienes todo el tiempo del mundo para conquistarla. ¿Pretendes quedarte solo de por vida en tu frío castillo de Inveraray?

Él la miró desconcertado por sus últimas palabras, algo molesto.

—Inveraray no es frío.

—¿Y qué más da? Solo era una manera de hablar y de hacerte ver cuál es la realidad. Tienes la oportunidad de acercarte más a ella estos días, ya que no espero que te marches mañana mismo.

Permanecía con los labios apretados y el ceño fruncido sin dejar de ver cómo Eve atendía a unos y a otros.

—¿Cómo dices?

Jane sonrió con astucia.

—¿Te das cuenta de que no me prestas atención porque estás pendiente de cada movimiento de Eve?

—Eh… ¡Maldita sea, Jane! Haz el favor de no atosigarme. Bastante tengo con hacerlo yo mismo.

Jane sonrió franca e incluso se permitió reír de manera comedida, lo que pareció enfurecer a Archibald por su forma de mirarla.

—Eres más necio de lo que pensaba. Y te lo agradezco porque, sin quererlo, consigues mitigar un poco mi dolor. Apostaría este castillo y las tierras aledañas a que, si le pides que vaya a visitarte a Inveraray, ella no vacilará en hacerlo.

—¿Estás loca? ¿Cómo diablos…? —Archibald balbuceó al darse cuenta de que Eve se acercaba a ellos dos. ¿Cómo podían haberla calificado como el diablo por asaltar a los recaudadores? No, no lo era. Era la mujer más bonita y fascinante de toda Escocia.

—Lamento interrumpiros, pero preguntan por ti —dijo señalando a Jane.

—¿Quién?

—La mujer del Cameron.

—Está bien, voy a ver qué es lo quiere. Puedes quedarte con nuestro querido duque —dijo dirigiéndole una mirada muy significativa a Archibald para recordarle lo hablado.

Eve se volvió hacia este para darse cuenta de que la contemplaba sin saber qué decir. Él la encontraba bonita con su recogido que dejaba algunos mechones libres a ambos lados de su rostro. Su mirada brillaba en demasía y él no sabría decir cuál era el motivo de ello. Se había puesto un vestido en lugar del *kilt* con el tartán de los McLean, pero en cambio llevaba el *plaid* por encima de

su hombro sujeto con un broche que captó la atención de él de manera irremediable. Era el mismo que él le había regalado en su cumpleaños: ¡el emblema del clan Campbell! Su mirada de movió de este al rostro de ella buscando una explicación a ese gesto por su parte.

—Nos han vuelto a dejar solos.

—Jane parece tener esa costumbre.

Eve sonrió y apartó la mirada del rostro de él. Su manera de contemplarla parecía cautivarla sin que ella se lo impidiera.

—Te he visto hablando con todos los jefes. Estoy segura de que te han estado preguntado por la actual situación política. Y que les habrás dicho que piensas dejar el parlamento.

—Sí, llevo toda la velada charlando del mismo tema.

—En ese caso, no te preguntaré más por ello.

—Te lo agradezco. Al fin y al cabo, era algo que tenía pensado desde hacía tiempo. Si quieres mi puesto… —La señaló con el dedo esgrimiendo una sonrisa.

—Veo que no has olvidado el comentario que te hice en Lochaber.

Él sonrió.

—Tenías razón en lo que me dijiste. Creo que he pasado demasiado tiempo en Londres y que al final no ha servido para mucho. Solo tienes que ver cómo ha terminado todo —le refirió sintiendo rabia por ello.

—Hiciste lo que pudiste. Ya te lo dije.

—Tengo la impresión de que pude haber hecho más, Eve. Siempre puede hacerse.

—Ya poco importa después de lo sucedido. Los jacobitas han ganado, pero carecen de un líder como era Claverhouse, ¿no crees?

Archibald se pasó la mano por el mentón con gesto pensativo y

luego comenzó a caminar hacia la puerta.

—Necesito despejar mi cabeza con un poco del aire frío de las Tierras Altas. Si quieres acompañarme, eres bienvenida.

Eve se humedeció los labios despacio, pero no dijo nada. Y más cuando un joven se acercó a ella y, tras intercambiar unas palabras, se marchó con él. Archibald se limitó a asentir y se alejó. Ella no había aceptado su invitación a salir y había preferido quedarse con aquel joven.

Salió al exterior donde la noche estaba tranquila. Un ligero viento mecía las ramas de los árboles cercanos al castillo. Jane había ordenado iluminar el camino que conducía a este para que lo invitados pudieran llegar sin ningún contratiempo. Archibald sonrió irónico pensando en la insistencia de ella para que él intentará reconquistar a Eve. ¿Pedirle que fuera a Inveraray? ¿Con qué pretexto? Ella se había enamorado de él siendo una joven romántica y soñadora cuando él le prometió un matrimonio a su regreso de Londres. Y este se había producido años después, cuando ella había perdido cualquier esperanza. ¿Cómo podía pedirle de nuevo lo mismo? Sacudió la cabeza caminando con las manos a la espalda. Pensaba que el destino había sido injusto con Claverhouse. Él sí tenía una esposa que lo quería. Una vida en común. Se habría cambiado por él en el paso de Killiecrankie. De ese modo no tendría que pasar por aquello. Había fallado a Eve en su momento y en ese instante le tocaba pagarlo sabiendo que se quedaría sin ella.

Eve salió en busca de Archibald al ver que este no había regresado. Por un instante se le pasó por la cabeza que hubiera decidido marcharse a Inveraray a pesar de haberle dado su palabra de que no lo haría. Pero cuando lo vio pasear por las inmediaciones de Duart, su pulso se fue ralentizando al compás de los latidos de su corazón. Permaneció absorta contemplándolo desde la posición en la

que estaba. No se había equivocado cuando le confesó a Jane que seguía enamorada de él. Y aquellos días que pudiera quedarse en Duart podrían significar los últimos en los que se vieran. A no ser que él se interesara por visitar a Jane para saber cómo estaba de ánimo. O tal vez ella podría ir a su castillo en las tierras de los Campbell y visitarlo. Pero ¿qué excusa podría darle? ¿Cómo iba a presentarse en Inveraray sin avisar?

Como si supiera que alguien lo estaba observando, Archibald se volvió y se quedó petrificado cuando la descubrió. Por un instante pensó que era su imaginación la que le estaba jugando una mala pasada. O bien, que la había confundido con otra mujer. Pero entonces la contempló dirigirse a él con paso lento, sin perderle la mirada en ningún instante mientras sujetaba la tela de su vestido entre sus dedos, lo justo para no pisarla. Se detuvo a escasos pasos de él y levantó la mirada hacia su rostro como si lo estuviera desafiando a que tomara la iniciativa de una vez por todas.

—No esperaba encontrarte aquí solo.

—Pues siento decirte que así es. —Extendió los brazos a ambos lados para hacerle ver que no había nadie—. Apuesto a que no te faltan admiradores incluso en días y situaciones como esta. O las propuestas de matrimonio… —Entornó la mirada hacia ella con curiosidad, controlando el tono de su voz para no alertarla.

—Dices bien. Pero me he acostumbrado a rechazarlas.

—No sabría qué decir.

—Ninguna de las propuestas que me han hecho me satisface.

—Vaya…

—¿Y tú?

—¿Te refieres a por qué no me he casado?

—Me comentaste que no habías conocido a una inglesa que te atrajera.

—No. Quise decir que no me fijé en ninguna porque mi cometido en Londres era otro, como bien sabes. —La observó cambiar el gesto al escucharlo decir eso. Tal vez esperaba otra respuesta, otra que él tenía miedo a confesarle, pero que ya no importaba. Contemplar el rostro de ella tan cerca era una especie de tortura que no lograba acabar con él. ¿Cómo se suponía que podía tenerla allí frente a él y no poder tocarla ni besarla? —. Soy un desastre con las mujeres, Eve. Por desgracia, tú lo sabes mejor que ninguna otra. Solo sé de política, o eso pensaba, de acuerdos, de guerras, de dirigir un clan… No sé nada de cómo tratarte. Ni menos decirte lo que siento. —Dio un paso atrás señalándola con las manos en referencia a ella.

¿Le estaba pidiendo una segunda oportunidad? ¿Qué le dijera cómo debía hacerlo con ella?

—¿Qué es lo que sientes? —El corazón le dio un vuelco cuando lo escuchó, pero más todavía cuando se dio cuenta de que la señalaba con las manos mirándola como si ella fuese la única mujer para él. Asegurándole que no sabía expresarle sus sentimientos. Las alarmas se encendieron en su interior, y las conversaciones con Jane al respecto de ese tema inundaron su mente.

Él frunció el ceño un segundo sin comprender qué podía decirle. Hasta que se dio cuenta de estaba hablando…

—Dirás que soy un estúpido, pero… ¿qué importancia puede tener a estas alturas? Jane y sus locuras… —murmuró bajando la mirada con la mano sobre el mentón con gesto pensativo.

—¿Qué tiene que ver Jane?

—Oh, ella y sus comentarios acerca de que tendré más tiempo para buscar una esposa una vez que deje la política.

No supo porque se lo decía, o tal vez sí. Tal vez porque todo estaba perdido con ella y aquellas palabras eran como una última

bala.

—¿Piensas hacerlo? ¿Buscar una esposa?

El tono de ella lo puso en alerta. Pausado, lleno de calidez, pero de temor al mismo tiempo.

—No, no tengo ninguna intención de buscarme una esposa, a menos que alguna mujer se presente en Inveraray y despierte mi curiosidad.

Ella arqueó las cejas sorprendida por ese comentario.

—En ese caso, tengo mis dudas.

—¿En qué sentido?

—No estoy segura de que alguna mujer se presente en Inveraray de buenas a primeras. Y luego que, además, despierte tu interés para convertirla en tu esposa.

—Yo también lo creo así. —La contempló con intensidad, queriendo mostrarle que solo esperaría a una en su vida, y en ese momento estaba delante de él. Levantó la mirada hacia el cielo nocturno para, de ese modo, no caer en la tentación de atraerla hacia él y besarla una última vez antes de decirle adiós para siempre —. Creo que deberíamos regresar al interior y apoyar a Jane en estos momentos.

Buscaba cualquier excusa para alejarse de ella en ese preciso momento. Eve lo vio comenzar a caminar hacia la entrada y su comentario lo detuvo de golpe.

—Yo participé en el asalto de los recaudadores.

Quería que lo supiera por ella. Sabía que era la última vez que estarían a solas, como en ese preciso instante. Lo vio girarse de manera lenta, pero permaneció en el sitio, a escasos pasos de ella. La contemplaba con una expresión neutra. Eve tragó y esperó a que él le respondiera, que la acusara, que la tachara de traidora, mentirosa, rebelde… En cambio, su comportamiento la sorprendió y

la sobrecogió.

Archibald caminó hacia ella con los labios apretados, asintiendo de manera leve. Se detuvo justo a escasos centímetros de su rostro y la contempló de manera fija, buscando algo en aquel par de ojos del color del brezo escocés.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque no podía retenerlo más tiempo sabiendo que tú me estabas buscando.

Él esbozó una media sonrisa.

—Ya no tiene ninguna importancia, Eve.

—¿No vas a delatarme? ¿A entregarme a las autoridades? Te estoy diciendo que…

—¿Cómo crees que podría hacer algo parecido?

—Pero todavía eres miembro del parlamento británico y se te encargó encontrar a quienes habían robado el dinero de los recaudadores.

—Sé desde hace algún tiempo quiénes fueron los responsables del asalto. Te reconocieron, Eve —le confesó observando como ella abría los ojos como platos y entreabría los labios buscando el aire que aquellas palabras acababan de robarle.

—Lo sabías… —logró murmurar pese a todo.

Eve sintió el escalofrío reptando por su espalda y como su piel se erizaba. Su cuerpo se agitó por completo. Lo sabía y no se lo había dicho ni la había delatado tal y como Jane le había dicho. ¿Era por lo que su amiga le había asegurado con respecto a los sentimientos de él hacia ella?, pensó tratando de encontrar el aplomo para mantenerse firme ante él.

—Créeme que me llevé una sorpresa, en parte, porque sabía de tu lealtad a la casa Estuardo. Pero, como te he dicho, ya no tiene importancia. En verdad nunca la tuvo. Pero te agradezco que me lo

hayas dicho.

Ella lo vio darse la vuelta y seguir su camino hacia la entrada de Duart mientras ella permanecía estática en el sitio como si se tratara de una estatua. Hasta que reaccionó y, cogiendo la tela del vestido entre sus dedos, caminó deprisa en pos de él. Se situó delante, obligándolo a detenerse una vez más.

—¿Qué sucede? —le preguntó contemplándola intrigado por su reacción. Sacudió la cabeza y aguardó a que ella se explicara.

—¿Por qué no lo has hecho? ¿Por qué no piensas delatarme a las autoridades inglesas?

Él se permitió la licencia de sujetarla por los brazos un instante y mirarla de manera fija. Las pupilas de ella parecían estar dilatas por la expectación que parecía sobrecogerla.

—Tal vez porque, después de todo, tenía claro que estaba en deuda contigo. —Por suerte para él, una joven muchacha de cabello color de la miel caminaba en dirección a ellos—. Creo que vienen a por ti —le aseguró haciendo un gesto con la cabeza hacia esta.

Eve estaba algo aturdida por las palabras de él y no sabía cómo reaccionar. Si volverse o seguir mirando a Archibald buscando una aclaración a lo que acababa de decirle. Al final fue este quien decidió por ella y, tras intercambiar unas palabras con la joven, se alejó de ambas, en dirección a la casa. El momento había sido bastante revelador para Eve. Permanecía callada, atónita porque todo parecía indicarle que él nunca la delataría porque la seguía amando a pesar del tiempo y de las circunstancias.

La noche discurrió de manera tranquila para gusto de Archibald. Eve se había entretenido charlando con varias amistades suyas y de sus padres, lo que facilitó no tener que continuar con su conversación. No tenía nada más que decirle. De manera que era mejor dejarlo estar.

Tenía claro que al día siguiente se marcharía. No tenía sentido quedarse más días allí. Debía atender Inveraray, del cual llevaba alejado tanto tiempo, aunque estuviese bien administrado en manos de Gordon. Pero la urgencia de abandonar Dudhope se le hacía inevitable.

Cuando todos se retiraron, Jane se acercó a él.

—Vuelvo a encontrarte a solas con gesto pensativo.

—Casualidades de la vida. —Rio ante ese comentario—. He estado pensando en marcharme mañana temprano. Tengo que ponerme en camino lo antes posible para tramitar mi renuncia al parlamento. E Inveraray lleva mucho tiempo sin mi supervisión.

Jane asintió convencida de que ese no era el verdadero motivo, sino poner distancia con Eve. Los había visto hablar esa noche y al final su amiga había regresado en compañía de la joven Helen. A juzgar por la expresión de su rostro, algo había sucedido con Archibald. Pero ya se enteraría. No era el momento.

—Entiendo que quieras irte y no te pediré que te quedes más días aquí.

—Te lo agradezco, Jane.

—¿Te despedirás de Eve?

La pregunta hizo que abriera los ojos al máximo y contemplara a su amiga sin entender aquella cuestión.

—Pues claro. No tenía intención de irme sin hacerlo.

—No creo que le guste tu decisión…

—¿Por qué? Yo más bien creo que me lo agradecerá.

—No estés tan seguro. No obstante, ya te dije que podías pedirle que te visite.

—Lo haré, descuida.

Hubo un instante en el que ninguno dijo una palabra más, hasta que Jane rompió el silencio comprendiendo que su querido Archibald

no quería seguir hablando de Eve.

—Es mejor que me retire a descansar. Si no te veo por la mañana… Te deseo que tengas un buen viaje y que no tardes demasiado en venir a visitarme. Sabes que las puertas de Dudhope están abiertas para ti siempre.

—Descuida, soy consciente de ello.

Jane se despidió de él dejándolo a solas en el amplio salón en el que solo se escuchaba el crepitar del tímido fuego que ardía en el hogar. Se volvió para quedarse contemplando las llamas mientras sonreía tímido pensando en las palabras de Jane con respecto a Eve y a que la invitara a visitarlo en Inveraray. No tenía sentido hacerlo porque era consciente de que ella no lo aceptaría. La había perdido en su día y no volvería a recuperarla. Con ese pensamiento regresó a su habitación para descansar cuando la presencia de la pelirroja de los McLean lo retuvo cortándole la respiración. Le pareció que lo estaba esperando allí, junto a la puerta de su habitación. Se había soltado el cabello que le caía de manera rebelde, indómito, sobre los hombros. Su mirada permanecía fija en él de una manera enigmática. Él la encontraba sensual con un toque de lascivia. El deseo se apoderó de él de una manera irracional, rayando la locura. Apretó los labios al tiempo que cerraba las manos con fuerza como si ese gesto lo ayudara a contenerse.

—Jane me ha comentado que piensas regresar a Inveraray mañana.

Él asintió bajando la mirada al suelo para recuperar la cordura que ella le estaba robando.

—Es hora de que me marche.

—Claro, lo entiendo. Antes de que lo hagas, aclárame una cosa…

—Lo que quieras.

—Cuando estábamos hablando y vinieron a buscarme, me

estabas diciendo que no me habías delatado porque te considerabas en deuda conmigo.

—Así es.

—Entiendo que es porque no cumpliste tu promesa de casarte conmigo. Algo que ya he olvidado y que a estas alturas no me importa. Pero ¿y si este no fuese el caso? ¿Y si no hubiera nada que compensar, según tú?

—Tampoco lo haría.

—Pero tu cometido era…

—Lo sé. Pero dejó de tener importancia cuando supe que estabas implicada.

—No deberías haberlo hecho. Deberías haber cumplido las órdenes que te dieron.

—También dije que haría todo lo posible por evitar una guerra, y al final acabé metido en una, luchando por los Estuardo. —Se le hacía tan difícil mirarla y pensar de manera racional que decidió que era mejor abandonar el salón. Pero ella se interponía entre sus deseos y su decisión—. Hay tantas cosas que me gustaría haber hecho…

—Te acusarán de traidor…

Archibald frunció los labios y encogió los hombros.

—Poco me importa sabiendo que tú no corres peligro aquí. Nadie te descubrirá.

Ella acusó el significado de aquellas palabras en forma de taquicardia. ¿Qué trataba de decirle?

—¿Cuándo te marchas?

—Temprano, por la mañana.

Ella asintió mientras se humedecía los labios. Él parecía convencido de ello. Tal vez los comentarios de Jane con respecto a que él la seguía amando habían calado demasiado en ella, hasta el

punto de que se las había creído. Pero escucharlo referirse a ella de aquel modo la hacía qué pensar. ¿Y si estaba equivocada? ¿Y si en verdad era una nueva ilusión como la de hacía años cuando él había marchado a Londres?

—Entonces creo que es el momento de despedirnos.

Archibald asintió convencido de ello.

—Es lo mejor.

—¿Volverás a Dudhope? —Había un ligero toque de esperanza en sus palabras.

—Temo que Inveraray absorberá todo mi tiempo.

—Entonces… es un adiós.

Archibald deslizó el nudo en su garganta y elevó el mentón con orgullo.

—Las puertas de Inveraray estarán abiertas para ti, Eve, por si en alguna ocasión decidieses ir por aquellas tierras. —Estaban tan cerca el uno del otro que él dejó que su mano le acariciara la mejilla de manera lenta. El pulgar trazó el contorno hasta rozarle los labios entreabiertos.

Eve dejó escapar un gemido y cerró los ojos por un breve momento, el que tardó él en inclinarse sobre sus labios y rozarlos en un principio, para adueñarse de ellos con lentitud, con precisión, dejando que sus brazos la rodearan por la cintura para atraerla más contra su cuerpo. La sintió suya durante ese breve momento.

El calor del beso aumentó la temperatura en su cuerpo de manera gradual mientras sentía los brazos de él rodearla y apretarla contra el suyo propio. Eve cerró los ojos y se dejó llevar por aquel beso tan anhelado. Pero entonces sintió como él la iba liberando del abrazo y como una corriente fría la envolvía sustituyendo la calidez anterior. Permanecieron quietos, contemplándose de manera atenta, sin pestañear apenas, por si se perdían algún gesto del otro. Ambos

parecían ser conscientes del deseo que existía entre ellos. Pero ¿cruzarían esa línea? La mano de él rozó la de Eve manera tímida, pero le provocó un leve sobresalto.

—Si te dijera que no te deseo, te estaría engañando. Y si te dijera que no pienso en ti a cada momento, sería un necio, Eve.

—Si no me desearas, no habría engaño posible. Y si no pensaras en mí, no tendrías que calificarte como un necio —le susurró mientras sus pupilas titilaban de emoción al verse contemplada en la mirada de él. Su piel rebeló de manera inesperada por la tenue caricia de él en su rostro. Sintió la calidez de su mano. El deseo en sus ojos.

—Tal vez sea un loco o un estúpido, pero no puedo seguir adelante. Deberías irte a tu habitación antes de que sea demasiado tarde. Ya cometí un grave error contigo. No cometeré otro —le dijo mirándola con cierto orgullo, pero era así. No le haría más daño del que le habíahecho al ridiculizarla y humillarla ante la sociedad de las Tierras Altas cuando no cumplió su promesa de casarse con ella. No se dejaría llevar por la lujuria que había despertado en él cuando la vio.

Eve comprendió la situación que él planteaba y, elevando el mentón, apretó los labios. Le estaba costando retener las lágrimas que asomaban a sus ojos por aquel rechazo por parte de él. Tal vez estuviese en lo cierto, pero ¿qué le podía importar cuando había rechazado a todos sus pretendientes porque seguía enamorada de él? Pero no se lo confesó. Tal vez sentirse rechazada por él la había vuelto fría como en su primer encuentro. Sacudió la cabeza y, sin decir más, se refugió en su habitación cerrando la puerta con un portazo. Mientras, Archibald se maldecía por haber dado pie a aquella situación vivida.

Capítulo 14

Archibald emprendió viaje a su casa en Inveraray antes de que despuntara el día. Lo sucedido la pasada noche con Eve no le había dejado conciliar el sueño, de manera que decidió marcharse temprano. La mañana era fría. La bruma no quería desaparecer, como si rindiera homenaje a Bonnie Dundee, como era conocido Graham de Claverhouse. Archibald recordó el sonido de las gaitas, que lo acompañó los últimos momentos. La pena de Jane y de los miembros del clan Graham. Fue entonces cuando se centró en Eve. No pudo evitarlo. Los ecos de las palabras de esta, pensando que la entregaría a los ingleses, resonaban en su cabeza. ¿Cómo podía haber pensado algo semejante? Lo que lo empujó a actuar de esa manera había sido la deuda que tenía con ella por lo que le había hecho. Pero también porque no podía entregar a la mujer que ocupaba su corazón pese a todas las circunstancias. Los recuerdos de la pasada noche, cuando ella lo había estado esperando, su deseo latente, su beso, sus miradas de complicidad y el rechazo en el último instante. Para él hubiera sido sencillo dejarse llevar y haber terminado en la cama de su habitación. Sería un canalla si lo hubiera

hecho. La había evitado para ahorrarle más dolor por su parte. Se había prometido a sí mismo y a la propia Jane que no le causaría más dolor a Eve. Luego, creyó ver que sus ojos verdes brillaban más que en otras ocasiones. Sin duda que el hecho de retener las lágrimas había sido el causante de eso. ¿Se sintió rechazada?, se preguntó Archibald trayendo a sus pensamientos la última imagen de ella. La despedida fue más bien escueta, formal y sin promesas de volver a verse. Cerraba una puerta que no volvería a abrir.

***

La noticia de la muerte de Claverhouse se extendió por las Tierras Altas como el fuego sobre la pólvora. Archibald fue testigo de cómo la gente parecía abatida por esa pérdida. Muchos decían que no encontrarían a otro líder como él. Con su destreza militar, su determinación y su poder de convicción. Los hombres que no habían caído en la batalla del paso de Killiecrankie, o posteriormente en Dunkeld, permanecían ocultos por temor a ser apresados, o bien esperando a que alguien se erigiera en el nuevo líder de la causa en favor de Jacobo. En cuanto a McKay, según algunos comentarios que había escuchado, estos aseguraban que había puesto rumbo a Stirling y, más en concreto, a su castillo. La paz parecía asegurada entre ambas naciones, por el momento. Él solo deseaba que así fuera y que se extendiera hasta el fin de sus días. No pensaba inmiscuirse más en aquella absurda rebelión que había puesto en marcha Claverhouse.

El castillo de Inveraray era la joya de la corona para el clan Campbell desde el siglo XV, cuando sir Duncan Campbell se había mudado a la localidad de Inveraray y levantado el edificio. Era su preferido a pesar de poseer varios más. La pequeña localidad, que

daba nombre al castillo, era un burgo real del concejo que ocupaba la región de Strathclyde. Las casas eran de color blanco y muchas se situaban junto al lago Fyne. Algunas personas que estaban en la calle dejaron de hacer sus labores y se quedaron mirándolo cuando lo reconocieron.

Archibald se apeó del caballo y avanzó con este sujeto por las riendas. Algunos se paraban a saludarlo con efusividad por tenerlo allí después de tanto tiempo alejado de la localidad. Otros se limitaban a murmurar y hablar en voz baja mientras hacían gestos hacia él.

James Mortimer era una especie de alcalde en el lugar y fue de los primeros en acudir a estrecharle la mano nada más que supo que estaba en la localidad.

—Celebro volver a verlo, Campbell.

—Yo también.

—Lo hacía en Londres.

Archibald asintió con los labios apretados.

—He venido a descansar a mi casa —dijo observando el gesto de incomprensión del viejo Mortimer—. Tengo pensado renunciar a mi puesto en el parlamento inglés después de los últimos acontecimientos.

—¿Lo dice por lo que ha ocurrido en la región de Perthshire? La muerte de Claverhouse.

—Por lo que veo, ya han llegado aquí las noticias.

Mortimer asintió con el gesto turbado.

—Por supuesto. De igual modo que lo del robo de los impuestos.

—Vaya… —No le diría que había participado en la batalla porque no quería que la gente de aquel lugar se viera involucrada. Ni el clan Campbell, aunque algunos de sus hombres habían participado—. Una lástima.

—Hace unos días vimos soldados ingleses en el camino hacia Stirling.

—Supongo que querrán tomar precauciones para que no suceda nada más. Con la derrota de Claverhouse tengo mis dudas acerca de si alguien tomará el relevo.

—Sería mejor dejar las cosas como están, ¿no cree?

—Sin duda que sería lo más acertado. Pero, al parecer, hay algunos que todavía no se han dado cuenta. Y prefieren seguir la lucha contra Inglaterra. Abogué en el parlamento por la cautela y dejar que las cosas se establecieran en su sitio. No sabemos cómo va a reinar Guillermo. Y en cuanto a los Estuardo…, tal vez les haya llegado la hora del relevo. Llevan en el trono de Inglaterra mucho tiempo. A lo mejor un cambio de rumbo puede venir bien a esta nación. Una guerra, desde luego que no.

—Sin duda, sin duda. En fin, no lo entretengo más. Supongo que estará deseando llegar a su casa.

Archibald se limitó a asentir ante ese comentario. Sin duda que lo que pretendía era encerrarse en Inveraray y olvidarse de todo lo vivido, cosa harto complicada, pero al menos lo intentaría. Reanudó el camino por el sendero que conducía hasta la casa donde parecía no haber nadie. Sin duda que no lo esperaban porque no había enviado recado con su llegada. Se detuvo un momento como si estuviera pensando qué hacer. Inspiró y, dándole unas palmaditas de cariño a su montura, prosiguió.

—Es mejor llegar lo antes posible. De ese modo, los dos descansaremos.

***

Eve se había levantado temprano para ver partir a Archibald desde la

ventana de su habitación. Tal vez podría haber bajado las escaleras y salir a pedirle que no lo hiciera. Que permaneciera un día más allí en Dudhope y aclararan lo sucedido la pasada noche cuando él la besó y ella no opuso resistencia. Recordó sus palabras, sus gestos, su beso y su mirada. La deseaba. Pensaba en ella a cada momento, entonces, ¿qué la había detenido? ¿Por qué no le había confesado que seguía queriéndolo a pesar de que había prometido odiarlo por su desplante? Tal vez porque dejó que la mujer fría y arisca, que había forjado durante tanto tiempo, le había ganado la partida a la romántica, que él había vuelto a sacar con su presencia en Dudhope.

***

Archibald llevaba algunas semanas en Inveraray, ajeno a los devaneos políticos del momento y a los enfrentamientos entre los partidarios de Jacobo y los del rey Guillermo. Parecía que no tenía demasiado o ningún interés en lo que sucedía. Desde que había regresado de las Tierras Altas, se había poco menos que encerrado en su castillo para lidiar con los quehaceres domésticos que se encontraban algo atrasados desde que había estado en Londres. Había conseguido dejar su puesto en el parlamento y que las autoridades de la capital eligieran a un nuevo representante, lo que había sorprendido a los lugareños. Pese a estar alejado de lo que sucedía en la nación, las gentes de los alrededores sí conocían lo que estaba sucediendo en el país.

Aquella mañana, Gordon, su hombre de confianza, apareció en la habitación que Archibald empleaba a modo de despacho.

Gordon era un escocés de cabello y barba color rojizo, mirada inquieta y talante recio. Se detuvo delante de la mesa de Argyll esperando que este levantara la mirada de sus papeles para

prestarle atención.

—¿Qué quieres, Gordon?

—Hay un caballero que quiere verlo.

—¿Quién es?

—Dice que viene de Edimburgo y que es urgente.

—Está bien. Hazlo pasar.

Gordon asintió con severidad, se giró y salió de la estancia dejando al duque a solas. Minutos después, regresaba acompañado de su amigo de la capital, con el que había estado hablando a su llegada a Londres.

—Celebro verte, Lachlan. —Le estrechó la mano con efusividad pidiéndole a continuación que se sentara—. ¿Qué te trae hasta Inveraray?

—Puedes hacerte una idea de la situación que atravesamos.

—No lo sé. Desde que llegué aquí hace algunas semanas, no he querido saber nada de la política de la nación. Y, es más, redacté una carta al propio parlamento y al consejo escocés, solicitando mi renuncia como alto representante de Escocia en Londres. Que ya me han concedido.

—¿Lo dices en serio?

—Tanto como que te estoy viendo.

—Supongo que ese cambio se debe sin duda a lo sucedido en las Tierras Altas, ¿no? Me refiero a la batalla de Killiecrankie y, después, al fiasco de Dunkeld…

Archibald asintió.

—De algo me enteré cuando venía hacia aquí. ¿Qué sucedió?

—Bien, apenas tres semanas después de Killiecrankie, los jacobitas, conducidos por un inexperto coronel Cannon, se vieron obligados a huir en desbandada ante las tropas inglesas. En estas, había un grupo de Camerons, llamados así en honor a Richard

Cameron, antiguos combatientes del Covenant, ya sabes, presbiterianos que seguían las doctrinas de John Knox y Calvin. Contrarios a le fe católica.

—Enemigos acérrimos de los Estuardo…

—Exacto. En fin, la causa de Jacobo parece más tocada que nunca.

—Era de esperar desde un principio. Se lo dije a Claverhouse y a otros tantos jefes aquella mañana que nos reunimos en Lochaber. Pero hicieron oídos sordos a mis advertencias. Y Graham lo pagó con su vida.

—Cierto. Pero veo que desconocías cuál era la situación actual.

—Ya te he dicho que, desde que regresé de las Tierras Altas, no he querido saber nada del mundo exterior.

—Ya. ¿Qué sucedió al final con el tema del robo de los impuestos?

Archibald levantó las cejas mostrando sorpresa por la pregunta. Pensaba que con el paso del tiempo ese asunto se habría olvidado. Pero al parecer todavía despertaba la curiosidad de algunos.

—Se perdió la pista a los autores. Nadie quería dar muchos detalles al respecto; ya conoces a los habitantes de las Tierras Altas. Leales a los Estuardo.

—Lo supongo. Nadie estaba dispuesto a delatarlos.

—Eso mismo me advirtieron cuando se enteraron de cuál era mi cometido. En fin, hice lo que pude por averiguar su identidad.

—¿Qué vas a hacer ahora que has renunciado a la política? ¿No te aburrirás tú solo aquí en el castillo?

Archibald frunció los labios, luego sacudió la cabeza.

—No. Tranquilo. Hay cosas por hacer. He pasado mucho tiempo lejos de aquí. Tengo todo lo necesario para tener la cabeza ocupada y no pensar en otra cosa que poner al día mis tierras.

—Tal vez podrías aparecer en la capital de vez en cuando. En alguna reunión de sociedad. Que hayas dejado la política no significa que dejes de ser el duque de Argyll, ¿no?

—Lo tendré en cuenta, pero sabes que ello implicaría conversaciones en torno a asuntos de los que prefiero no ser partícipe.

—Te entiendo y no te lo reprocho. Y más en estos días.

—He pasado demasiado tiempo lejos del hogar, de mi tierra y de mis gentes, sacrificando cosas que no volverán. De manera que desde hoy me dedicaré a todo ello, dejando a un lado la vida social y política. Que sean otros los que se encarguen de ello. —Agitó la mano en el aire dejando clara su postura.

—Aun así, espero poder verte en alguna ocasión en la capital. Y de paso, podrías aprovechar para buscar una esposa ahora que tienes tiempo. Todavía recuerdo aquella locura tuya de comprometerte con la hija del jefe del clan McLean. Al final no la cumpliste. —Sonrió sacudiendo la cabeza—. ¿Supongo que no la habrás vuelto a ver?

—La verdad, he estado bastante ocupado con tratar de evitar una guerra que ya conoces cómo acabó… Y luego, el asunto del robo de los impuestos. No he tenido tiempo para fijarme en si ella estaba. Claro que, si piensas en que no cumplí mi palabra para casarme, pues… Y no creo que tuviera muchas ganas de verme.

Archibald no tenía por qué darle detalles de lo sucedido con Eve durante los días que había pasado en el castillo de Dudhope. ¿Qué sentido tendría hacerlo? Ninguno, a su modo de ver. Ella se había quedado allí y él había regresado a Inveraray.

—Tienes razón. No creo que tuviera ganas de verte. Por lo menos la revuelta no te alcanzó y celebro saber que te encuentras bien.

Archibald apretó los labios y asintió sin añadir ningún comentario a eso último. Estrechó la mano de su amigo y lo acompañó fuera del castillo.

—Eres bienvenido siempre que quieras, Lachlan. Las puertas de Inveraray están abiertas para cuando tú decidas pasarte.

—Lo tendré en cuenta. Pero mejor harías tú en salir un poco de estas cuatro paredes. Si te acostumbras a recibir visitas, no volverás a pisar la capital.

Archibald se limitó a sonreír y a no añadir nada más. ¿Qué hiciera vida social? No. No tenía ninguna motivación en ello. Era consciente de que aparecer en público en las reuniones de la capital implicaría dar explicaciones de su renuncia, charlar de política, volver a ver a Connie… Lo que lo llevó a pensar en Eve de manera irremediable, quedándose de pie en la entrada del castillo con la mirada perdida mientras la imagen de la pelirroja de los McLean volvía adueñarse de sus pensamientos, si es que en alguna ocasión había dejado de estar en estos.

***

Un mes después

Archibald caminaba junto a Gordon por los alrededores de Inveraray esa mañana. El sol calentaba con fuerza desde temprano, pero era agradable si se comparaba con la temperatura de las Tierras Altas.

—Según contaban en la taberna, la situación se ha normalizado. Las noticias que circulan son que las tropas jacobitas se han dispersado de regreso a las Tierras Altas después del fiasco de Dunkeld. Y los ingleses parecen algo más relajados, aunque todavía andan buscando a los cabecillas —le comentaba Gordon mientras

observaba a Archibald a su lado, con las manos a la espalda y la mirada fija en el suelo que pisaba.

Durante unos segundos, este no abrió la boca para hablar, sino que se limitó a emitir un gruñido. Tal vez no sabía qué decir o no le interesaba lo más mínimo, pensó Gordon contemplándolo.

—Era lo más lógico si acabaron huyendo de allí. —Archibald se detuvo de repente y se volvió hacia su hombre de confianza—. Después de todo, dime la verdad, Gordon, ¿de qué diablos ha servido todo este revuelo? Claverhouse lo inició con el firme propósito de restaurar a Jacobo en el trono. Y este sigue exiliado en Francia, sin muchas expectativas de volver.

El tono de rabia y desesperación era patente en Archibald, quien no vacilaba en demostrarlo.

—Dudo de que sus seguidores vuelvan a intentarlo. Sin un líder carismático al frente que lo guie como lo era Claverhouse. A lo que me preguntabas, creo que solo ha servido para que nos demos cuenta de que es mejor aceptar la realidad, por mucho que nos duela. Meternos en una guerra contra Inglaterra solo serviría para debilitar a la nación.

—Esa era mi intención cuando llegué a Dundee. Hacerles ver que no serviría de nada levantarnos en armas contra Inglaterra. —Sacudió la cabeza sin comprender por qué había sucedido—. Es mejor no pensar en ello por más tiempo. No tiene sentido alguno. —Volvió el rostro y algo llamó su atención.

Gordon siguió con su mirada la de Archibald.

Uno de sus hombres se dirigía hacia él con paso presuroso.

—¿Jaimie? ¿Qué sucede?

—Nada malo. Tiene una visita. Le he dicho que estaba paseando por los alrededores y que le avisaría.

Archibald asintió sin preguntar de quién se trataba. Supuso que

seía algún jefe de clan o alguien relacionado con la política de Escocia.

—Está bien, voy a ver qué quiere. Gordon, después seguimos hablando.

Caminó de vuelta a la casa y se encontró a Meg, el ama de llaves, esperando en el umbral.

—Señor, tiene una visita —le informó algo nerviosa—. La hemos hecho pasar al salón pequeño, donde recibe visitas.

—Lo sé, lo sé. Jaimie ha ido a buscarme para informarme de ello. Prepare un refrigerio y dígale que enseguida voy.

La verdad era que no estaba muy decente porque, desde que había llegado a su casa, había dejado de lado las etiquetas y demás arreglos. Vestía una simple camisa, el *kilt* y unos borceguíes algo manchados de barro y de tierra de haber estado andado por los alrededores con Gordon. Pero no iba a cambiarse en esos momentos. Lo sentía por la inesperada visita, pero tendría que conformarse con verlo como estaba. El duque de Argyll también tenía derecho a mostrarse de esa forma. No todo era ir bien vestido con traje y un montón de adornos.

El sonido de pasos tensó el cuerpo de la visitante como el de una joven debutante a la que van a solicitar su primer baile. Permanecía de espaldas a la puerta observando la decoración de aquella estancia que sin duda era el lugar donde él recibiría visitas. Contemplaba el retrato de un caballero con la vestimenta del clan Campbell y que tenía cierto parecido con Archibald. Solo evocar su rostro le produjo un ligero sobresalto y sintió cómo su piel se erizaba en respuesta a sus pensamientos. La habitación era amplia y revestida en tonos azules como el tartán de los Campbell. De igual modo que el suelo que amortiguaba sus pisadas. Había un gran ventanal que ofrecía unas vistas preciosas al campo. Verde como si

de una alfombra se tratase.

—Buenos días… —Archibald no fue capaz de pronunciar una sola palabra más cuando descubrió que se trataba de una mujer. Llevaba un vestido sencillo de tono oscuro. El cabello recogido en un moño alto y con un sombrero sobre este. No podía precisar su color, pues con la luz que entraba por el ventanal parecía que se volvía del color del cobre o el fuego, incluso el de las hojas de los árboles en el otoño. Por un momento se le pasó por la cabeza una locura. ¡Bendita locura! La sacudió y sonrió con una mezcla de ironía y melancolía al pensar que *ella* pudiera estar allí. La mujer le parecía abstraída, pues no le respondió en primera instancia.

El timbre de su voz la sobresaltó al instante. No pudo controlar las sacudidas de su corazón, a pesar de que había creído en todo momento que lo haría. Que no le afectaría después de todo aquel tiempo. Pero ¡qué equivocada estaba! Cerró los ojos por unos segundos y sonrió con timidez antes de inspirar hondo y volverse hacia él.

El semblante de Archibald mudó en el preciso instante en el que su deseo se hizo realidad y creyó estar viviendo un sueño. Allí estaba *ella*. Más bonita a cómo la recordaba. Su pulso se aceleró de manera inusitada cuando ella le sonrió y se dirigió a él.

—Hola, Archibald. Disculpa que me haya presentado de improviso —le dijo consciente del impacto que su presencia le había causado. No la esperaba, de eso estaba segura.

—Eve… —susurró sacudiendo la cabeza al mismo tiempo que avanzaba hacia ella con temor a que, si se acercaba demasiado, ella pudiese desaparecer. Estaba tan aturdido por su inesperada visita que no era capaz de articular sus preguntas en orden; ni siquiera pensar qué podría decirle. En ocasiones había imaginado ese momento. Que ella aparecería en Inveraray y él sabría de memoria

lo que diría y cómo se comportaría. Y, llegado, se sentía desarmado e indefenso.

—Espero no molestarte al aparecer así, de imprevisto —le dijo con un tono que sonaba a clara disculpa, mientras sonreía de manera tímida y desviaba la mirada. Al verlo callado observándola, pensó que no debería haberse presentado. Que su presencia allí no era bien recibida. Que se mostraba reacio a tenerla allí. Tantas suposiciones que pensaba que era una estúpida por haber ido hasta Inveraray.

Archibald se acercó hasta que las puntas de sus borceguíes embarradas rozaron el bajo del vestido de ella. Le pareció que el destino le concedía una segunda oportunidad con aquella hermosa criatura. Percibió su perfume, dulce y embriagador, envolverlo como aquellos días en el castillo de Dudhope. Sus labios se curvaron en una sonrisa al tiempo que su mano le rozaba la mejilla.

Eve sintió la calidez de la caricia. El tiempo había pasado, pero las sensaciones permanecían a flor de piel como en su último encuentro aquella noche en la que la había besado en Dudhope. Aquel gesto de él la tranquilizó en gran medida. Y posteriormente sus palabras.

—Tu presencia nunca sería una incomodidad. ¿Cómo puedes suponerlo siquiera?

Su sonrisa borró sus miedos. Sí, todo parecía indicarle que él la había estado esperando, a pesar de todo. La había echado de menos. Lo sentía en el leve tacto de sus dedos sobre su piel. En su mirada escrutándola como si en verdad fuese ella

—Agradezco tus palabras, Archibald.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Ha sucedido algo de Dudhope con Jane? —le preguntó, atónito, porque en verdad fuera ella quien lo miraba con dicha en sus ojos.

—No, no. Jane está bien. No te preocupes.

—Me alegro escucharte decirlo. ¿Y James? ¿Ha regresado?

—Apareció en Dudhope a los pocos días de llegar yo a este.

—Qué maravillosa noticia, ¿no crees? Dime, ¿estaba bien?

—Ya lo creo. Pasó a vernos para decirnos que estaba vivo y, de paso, anunciarnos su boda con la señora del castillo Menzies.

—¿Qué? Pero… Vaya, tu hermano es toda una caja de sorpresas.

—Sin duda.

Ella no lo haría partícipe de las conversaciones mantenidas con James en los días que había pasado en casa de Jane. Ni mucho menos cómo la había animado a ir hasta allí para solucionar su asunto con Argyll.

—Y tú, entonces… ¿estás de paso porque te diriges hacia Glasgow o hacia la capital?

Eve sacudió la cabeza de manera tímida mientras observaba el gesto de incomprensión de él.

—Bueno, entonces…

—Dijiste en una ocasión que las puertas de Inveraray estarían abiertas si decidía venir.

—Por supuesto. Inveraray está abierto a cualquier amigo, conocido y pariente.

—También dijiste que esperarías a que algún día una mujer se presentara aquí y despertara tu curiosidad… —comenzó, recordando aquellas palabras medio en broma que a ella se le habían quedado grabadas.

Él intentó hablar, sin embargo, los recuerdos de aquella noche se lo impidieron. ¿Qué había querido decir?

—Fue más bien una manera de hablar —le dijo sonriendo mientras contemplaba la expresión seria de ella, pero también de cierta expectación, esperando a que añadiese algo—. Me acuerdo lo

que me dijiste entonces. Que lo veías complicado Pero…

—Eso fue lo que te dije. Veo que lo recuerdas.

—Sí, claro. ¿Has venido hasta aquí por ese comentario? —Le hizo la pregunta con cautela, mientras la emoción por escucharla decir aquellas palabras lo había dejado sin capacidad de reacción. ¡Por San Andrés! Esa mujer sabía cómo descolocarlo a cada instante, cómo hacer que lo único en que pensase fuera estrecharla entre sus brazos y robarle el aliento con cada uno de sus besos—. Nunca creí que aquel día pudieras tomarme en serio. Pero ahora que te veo aquí…

—Solo espero no llegar tarde y ser yo la mujer que despierte tu curiosidad —le confesó con cierto temor en el tono de sus palabras. No estaba segura de lo que había hecho al ir hasta allí para verlo y para hacerle ver que seguía enamorado de él. Pero también había temido que él la hubiese olvidado, y entonces ella… Lo vio posar sus manos en las caderas y sacudir la cabeza en sentido negativo, sin saber cómo interpretarlo.

—Solo ha existido una mujer en mi vida a la que seguiría esperando hasta el último día de mi vida. La misma que despertó mi curiosidad por querer conocerla más y está justo delante de mí en este preciso instante —le confesó enmarcando su rostro para sentir la suavidad de su piel bajo sus dedos—. Si supieras las veces que he soñado con este momento —le confesó, sonriendo complacido por tenerla allí—. Pero luego me decía que el daño que te causé fue demasiado grande.

—Lo fue en su momento. Te odié y te maldije. Y me juré no volver a verte. Pero entonces apareciste en Dudhope y, pese a que traté de mantenerme distante, me fue imposible. Poco a poco fui comprendiendo que la razón y el corazón son dos viajeros que, a pesar de ir por el mismo camino, nunca coincidirán en la misma

posada. Cuando uno llega, el otro se ha marchado. Por más que intentaba hacerte de menos y rechazarte, mi corazón era el que mandaba. Y cuando supe que no me habías delatado…

Él la sujetó por los brazos y la contempló con tal intensidad que de no hacerlo ella se caería del temblor que experimentaba.

—¿Cómo pudiste pensar algo así de mí?

—Porque creí que no te importaba. Que el hecho de no haber vuelto a cumplir tu promesa me hacía indiferente a tus ojos.

Le acarició el rostro con delicadeza, con devoción, y sonrió.

—Nunca te consideraría así. Quise volver en su momento, pero siempre me retenían las obligaciones políticas. Te he echado de menos desde que abandoné Dudhope. Y es cierto que deseaba que algún día aparecieses en la puerta de Inveraray. Que fueses tú la mujer que me sacara de mi encierro.

Eve sonrió, dichosa por aquellas palabras, pero más si cabía por estar de nuevo entre sus brazos. Por sentirse deseada, querida y anhelada durante todo ese tiempo.

—Ese ha sido el motivo de mi viaje. No podía seguir negando la verdad.

Archibald no se lo pensó dos veces y la estrechó contra su pecho para sentirla más cerca, besándola con una mezcla de ternura y pasión.

Eve sintió que el sombrero se deslizaba por su cabeza hasta caer sobre la alfombra. Tuvo la impresión de que retomaban donde lo habían dejado la última vez que estuvieron juntos. Aquella noche en Dudhope, cuando él la había rechazado. Se apartó de ella un instante desconcertado mientras la miraba.

—Oh, pero disculpa mi torpeza por ensuciarte tu vestido; estaba recorriendo las tierras con Gordon cuando me avisaron de tu llegada. Y mira cómo te he puesto el bajo de este —le advirtió,

sonriendo, mientras ella sacudía su cabeza.

—La ropa siempre puede sustituirse, pero este momento de dicha y felicidad no volverá. Habrá otros muchos, pero como este, ninguno —le aseguró con las mejillas arreboladas por la pasión y la emoción, mientras sus ojos parecían más luminosos.

Fue ella la que se elevó sobre las puntas de su calzado y, rodeándolo por el cuello de una manera atrevida, lo besó para recuperar el tiempo perdido desde que se habían separado. Archibald no había olvidado la suavidad de sus labios, la delicadeza de sus besos o el deseo que toda ella despertaba en él. Emitió un leve gruñido cuando quiso hundir sus manos entre sus cabellos y se dio cuenta del recogido que llevaba. Pero, con gran agilidad, la despojó de las horquillas, liberándolo solo para él, mientras Eve trataba de que la risa no le impidiera seguir besándolo.

En ese momento, el ama de llaves apareció en el salón con la bandeja del refrigerio, pero se detuvo al ser testigo de la escena. Archibald se apartó de Eve con gran esfuerzo ante la presencia de Meg Campbell.

—Disculpe, señor; no sabía que…

—No tiene por qué disculparse. Soy yo quien me he dejado llevar por la situación —le confesó mientras su mano retenía la de Eve—. Le presento a la señorita Eve McLean. Se quedará con nosotros desde hoy mismo. Me gustaría que preparara una habitación para ella… Hasta que ella decida convertirse en duquesa de Argyll, señora de Inveraray —anunció, mirándola como si fuese él quien le entregaba el corazón—. En una ocasión te prometí que me desposaría contigo y te entregaría todas las tierras que circundan Inveraray. Que te convertiría en la señora de Argyll, pero no lo hice. El destino me concede una segunda oportunidad y, esta vez, pienso ser fiel a mi palabra.

Ambas mujeres se quedaron mudas. El ama de llaves estuvo a punto de dejar caer la bandeja al suelo, de no ser porque la depositó de manera rápida sobre la mesa, mientras Eve pensaba que el pecho iba a estallarle y sus piernas no resistirían la emoción del momento. Había ido hasta allí para encontrarlo y quedarse con él… Pero nunca imaginó que él le pidiera que se convirtiera en la duquesa de Argyll.

—No esperaba que… —Eve balbuceaba. Cerró los ojos e inspiró hondo antes de apretar la mano por la que él la tenía cogida—. Será un placer ser tu esposa.

Archibald no esperó ni un minuto para volver a tenerla en sus brazos y besarla, a pesar de la presencia del ama de llaves. Pero había sido tanta la necesidad de volver a estrecharla entre sus brazos que nada ni nadie podrían impedírselo en ese instante.

Esa noche, después de disfrutar de una velada amena, de risas y anécdotas, Archibald y Eve permanecieron a solas en el salón, contemplando las llamas del fuego en el hogar. Este se sentía dichoso por tenerla allí en su casa, por fin. La contemplaba en silencio y pensaba en los días pasados en Dudhope. En los consejos de Jane sobre lo que debía hacer…

—¿Saben en Duart que estás aquí?

—Lo saben. Y puedo asegurarte que en parte ha sido mi madre quien me ha animado a venir —le dijo observando la expresión de asombro de él—. Sabía, desde que nos vio juntos en Dudhope la primera noche, que ya nada volvería a ser como antes. Que por mucho que jurase que te odiaba, era el orgullo el que hablaba. No la razón. Y esta era que seguía enamorada de ti.

Archibald se sintió halagado.

—Si te soy sincero, yo también sentí algo parecido cuando te vi por primera vez. Y los días posteriores solo hicieron que corroborara mis sospechas iniciales. —Se detuvo un segundo para tomarla de la

mano y situarse frente a ella. La contempló fascinado por el brillo de su mirada, el color de su cabello cuando la luz del fuego se reflejaba en este, la tímida sonrisa en sus labios—. A pesar de la distancia y del tiempo, no dejé de quererte, Eve McLean —le aseguró en un susurro, aspirando la fragancia que emanaba de sus cabellos mientras los apartaba para que sus labios iniciaran el descenso por su cuello. Su piel pálida, suave y tersa apareció ante él tentándolo a poseerla con su boca. Presionó con delicadeza allí donde el pulso se hacía más latente, conocedor de lo que ello le provocaría. La escuchó respirar agitada con cada uno de sus besos, de sus caricias. Ella había cerrado los ojos dejándose arrastrar por aquella espiral de deseo que la había hecho su prisionera. Los labios de él descendían hacia su clavícula al mismo tiempo que sus manos desataban las lazadas de su vestido en la espalda. Con gran destreza aflojó la tela.

Eve se sintió más ligera y más vulnerable cuando la tela se deslizó por su cuerpo y cayó a sus pies. Su piel se rebeló de manera traidora bajo las caricias de las yemas de sus dedos; bajo la ligera presión que ejercían sus labios allí donde se posaban. El resto de piezas desaparecieron con la misma rapidez hasta quedar completamente desnuda entre sus brazos. Se sintió inocente, frágil y débil por un instante. Pero reconfortada y segura. Sintió su piel contra la de él sin esperarlo. Archibald se sacó la camisa por la cabeza, arrojándola sobre la alfombra. Incapaz de esperar un minuto más a sentirla sobre su propio cuerpo. Sus cabellos le producían unas caricias placenteras, suaves y sensuales. Lo miró por encima del hombro mientras se cubría sus pechos con los brazos como si temiera que la viera desnuda. Él la besó en la sien y la arrullándola contra él antes de ir obligándola a tumbarse sobre la mullida alfombra. Archibald le colocó varios cojines para hacerla sentirse más cómoda. Se tumbó a su lado; cubriéndola de besos y caricias,

se relajó. Jamás antes un beso había sido tan revelador. Sus dedos recorrieron piel dejando un rastro exquisito de caricias llenas de ternura.

Eve no dejó de besarlo mientras se aferraba a su espalda y sentía el calor inundando todo su cuerpo. Cogió su rostro entre sus manos y lo miró de manera fija. Quiso decirle lo que sentía, lo que le sucedía con él, pero los golpes de la pasión ahogaron sus palabras transformándolas en gemidos. Lo abrazó con fuerza cuando percibió los espasmos previos al estallido del placer. Sintió cómo se tensaba por momentos y como a continuación le daba la impresión de que su corazón iba a estallarle justo antes de caer rendido ante ella, jadeando, mientras todos los poros de su piel rezumaban pasión. Él la contempló con una sonrisa. Deslizó el nudo de su garganta, se humedeció los labios y se recostó a su lado.

Archibald se quedó callado mientras su mano trazaba figuras sobre la piel de ella. Eve cerró los ojos queriendo sentir aún más aquella sensación de placer y bienestar. Y entonces le hizo la pregunta que no había podido olvidar desde que sucedió.

—¿Por qué no pasaste conmigo la última noche que estuviste en Dudhope?

—No te lo merecías, Eve. Para mí hubiera sido sencillo seguir con lo que vendría después del beso, pero no era lo que deseaba.

—¿En serio? —Ella se incorporó cubriendo su desnudez con una manta de tartán que había allí sobre la alfombra, y lo miró intrigada.

—No hubiera sido justo contigo después de no cumplir con mi compromiso. Me habría odiado hasta el resto de mis días si hubiera seguido adelante. No. Te deseo, pero de esta manera en la que ha sucedido esta noche.

—Tu gesto te honra, Campbell.

—En breve tú pasarás a ser un miembro de este clan.

—Tengo tu broche, el que me regalaste la noche que acudiste a Duart por mi cumpleaños.

—Lo sé. Te lo vi puesto una noche en Dudhope. Para mí es todo un orgullo que lo luzcas.

—Pero siempre seré una McLean, te lo advierto, y ya sabes cómo nos las gastamos la gente de las Tierras Altas.

—Oh, sí. No me queda la menor dura de eso. Asaltáis a los recaudadores de impuestos del rey…

Ella puso los ojos en blanco y sonrió.

—Admite que Jacobo es mejor rey que su yerno.

—Y pensar que alguien me aseguró haber visto al diablo cuando te vieron charlando con los que asaltaron a los recaudadores.

Ella frunció el ceño, contrariada.

—¿El diablo?

—Sí, eso me aseguró. Cuando te describió, no tuve más dudas de quién hablaban.

—¿Lo hiciste porque te considerabas en deuda conmigo?

Él la atrajo hacia sí. Le apartó el pelo del rostro y le recorrió la mejilla con el pulgar, contemplándolo extasiado.

—Lo hice porque te amo, mi pelirroja rebelde. Y no voy a permitir que nada ni nadie me separe de ti esta vez. —Se incorporó lo justo para apoderarse de sus labios, escuchándola gemir, mientras sentía cómo la abrazaba para recostarla sobre su pecho.

Eve se sintió prisionera entre los brazos de él, dichosa y feliz porque después de todo él iba a cumplir su promesa. Atrás quedaba todo lo malo que había sucedido, y solo miraría con optimismo al futuro.

Epílogo

Archibald y Eve llegaron a Duart poco tiempo después de su boda en Inveraray. Ella regresaba a las Tierras Altas y al hogar de su clan convertida en la duquesa de Argyll. Esa noticia había despertado la curiosidad y el recelo de muchos. Aquellos que creían que ese matrimonio no se produciría después del desplante del Campbell. Pero enseguida quedó constancia de que, a pesar del tiempo y la distancia, Archibald había logrado cumplir su palabra.

Aquella noche, el ambiente en Duart era el de las grandes ocasiones. Los principales jefes de las Tierras Altas y sus esposas habían acudido a recibir a los duques de Argyll. La propia Jane no había querido perderse el momento de saludar a sus dos amigos. Tuvo la suerte de encontrarlos juntos y a solas un momento.

—¡Jane! —Eve abrió los brazos para recibir a su amiga y fundirse en un abrazo—. Estábamos pensando en pasar a verte si no podías venir.

—Por supuesto que podéis ir a Dudhope y estar allí unos días. Pero tenía que venir a veros.

—Es todo un placer verte. ¿Cómo te encuentras, Jane? —

Archibald entornó su mirada con la esperanza de que poco a poco fuera superando la pérdida de Claverhouse.

—Dichosa de veros juntos. Sabía que al final este sería el resultado a pesar de las dificultades y los malos momentos.

—Lo sabemos. Tú parecías ser de las pocas personas que seguían apostando por esta relación —le dijo Eve dedicándole a Archibald una mirada de cariño.

—Solo tuve que fijarme en la manera en la que os mirabais cuando creíais que nadie os prestaba atención en Dudhope la primera vez que coincidisteis. Y luego, durante tu cumpleaños, Eve… —le recordó con una sonrisa pícara.

—A veces he tenido la impresión de que me conocías mejor que yo a mí misma.

—Si me disculpáis… —Archibald acababa de ver a James McLean haciéndole una señal para que acudiera junto a él. El hermano de Eve había regresado varios días antes después de una aventura increíble. Tanto que había llegado acompañado de la bella Fiona. Una atractiva mujer de cabello oscuro y mirada azulada que tenía loco a su hermano.

Las dos mujeres asintieron sin decir nada más y lo siguieron con sus miradas.

—¿Cómo lleva el estar alejado de Londres y de la política?

—Bien. A pesar de que han hecho varios intentos para que regrese al cargo.

—Era lo esperado dada su posición social en Escocia.

—Sí, pero a todas esas propuestas ha respondido que no. No quiere involucrarse de nuevo.

—Lo entiendo después de todo lo vivido.

—Dejemos la política para otros y hablemos de cosas más emocionantes. ¿Algún compromiso en la región? —Eve frunció los

labios y arqueó las cejas con inusitado interés.

Archibald estrechó la mano de James, y al instante captó la atención de los allí reunidos, que cesaron sus charlas para saludarlo. Pero él se centró en la joven que permanecía al lado de su cuñado.

—Deje que te presente a mi esposa, Fiona.

—Es todo un placer conocerla. —Se inclinó ante ella para darle un besamanos.

—El placer es mío al conocer al duque de Argyll en persona —le dijo ella inclinando la cabeza lo justo.

—Eve me ha contado a grandes rasgos lo que te sucedió después de Sheriffmuir. Supongo que el final es mejor de lo esperado —le dijo haciendo un leve gesto con su cabeza hacia Fiona.

—Sin duda que lo ha sido. ¿Qué tal todo por Inveraray?

—Con mucho trabajo por hacer, créeme.

—Espero que mi hermana no añada más —ironizó James con una sonrisa, buscando a esta entre la gente.

—En ocasiones desearía que se estuviera algo más quieta.

—No lo conseguirás.

—Me he dado cuenta de ello algo tarde.

—Si me disculpáis, iré a ver a tu hermana. Me está haciendo un gesto para que acuda a su lado —le dijo Fiona a James—. Espero que se divierta, duque.

—Eso espero.

—Argyll, ¿en serio se ha despedido de la política? —Fue el jefe de los Stewart Appin quien le hizo la pregunta, captando su atención.

—Así es. Solicité mi renuncia, y aunque no pareció gustarles a algunas autoridades en Edimburgo, al final conseguí dejar mi escaño

y mi acta de parlamentario.

—Una gran pérdida para la nación.

—Escocia puede seguir adelante sin mi presencia en Londres.

—¿Cómo ve el panorama político después del fiasco de Dunkeld y el de restaurar a Jacobo? —El jefe de los Cameron lanzó la pregunta.

—Este intento nos ha enseñado la realidad. Lo clanes no estamos unidos en su totalidad. Muchos se aferran a Londres y a sus proclamas, cosa que no les discuto. Pero merma las aspiraciones del resto. Creo que los Estuardo tendrán que aceptar que su tiempo parece haber pasado.

—Parece muy seguro de lo que dice, Campbell. —John McLean se dirigió a este, sabedor de lo que opinaba por habérselo escuchado decir en la boda con su hija Eve. Y no se lo discutía porque él era el primero que ansiaba vivir en paz los años que le restaran de vida.

—Lo estoy.

—Algunos simpatizantes parecen seguir la lucha por su cuenta, pero el invierno se acerca y eso hará que se tranquilicen.

—Es una locura que intenten algo contra Inglaterra, es más, Londres está prevenido después de ese intento llevado a cabo por Claverhouse y los demás. Ni siquiera darán pie a que surja el menor intento de restauración de Jacobo, amigos —les dejó claro con un gesto de amargura.

Eve sonreía escuchando las palabras de Jane y de su nueva cuñada cuando sintió un leve toque en el brazo. Se giró para encontrarse con el sonriente rostro de Maggie.

—Mi querida amiga convertida en la duquesa de Argyll —le dijo con una mueca sarcástica que provocó la sonrisa en esta.

—¡Maggie! Me alegro verte.

—Yo también. Tendrás que aclararme cómo has terminado convirtiéndote en la duquesa. Creía haberte escuchado decir que no volverías a fijarte en el Campbell…

El rostro de Eve se encendió ante ese comentario. Recordaba aquella escena con su amiga y como esta consideraba como un buen partido a Archibald.

—Creo que en ocasiones no empeñamos en querer engañar al destino.

—Ummm, el tuyo parecía estar muy claro. Al final has terminado con lo que empezaste hace tiempo. Me alegro que todo se haya arreglado.

—¿Qué me dices de ti, amiga?

—Ohhhh, por lo pronto voy a saludar a una conocida. Espero verte luego.

—Sí, y tendrás que aclararme qué significa esa expresión.

La vio alejarse de ella como si estuviese poco menos que huyendo. Permaneció pensativa recordando su pasado reciente desde que Archibald le había prometido desposarla. Sonrió ajena a la mirada que este le dirigía desde cierta distancia. Su amiga tenía razón, le había poco menos que jurado que no tendría nada que ver con los Campbell después de lo que su jefe le había hecho. Pero ¿quién era ella para burlar al destino?

—¿Por qué sonríes?

Eve levantó la mirada para dejarla fija en el rostro de su esposo.

—Recordaba lo caprichoso que es el destino, ¿no crees? Cuando vi que no regresabas de Londres para cumplir tu promesa, te odié. Juré que nunca te dirigiría la palabra si volvías a cruzarte en mi camino. Y aquí estamos…

—Tengo que admitir mi culpa en todo ello.

—Ha quedado compensada con tu cariño desde que regresaste.

—Creo que regresar al hogar y volver a verte me hizo darme cuenta de lo que había perdido.

—Nunca lo hiciste del todo.

—Es bueno saberlo. —Le cogió la mano para besarla con ternura sin dejar de mirarla a los ojos—. Te quiero, mi pelirroja.

Sin que ella lo esperase, él la soltó para rodearla por la cintura sin importarle para nada dónde estaba, ni quienes los contemplaban. Amaba a Eve con todo su corazón. Esta se vio sorprendida por aquel gesto tan inesperado como revelador. Gimió y sintió el calor invadir su cuerpo siendo era poseída por una agradable sensación. Lo miró sorprendida mientras a su alrededor los invitados aplaudían y aullaban de alegría. Se habían convertido en el centro de las atenciones y las murmuraciones.

—Te prometí todo lo que tengo y lo que soy, y aunque haya tardado en dártelo, un Campbell siempre cumple su palabra.

El calor se expandió por el pecho de ella al escuchárselo decir. Sí. Había tardado, pero como él le había dicho cuando ella se presentó en Inveraray, la habría esperado hasta el fin de sus días.

Agradecimientos

A ti, querido lector, por elegir esta historia para divertirte, pasar un buen o lo que te haya hecho sentir esta historia. Que te anime a buscar y leer alguna de mis otras historias. Aparte de ti, querido lector, tengo que dar las gracias a otras personas que han contribuido a este libro.

A Lola Gude, mi editora, por estar siempre ahí, al pie del cañón.

A la persona que está a mi lado cada día y que me alienta a que siga escribiendo historias de amor. Te quiero, niña.

No puedo dejarme a mis fieles Zeus y Hera, mis gatos, que me acompañan en esta carrera de fondo que es pasarse las horas solo frene al ordenador creando historias.

El corazón no olvida pese al tiempo y la distancia



Archibald Campbell se marchó a Londres como alto comisionado de Escocia prometiendo regresar y cumplir la promesa que le hizo a **Eve McLean**. Pero el tiempo y las obligaciones fueron retrasando este regreso de manera inevitable. **La promesa que le hizo a la hija de John McLean quedó olvidada**. Ahora, Archibald debe regresar a Escocia ante los vientos de guerra que soplan tras el cambio de monarca.

Eve McLean no puede creer que Archibald esté de vuelta en Escocia. Escuchar **ese nombre solo le trae dolorosos recuerdos de un pasado que ha preferido no olvidar**, y que le ha servido para ser la mujer que es hoy en día. Humillada por el propio Archibald al no

cumplir su promesa, y por toda la sociedad de las Tierras Altas, ha decidido **entregarse a la causa jacobita** en un intento por sentar en el trono de vuelta al Estuardo.

Cuando ambos **vuelven a verse, no pueden olvidar el pasado**, en todos sus aspectos. Y esto implica a los sentimientos. Eve se dará cuenta que su corazón no ha dejado de sentir por Archibald, y que a pesar de todo lo sigue queriendo. Este solo piensa en lograr su perdón, mientras se avecina una rebelión en las Tierras Altas.

Archibald no está dispuesto a perder a Eve una segunda vez. Y ella no podrá rechazar lo que su corazón le pide pese al pasado.

Laimie Scott cursó estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca para posteriormente doctorarse en el campo de la novela histórica y la obra del escritor escocés Sir Walter Scott. Comenzó su carrera literaria publicando diversos relatos en revistas y blogs hasta que se lanzó a escribir novela romántica, género en el que lleva ya unos años publicando. En el campo de la investigación literaria colabora con varias revistas y participa en diversos eventos académicos relacionados con su especialidad.



Edición en formato digital: mayo de 2026

© 2026, Laimie Scott
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Khomenko Maryna, lapas77

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-51-4

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La pelirroja de los McLean
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Laimie Scott

Créditos